REVISTA CHILENA

FUNDADOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XVI

SANTIAGO DE CHILE
1923

EL DOCTOR ZEBALLOS Y EL IMPERIALISMO ARGENTINO

PAX, LEX, LUX.

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

Bordeando los setenta años (1854-1923) acaba de caer, casi de repente, como el roble fulminado por el rayo, y en lejanas playas, el distinguido publicista argentino don Estanislado S. Zeballos, personalidad múltiple y compleja, cuya actuación en el escenario americano ha dado lugar—y seguirá dándolo—a discusiones apasionadas y extremosas.

Cuando comenzarían en Liverpool a velar sus despojos mortales, el joven y abnegado director de esta Revista salía en busca nuestra para pedirnos un bosquejo de tan interesante personaje.

De Zeballos hay mucho bueno y también mucho malo que decir, y hubiéramos preferido guardar silencio, porque sólo nos sentimos capaces de decir la verdad, ajenos por temperamento a las bajezas de la apología y a las acritudes de la diatriba, y contrarios al común sentir de que al borde de las tumbas recién abiertas sólo hay lugar para los elogios, considerando, por el contrario, que los hombres deben ser juzgados con igual criterio durante su vida, en el momento de su muerte y siglos después.

No pudimos excusarnos ante los ruegos del director, que con justicia reclama ayuda para realizar la noble tarea en que se haya comprometido. Y allá van unas cuantas páginas que hemos coordinado, enlazando recuerdos e impresiones, refrescando lecturas y juzgando acontecimientos que se han desarrollado a la vista de nuestra generación. La acción de Zeballos es tan vasta y trascendente, que reclama el libro meditado y docu-

mentado. Nosotros no tenemos la voluntad ni el tiempo para emprender obra semejante, y nos limitaremos a trazar en este artículo los contornos de una silueta que, bien o mal trazada, será la expresión sincera de lo que sentimos; brotará del corazón, no de los labios.

Conocimos al doctor Zeballos personalmente y lo seguimos durante algun tiempo a través de su prolongada y vasta acción pública, interesándonos especialmente su influencia en la vida internacional.

Era una interesante personalidad que se singularizaba por caracteres exclusivamente suyos, que nadie le disputó ni nadie tampoco pretenderá imitar.

Su recia contextura lo habilitaba para el trabajo intenso y la lucha ardiente, y lo dotaba del buen humor constante que es patrimonio de los fuertes. Su carácter era jovial y amistoso, su verba desbordante y amena, su talento agudo y penetrante florete, su moral pública infinitamente elástica. Absorto en la adoración de sí mismo, mostraba a cada paso una vanidad pueril, sin temer al ridículo, en el cual parecía encontrar verdadero encanto. Gran catador de hombres, los pesaba con la mirada y sabía presentarle a cada uno sus fases atractivas. Con el afán de captarse admiradores, era halagador y oficioso, *simulator ac disimulator.*

Estudioso por vocación, no dejó seguramente transcurrir un día sin aprender algo de nuevo, y llegó a ser uno de los americanos de más vasta y general ilustración. Escribió numerosas obras sobre toda clase de asuntos, desde la novela hasta la geología, predominando entre ellas las de carácter político, histórico, geográfico y jurídico. Pasa por ser su más importante libro, una obra en cinco volúmenes titulada «*La Nationalité*». Abundante y variada como es su producción bibliográfica, fruto de amplios estudios y de vasta erudición, no corresponde, sin embargo, a las tendencias del espíritu moderno, cada día más sólido, y nos imaginamos que el futuro ha de ser con ella más severo que justo. La obra de Zeballos, como la de todo hom-

bre, está impregnada de la personalidad del autor, es imaginativa en el fondo y difusa en la forma, e impone fuerte labor para extraer el metal fino contenido en la reluciente amalgama.

Pero, sin duda alguna, las más altas dotes del Dr. Zeballos eran su actividad y resistencia, que parecían no tener límites. Cuando tuvimos el agrado de conocerle, redactaba *La Prensa* de Buenos Aires, dirigía y escribía él mismo en gran parte una de las más interesantes *Revistas* argentinas, enseñaba en la Universidad, daba conferencias en muchas partes, era el alma de muchas instituciones y atendía, aunque con ayudantes, su bufete de abogado, sobrándole todavía el tiempo para prodigarse en la vida social.

—Yo admiro en Ud., doctor,—le dijimos una vez—la enorme actividad que desarrolla.

—Ciertamente, es grande—nos contestó—y le voy a explicar su origen. En primer lugar, soy madrugador y todos los días a las 7 de la mañana, después del baño y desayuno, estoy instalado en mi escritorio. En seguida, gozo de una salud envidiable, pues, hasta la fecha (y bordeaba los sesenta años) no he tenido que guardar cama un solo día y no he sufrido siquiera un dolor de muelas. Por último, ninguna cuestión me sorprende desprevenido, porque Pepa, (su noble esposa, la primera de sus admiradoras) registra todos los días las publicaciones que me llegan y recorta y clasifica los artículos de todo orden que puedan interesarme. Tengo así la mejor colección de recortes que hay en la República y a ese arsenal recurro siempre con fruto.

Su Biblioteca llenaba todo el piso subterráneo de su casa de la calle Libertad N.° 1070. La sección chilena era pobre de solemnidad, y no por culpa de su erudito propietario sino de nuestros propios compatriotas que viven fuera del planeta y no cumplen el deber de mandar sus obras a los intelectuales de fuera, como nos lo hizo notar el ilustre brasileño Saa Vianna en carta que tenemos archivada, y como nos lo expresaron varios delegados a la Quinta Conferencia Pan-Americana, sorprendidos de encontrar aquí autores y obras interesantes que no sospechaban. Nuestro patriotismo se sintió humillado al ver que el pensamiento chileno brillaba por su ausencia en aquel amplio

archivo, y procuramos atenuar el mal enviando a Zeballos todas las colecciónes de obras publicadas por nuestra Universidad.

El Dr. Zeballos era oriundo del Rosario de Santa Fé, pero pasó la mayor parte de su vida en Buenos Aires, y dentro de la marcada división entre provincianos y porteños que siempre ha existido en la República Argentina, él se consideraba, y lo era en realidad, un porteño.

Desde sus tiempos de estudiante se inició Zeballos en el periodismo, también con vocación natural. Su vida entera se encuentra ligada al diario *La Prensa* de Buenos Aires. Este diario fué fundado en 1869, con carácter político, por don Exequiel N. Paz, en son de guerra contra la Presidencia de Sarmiento; andando el tiempo, pasó a ser propiedad de don José C. Paz, quien le imprimió un rumbo más bien comercial, sin abandonar del todo las tendencias políticas, carácter que conserva hasta ahora. En *La Prensa* recorrió Zeballos todo el escalafón, desde los empleos de repórter, que requieren la agilidad y viveza de la juventud, hasta los puestos de director y redactor político, que suponen ciencia y experiencia y convierten a un hombre en conductor de las multitudes y en poder público no establecido en la Constitución. En los últimos veinte años de su vida, cedió el campo a Dávila, a González y a otros escritores eminentes, pero continuó siempre escribiendo, con privilegio esclusivo, sobre los tópicos internacionales existentes y, a falta de estos, sobre los que él mismo inventaba.

En esta materia llegó Zeballos a ser una especialidad, única en la América. Creó un género literario-político, el internacionalismo suspicaz y espeluznante, en el cual difícilmente encontrará imitadores. Sus escritos, mitad historia y mitad novela, traen al espíritu, por involuntaria pero lógica asociación de ideas, los nombres de Ponson du Terrail y de Xavier de Montepin.

La niñez consciente de Zeballos se desarrolló durante la presidencia de Mitre, venerado por Buenos Aires, y su época de estudiante universitario, como también sus primeras armas en el diario y en el folleto, coincidieron con la presidencia de Sarmiento, detestado por los porteños. El ambiente influyó, claro

está, en el ardoroso espíritu del joven Zeballos que, con o sin deliberación, se encontró ubicado en medio de la muchachada mitrista y con ella se lanzó al combate en la revolución de 1874 que tuvo por objeto impedir el acceso del Dr. Avellaneda a la Presidencia.

Días antes o días después de la revolución, que tan rápidamente fué contenida por Sarmiento, recibió Zeballos su título profesional. Había comenzado por estudiar ingeniería y terminó por graduarse de abogado, dejando en los dos opuestos caminos huellas bien marcadas de su talento, de su contracción al estudio y de su bien humorada camaradería.

Durante la presidencia de Avellaneda, se destacó rápidamente la personalidad política de don Julio A. Roca, militar afortunado que se distinguió al servicio de Sarmiento y vencedor de la revolución mitrista de 1874. Roca, tan afortunado en las armas como en la política, capitán general a los 32 años de edad, ocupó el solio presidencial en 1880, cuando no alcanzaba todavía a los cuarenta años de su existencia.

El joven Zeballos, como mitrista y como porteño, se encontraba lejos de Roca, pero lo acercó a él el parentesco y amistad que ligaban al caudillo con el propietario de «*La Prensa*». Y así, tal vez sin advertirlo, Zeballos se encontró de la noche a la mañana enganchado en la cohorte roquista; recibió un diploma de representante de Santa Fe, y con él ingresó a la Cámara de Diputados, a la que perteneció en dos períodos sucesivos, o sea hasta 1888. En la Cámara brilló el doctor desde el primer momento como estrella de primera magnitud, y no podía ser de otra manera, pues su elocuencia, ductilidad, versación en los negocios públicos, audacia y simpatía, lo habilitaban para sobresalir en todas partes, y con mayor razon en medio de la mansa grey alistada por el lápiz presidencial.

La presidencia del general Roca inicia todo un ciclo de la historia argentina, que duró un cuarto de siglo, en que directa o indirectamente aparece aquel caudillo como figura central, disponiendo a su arbitrio de la suerte de la nación, anulando personalidades tan vigorosas como la de Sarmiento y echándose a la grupa la gloriosa figura del general Mitre. Roca hizo la grandeza argentina, dilató el territorio a expensas de los indios

y de los chilenos, aseguró el orden público, incrementó la riqueza y dotó de cabeza al organismo nacional, haciendo de Buenos Aires la capital de la República. Pero hizo todo esto y mucho más, sacrificando despiadadamente las libertades públicas, ahogando la dignidad nacional en el fango de la inmoralidad política y de una espantosa improbidad administrativa y sustituyendo toda influencia noble e independiente por el mas estrecho personalismo. Terminó su presidencia, execrado de un extremo a otro de la República y cediendo el puesto a un deudo suyo, un joven abogado cordobés, sin antecedentes ni prestigio, ni mas títulos que su nulidad y sumisión.

Acatando la Constitución que, allá como aquí, prohibe la reelección inmediata, Roca no se eternizó en el mando como Porfirio Díaz y abandonó la Casa Rosada, pero dejando en ella un personero para continuar gobernando desde su morada particular al estilo de algunos caudillos venezolanos, en espera de volver al mando una vez transcurrida la pausa constitucional.

Pero sobrevino lo imprevisto que se encarga constantemente de desbaratar los planes humanos. La presidencia de Juárez Celman extremó los sistemas de su antecesor: dilapidó los fondos del Banco Nacional, llenó el Congreso de paniaguados, lanzó a la circulación trescientos o mas millones de papel moneda fraudulento, vendió empleos públicos, confeccionó una Corte Suprema *ad-hoc* para fallar el pleito de un amigo, etc. Llovieron los regalos en la casa presidencial, una nube de ricos nuevos obscureció a Buenos Aires, el oro llegó a cotizarse al 500 %, se suspendió el servicio de la deuda pública y, andando el tiempo, una sentencia judicial anuló un contrato de sociedad en que el primer mandatario había puesto, como único aporte, «las influencias de su cargo».

El exceso del mal horrorizó a los hombres de bien de todo el país, y un puñado de almas generosas encabezado por Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Lucio V. López, Adolfo Saldias, Demaría, el coronel Irigoyen y otros, organizó un partido nuevo, completamente nuevo, el partido *radical* — distinto del francés y del chileno — sin programa doctrinario y sin más aspiración que la de destruir *de raiz* los sistemas instaurados por Roca y extremados por Juárez Celman, todo el conjunto

de inmoralidades que se designan en la Repúbliba Argentina llamándolas el *régimen*. Persuadidos de que no se podía esperar nada de la evolución mientras estuviese suspendido el libre juego de las instituciones, los radicales anunciaron públicamente su propósito de mantenerse alejados de la comedia electoral y de buscar el triunfo de sus ideales en la revolución lisa y llana.

El mismo general Roca llegó, dentro de su frialdad granítica, a sentirse sobrecogido ante el estrago de las furias creadas y desatadas por él sobre su patria. Intentó detener a Juárez Celman, pero en vano, porque el cachorro, envalentonado por una camarilla de ambiciosos sin freno y de codicias sin escrúpulos, rechazó los consejos del cauteloso mentor, que por algo había merecido de amigos y enemigos el apodo de *zorro*. Se produjo la ruptura, y Roca y Juárez Celman tomaron cada cual su camino, llevándose aquel consigo a los más fieles de sus amigos, y reteniendo éste a su lado a los eternos adoradores del éxito que no pueden vivir sin el calor del sol meridiano.

Durante los gobiernos de Roca y Juárez Celman, la vida pública del Dr. Zeballos se desarrolló en el ambiente oficial. Como publicista y como diputado, el doctor prestó su cooperación constante a la presidencia del primero, y continuó sirviendo al segundo, a cuya sombra obtuvo considerables ascensos, alcanzando la presidencia de la Cámara de Diputados y en seguida la cartera de Ministro de Relaciones Exteriores. Tirada la raya entre los roquistas y juaristas, se quedó entre los últimos.

En setiembre de 1889 ingresó Zeballos al gabinete de Juárez Celman, reemplazando al Dr. Quirno Costa en la cartera de Relaciones Exteriores, en la cual permaneció poco más de siete meses desplegando una extraordinaria actividad. Su primer intento fué liquidar la cuestión pendiente con el Brasil sobre los límites en el Territorio de Misiones, por medio del Tratado de 7 de Setiembre de 1889 ajustado por Quirno Costa con la Cancillería imperial, cuyo contexto demuestra el propósito de terminar pronto y honradamente la cuestión. Se fijaba en ese tratado un plazo de noventa días para que las partes negocia-

ran un acuerdo directo, y para el caso de que el acuerdo no se produjera, se designaba desde luego árbitro de la cuestión al presidente de Estados Unidos, al cual debían ocurrir las partes en un plazo de dos meses después de suspendidas las negociaciones. Poco después caía el Imperio en el Brasil y era proclamada la República (15 de Noviembre de 1889), cuyos caporales se sentían animados, tanto o más que el gobierno imperial, del deseo de terminar la cuestión. Se reunieron en Montevideo los Ministros de Relaciones Exteriores de los dos países, el Dr. Zeballos y Quintino Bocayuva. A pesar de que los títulos del Brasil sobre la región disputada eran clarísimos, los gobiernos de aquel país estaban animados de tan profundo espíritu de conciliación, que el Imperio había llegado a insinuar la partición del territorio disputado, y la cancillería republicana llevó a Montevideo el mismo propósito. Se firmó el tratado de Montevideo de 30 de Enero de 1890, en el cual, sin gran dificultad, se pactó la división, que convenía a la Argentina puesto que recogía la mitad de lo que no le pertenecía, y al Brasil también, porque aún cuando cedía 15000 kilómetros de territorio, lo hacía expontaneamente, dando pruebas de magnanimidad americanista.

El tratado de Montevideo, celebrado justamente en la mitad de la vida del Dr. Zeballos, marca el punto culminante de su laboriosa existencia. Ante el público, que no estaba en el secreto de las tramitaciones de cancillería y no conocía, por consiguiente las intenciones excesivamente condescendientes del Gobierno brasileño, aquella adquisición inesperada de la mitad de las Misiones del Brasil, debió aparecer como un triunfo estupendo de la diplomacia de Zeballos, y dejó colocado al doctor en el camino de las más halagadoras expectativas de encumbramiento político.

Empero, la tempestad interna rugía a los piés del corrompido gobierno de Juárez Celman; la revolucion que se anidaba en los corazones de todos los buenos argentinos asomaba ya a los labios y era proclamada sin embozo en Buenos Aires, al mismo tiempo que la retirada de Roca al monte Aventino dejaba al Gobierno privado de apoyo en las provincias.

El 16 de Abril de 1890, el Gabinete de que Zeballos for-

maba parte, convencido de la imposibilidad de conjurar la gran crisis que se venía encima, presentó su renuncia colectiva, cediendo el paso a otros más audaces que se prestaban a seguir hasta el fin con Juárez Celman.

El 26 de Julio estalló la revolución, en que el radicalismo argentino recibió el bautismo con la sangre de sus mártires. La revolución fué vencida, pero Juárez Celman se vió en el trance de renunciar, quedando como única vencedora la astucia del general Roca. Asumió el Poder Ejecutivo el vice-Presidente Dr. Carlos Pellegrini con un Gabinete encabezado por el general Roca, y los caudillos radicales tomaron el camino de Montevideo, de donde volvieron después al amparo de una ley de amnistía, con el firme propósito de no cejar en su propaganda de moralidad y de libertad electoral, sin concurrir jamás a los simulacros electorales, hasta que la emisión del sufragio estuviese verdaderamente garantida.

El Tratado de Montevideo encontró franca resistencia en la opinión pública brasileña, que distinguió claramente la inmensa diferencia que hay entre la transacción en cuestiones dudosas, siempre útil a los hombres y gloriosa para los Estados, y la transacción en cuestiones claras, que suele importar verdaderas claudicaciones, que despojan a un pueblo sin ofrecer siquiera como compensación el afecto del contrincante. La Cámara de Diputados rechazó el pacto.

El Dr. Pellegrini llamó de nuevo al Dr. Zeballos al Ministerio de Relaciones Exteriores en Octubre de 1891, conservándolo a su lado hasta dejar el mando en Octubre de 1892.

Nuevas negociaciones se entablaron entre las Cancillerías de Buenos Aires y de Río Janeiro, y convencidos ambos Gobiernos de la imposibilidad de llegar a un acuerdo, donde éste no podía tener cabida, recurrieron al Presidente de Estados Unidos, en busca de la solución arbitral pactada.

El Dr. Zeballos fué encargado de la defensa argentina en el litigio de Misiones, y allí debió cruzar su espada con el Barón de Río Branco, defensor del Brasil. El alegato de Zeballos es una obra maestra de talento, de erudición y de audacia. No es gracia producir obras maestras cuando se defiende la verdad y el derecho; lo admirable es hacerlas, sacando fuerza de flaqueza,

creando el todo de la nada, para llegar a sujestionar con el miraje de la justicia en la defensa de una causa insostenible.

La Cancillería argentina, para reclamar soberanía sobre las Misiones brasileñas había recurrido a una adulteración geográfica. El tratado hispano portugués de 1750 fijaba el límite de las dos soberanías en los ríos Pequiri Guazú y San Antonio, que nacen juntos y diverjen para ir a engrosar las aguas del Uruguay y del Iguazú respectivamente. La Cancillería argentina trasladó esos ríos muchas leguas al oriente, es decir, supuso que sus nombres correspondían a otros dos ríos que nacen y diverjen en forma análoga, el Chapecó y el Jangada. Con este sencillo expediente pretendió hacerse heredero de la soberanía española sobre un rico territorio del tamaño de la Bélgica, como se adueñaría de nuestra provincia de Concepción un estado austral limitado por el Bio Bío, con sólo trasladar esta denominación al río Itata. Expedito e ingenioso el procedimiento, que ojalá no olvide el lector, por si acaso lo encontrara repetido más adelante.

El fallo del Presidente Cleveland (5 de Febrero de 1895) fué rotundo, contundente y ejemplarizador. Dijo tan sólo que el límite estaba en los ríos señalados por el Brasil. Nosotros lo llamamos ejemplarizador, porque dejó en claro el error en que había incurrido el gobierno brasileño, al aceptar el Tratado de Montevideo, llevado por un mal entendido espíritu de conciliación donde la conciliación no podía tener cabida y, al mismo tiempo, porque es una elocuente lección para los gobiernos perezosos e indolentes que labran el triunfo de los usurpadores y tienen después que llorar como mujeres lo que no han sabido defender como hombres.

El amor propio de Zeballos experimentó un rudo golpe, y como el amor propio era para aquel hombre cuestión de primera magnitud, las requemaduras de la derrota se tradujeron en un secreto rencor contra la personalidad de su afortunado vencedor, en un rencor que lo acompañó durante el resto de su vida inspirándole actitudes y procedimientos que lo perjudicaron a él mismo y que perjudicaron también a su patria, y a la América entera. Raro parece ésto último, pero el lector verá y juzgará más adelante.

Al regresar el doctor Zeballos a su patria, dos fenómenos, uno de política interna y otro de política internacional, que llenaban el cuadro de la vida argentina, influyeron sobre su carrera personal en formas opuestas. Veámoslos.

En materia internacional, las cuestiones generadas por la aplicación del tratado de 1881, y del protocolo de 1893 a la demarcación en el terreno de los límites pactados entre Chile y la República Argentina, se habían ido complicando hasta el estremo de hacer posible un rompimiento, y los dos paises se encontraban lanzados en el funesto camino de las mútuas recriminaciones, de los apasionamientos populares y del aumento inmoderado de las armas.

En el orden interno, el prestijio del general Roca, tan estropeado al terminar su primera presidencia, se encontraba casi del todo restablecido. El, como Ministro de Pellegrini, había salvado el orden público a raiz de la revolución de 1890; dos años despues, había cerrado el paso de Roque Saenz Peña a la Presidencia de la República, proclamando en su lugar a don Luis Saenz Peña, al padre contra el hijo, al magistrado anciano y reposado contra el caudillo enemigo, joven y temible y, una vez conseguido el resultado mayor, había logrado eliminar al Presidente para dar lugar al Vice Presidente Uriburu que era de los suyos. La opinión pública había llegado a persuadirse de que el general Roca era el único hombre capaz de resolver la cuestión con Chile, fuera por las armas, fuera por la acción diplomática, y esta creencia le abrió ancho y expedito camino para la segunda presidencia (1898-1904) que el caudillo perseguía con ahinco y que en 1892 le arrebatara Roque Saenz Peña.

La disputa con Chile brindaba al doctor Zeballos una brillante oportunidad para reponerse del quebranto experimentado en Washington, a virtud de las peculiares condiciones del carácter nacional argentino.

El pueblo argentino, y más que todo, el de Buenos Aires, es de índole altanera y dominadora, aspira al predominio continental y, no diremos que silabea, sino que paladea con fruición la palabra hegemonía. Su mente no soporta la igualdad con sus vecinos y le molesta que a su lado se desarrollen y

prosperen otros pueblos, aunque sean hermanos o parientes suyos. Ha puesto en su bandera los colores del cielo y la imajen del sol, y ha llegado a persuadirse de que el cielo y el sol han sido creados para cubrir y alumbrar la grandeza suya. ¡Argentina *über alles!*

La sicología argentina es algo que no aciertan a comprender sino muy pocos de nuestros compatriotas, porque nuestra mentalidad es estrecha como la faja de tierra en que nacimos, y nuestra mirada no se extiende más allá de la alta cordillera y del grande océano que nos ciñen. Un poco más que nosotros, pero no mucho tampoco, la comprende el pueblo brasileño que dormita sobre sus laureles, ampliamente satisfecho de la preciada heredad que le legara la astucia portuguesa, desgajándola a pedazos de la dote otorgada por Alejandro VI a los captores de Granada.

Zeballos se convirtió en el paladin del exclusivismo y de la vanidad del pueblo argentino. Durante la segunda mitad de su existencia, ha vivido repicando la campana de alarma, suscitando suspicias, creando conflictos, suponiendo intenciones, encendiendo hogueras, y ha hecho todo eso porque su claro talento le hacía comprender que así halagaba el sentimiento popular y atraía sobre su persona simpatías que no había podido conquistar en otra forma. Ha procedido como el que, deseando advertir su presencia a personas distantes, disparara tiros y encendiera petardos.

La singular y perseverante actitud de Zeballos en materias internacionales ha inducido a chilenos y brasileños en dos errores. Se ha dicho que la voz de Zeballos se encontraba aislada, que no encontraba eco en el pueblo argentino, que no traducía sus sentimientos, y éste es el primer error. Si así hubiera sido, Zeballos habría sellado sus labios, porque él buscaba la popularidad por todos los caminos y todos los medios. Tan cierto es que él interpretaba el sentir nacional que, los gobiernos argentinos, tarde o temprano, franca o disimuladamente, no han hecho otra cosa que sostener las pretenciones formuladas por Zeballos. Han desechado al hombre, pero han acogido sus ideas porque sabían que la opinión pública se sentía halagada por ellas. No somos nosotros los primeros en la constatación de este

hecho; mucho antes que nosotros ha dicho lo mismo nuestro querido amigo, el distinguido político uruguayo don Luis Alberto de Herrera.

El otro error es el de atribuir a Zeballos un odio encarnizado contra Chile y el Brasil, imputación contra la cual el doctor protestó constantemente. Cúmplenos a nosotros el deber de reconocer que esa protesta era sincera. La mentalidad de aquel hombre estaba organizada en forma tal que no le permitía abrigar odios ni amores, sino respecto de personas o entidades que atajaran o ayudaran sus propias ambiciones. Tratándose de Chile y del Brasil, nunca lo dominó una pasión determinada. Su caso es muy distinto del caso de Alberdi que vivió obsesionado por la antipatía al Imperio, y del caso de don Félix Frías que detestó a Chile con sincera obstinación. Zeballos no hizo otra cosa que seguir la corriente de los vientos dominantes, execrando y halagando alternativamente a los países nombrados, a la medida y en las oportunidades en que creía halagar con ello el sentimiento argentino y atraer las miradas de la masa indocta, presentándose como el paladín de la patria.

Pero, de la misma manera que el sepulturero llega a perder el respeto a los muertos y el sacristán llega a profanar los vasos sagrados, Zeballos fué deslizándose por la peligrosa pendiente del halago a las masas populares, hasta convertirse en un profesional del patriotismo. Y con ello hizo graves males a su patria, extraviando el criterio público, y dió un mal ejemplo que ha sido imitado por otros en Chile, en el Perú y en Bolivia. Fortuna, y muy grande, ha sido para el Brasil que la planta deletérea no se haya aclimatado en su próvida tierra, que allí no se haya implantado la industria patriótica, el profesionalismo de la patria, mil veces más detestable que el profesionalismo en las artes y en los deportes.

Calmada por el fallo de Cleveland la animosidad argentina contra el Brasil y contraida la atención pública al problema con Chile, el Dr. Zeballos contribuyó poderosamente a dificultar las soluciones amistosas con las bombas incendiarias que lanzaba desde su reducto de *La Prensa*. Quería así reconquistar las posiciones perdidas en la derrota de Washington. Pero, aún cuando la multitud lo seguía, aclamándolo como su porta-

voz, el acceso a los altos puestos del gobierno y aún a los cargos legislativos le estaba porfiadamente vedado por la taimada inquina del general Roca.

La sicología de este caudillo, aunque compleja, se puede descomponer en elementos muy sencillos. Roca era militar por su cuna y por su educación, y en la política no quería tener amigos, aliados, cooperadores o conmilitones, sino lisa y llanamente subalternos, secuaces, instrumentos y, a veces, cómplices. Su reserva era absoluta y su rencor inextinguible, aunque no siempre apareciera. Miel para sus servidores fieles e incondicionales, hiel para los que lo combatían o lo habían traicionado alguna vez; no pedía ni daba cuartel. Amoldado en los rigores de la *Ordenanza*, no concebía sino el palo para la indisciplina, y para la deserción en campaña... ¡pena de muerte!

Dentro de esta idiosincracia, se explica la profunda e inflexible hostilidad de Roca contra Zeballos. Este había desertado de su fila, y si el delito era grave, mayor aún era la circunstancia agravante. Zeballos tenía personalidad propia y ambiciones presidenciales, laboraba para sí mismo, no para un amo.

El partido roquista dominaba la situación y el partido mitrista, con su tolerancia hoy, con su adhesión mañana, le allanaba el camino. Con el apoyo de ambos y la bandera de la resistencia contra Chile, el general Roca, desprestigiado en 1886, al dejar el mando, atajado en 1892 por Roque Sáenz Peña, logró en 1898 volver a la Presidencia de la República, sin resistencias serias, aclamado por sus amigos y aceptado por sus adversarios.

Al frente de su poderío sólo se veía un enemigo mudo pero irreconciliable, verdadero convidado de piedra, el partido radical, puro y sin mancha, que crecía lentamente, pero con paso seguro, manteniéndose independiente, sin claudicaciones ni transacciones de ninguna especie, que esperaba su momento para entrar a la lucha y captar la ciudadela, expulsando de ella a jefes, oficiales y soldados, el día en que una nueva revolución o la libertad del sufragio le abrieran el camino.

La segunda presidencia de Roca (1898-1904) encontró a Zeballos mas aislado que nunca. Roquistas y mitristas le reprochaban su pasado y los radicales que trabajaban para el futuro, no tenían con él afinidad moral. Amigos personales, tenía

en todos los partidos, admiradores, muchos, dentro y fuera del país, partidarios, muy pocos. Su única fuerza era *La Prensa*, cuyo propietario don José C. Paz había roto sus relaciones con Roca convirtiéndose en su más tenaz y altivo adversario.

Allí, en *La Prensa*, sirviendo a los rencores de don José C. Paz y manando la sangre de su propio despecho, el Dr. Zeballos estuvo durante muchos años combatiendo a Roca, con la rabia de Luzbel, tan soberbio como impotente, y contribuyendo, sin pretenderlo, al auge del radicalismo, minando a un enemigo en beneficio de otro enemigo suyo.

En presencia de una autocracia avasalladora e irresistible, la energía de Zeballos no se doblegó jamás y tuvo audacias dignas de la epopeya. Desde las columnas de *La Prensa* llamó a cuentas al omnipotente enemigo, y desentendiéndose de la fragilidad de su propia techumbre, hizo el público balance de la fortuna de Roca, liquidándole con intereses compuestos el patrimonio hereditario y los sueldos militares percibidos durante su carrera por el caudillo, para transparentar ante el país la siniestra incógnita de la procedencia de sus cuantiosas riquezas inmuebles y mobiliarias.

Por ese tiempo, tuvimos nosotros el honor de estrechar por primera vez la mano fuerte y efusiva del Dr. Zeballos. Publicaba por aquellos días en *La Prensa* un gran aviso que decía mas o menos así: «Estanislao S. Zeballos, abogado, excluído del Congreso Nacional por los fraudes y maquinaciones de don Julio A. Roca, se dedica exclusivamente al ejercicio de su profesión y atiende de preferencia asuntos comerciales en su estudio, Victoria 504». El aviso tenía mucha *fioritura*, pero la idea es la que apuntamos, y nos hacía recordar uno análogo que publicaba en Santiago don Carlos Walker Martínez en los tiempos de Santa María.

Post tenebras, lux.

Luz, sí, pero débil y efímera.

Al concluir su segundo período presidencial, Roca no se sintió con fuerzas para imponer al país un sucesor de su exclusivo amaño como lo hiciera en 1886. Cedió el puesto al Dr. Quintana, mitrista, pero colocando a su espalda, en calidad de Vice-Presidente, a uno de los suyos, el Dr. Figueroa Alcorta, repi-

tiendo el juego de 1892, cuando a la espalda de don Luis Sáenz Peña colocara a su amigo el señor Uriburu. Contaba con lo imprevisto—o con lo previsto—para que tras una breve presidencia, relativamente independiente, de Quintana, asumiera el Poder Ejecutivo el ahijado político dócil y leal.

Y sucedió lo imprevisto o previsto. El Dr. Quintana, más orador que político, no tardó en sentir que la tierra se hundía bajo sus pies, que su autoridad era decorativa como su persona; pero falleció con la debida oportunidad, para no ser destronado en obsequio del Delfín.

Asumió el mando el Vice-Presidente Figueroa Alcorta, joven abogado cordobés, de la cepa de Juárez Celman, rápidamente encumbrado como aquél por las palancas del general Roca. Y aquí sí que se produjo lo que de veras no pudo ser previsto por Roca: que el doctor Figueroa Alcorta se independizó de la influencia de su progenitor político y, desplegando una energía inesperada y sorprendente, fué capaz de realizar lo que a muchos parecía un sueño irrealizable: la desmonetización (así dicen en Buenos Aires) del general Roca.

¡ Hermosa lección para los caudillos que pretenden atar la suerte de los pueblos al carro triunfal de sus ambiciones, transformando en dolosas monarquías las repúblicas creadas por la buena fé de nuestros abuelos!

En sus líneas generales,la administración de Figueroa Alcorta presenta grandes similitudes con la de Juárez Celman; se puede decir que tiene con ella cierto aire de familia, sobre todo en materias de moral y probidad; pero la supera considerable y ventajosamente, por su energía, que fué el secreto de su triunfo. Figueroa Alcorta se trazó un plan y fué derecho hacia él sin vacilaciones ni timideces hasta dejarlo realizado. Para destruir la omnipotencia del general Roca, sintió la necesidad de llamar en su ayuda a los más fuertes enemigos del caudillo, agudos arietes que debían perforar y pulverizar la fortaleza de granito. Roque Saenz Peña era el caudillo de la aristocracia porteña y a él lo ungió príncipe heredero. El Dr. Zeballos era *La Prensa* de Buenos Aires y fué llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores (Noviembre de 1906). Roca, anulado, viejo y al fin desalentado, se embarcó para Europa y ya no volvió más.

Despues del prolongado ostracismo, de una desmonetización forzada, volvía Zeballos a la circulación política, en gloria y majestad, burlándose de Roca, y sin mas empuje que el de su propia personalidad ni mas pedestal que la influencia enorme de *La Prensa*. Fué éste a nuestro juicio el segundo gran momento de la vida de Zeballos, un segundo tratado de Montevideo; bien aprovechada la oportunidad, ella habría podido llevarlo muy léjos. No pretendemos decir que hubiera podido ser el sucesor de Figueroa Alcorta, porque Roque Saenz Peña le llevaba una gran ventaja, el prestigio de una gran probidad que el pais reclamaba a gritos y que no reconocía a Zeballos; pero se encontraba de nuevo en el camino del Capitolio y quedaba en situación de esperar tranquilamente su turno.

El afan de agitar el ambiente internacional para rodearse de aureola patriótica, indujo a Zeballos a un error que ha creado a su pais una situación dudosa en el Continente y que a él lo tiró de cabeza a la llanura, que su temperamento detestaba, pues había nacido para la altura y su héroe favorito era Napoleon.

No era el momento de agitar conflictos con Chile o crearlos nuevos. La cuestión de límites había alcanzado su solución definitiva con el fallo arbitral británico, se había pactado una especie de desarme y se había celebrado un tratado de arbitraje permanente, amplio y obligatorio entre los dos paises. Brisas de fraternidad cruzaban los portezuelos de la Cordillera y en la alta cumbre señalaba el rumbo la imagen del sublime galileo mensajero de paz y amor entre los hombres.

No. Evidentemente, no era al poniente donde se pudiera encender el petardo, y encenderlo equivaldría a llamar de nuevo al general Roca. Entonces, era preciso crearse un enemigo por otro lado. Agitar la cuestión de límites con Bolivia, sería frustraneo, porque esa cuestión no ha apasionado jamas al pueblo argentino, ha sido siempre una simple cuestión de cancillerias.

El claro espíritu de Zeballos, al primer golpe de vista, descubrió donde estaba el molino de viento contra el cual le convenía arremeter. ¡El Brasil! Su progreso y riqueza despertaban celos en el pueblo argentino, y su espíritu profundamente pa-

cífico no podía inspirar temores. Se podía captar gloria barata provocándolo y lanzar una estocada al Baron de Rio Branco. ¡Manos a la obra!

El Brasil iniciaba la obra de su organización militar, completamente descuidada hasta entonces, y acababa de adquirir dos grandes naves de guerra. Nadie debía sentirse alarmado, y mucho menos la Argentina que conservaba todo el poder naval acumulado durante su polémica con Chile y que, faltando al desarme pactado, había conservado íntegro. El doctor Zeballos coje al vuelo la oportunidad, reune a los directores de la opinión pública argentina y los persuade de la necesidad de recomensar la paz armada, esta vez contra el Brasil.

Y para justificar las nuevas adquisisiones de armamentos de mar y tierra, crea un conflicto internacional que antes no existía, caba el abismo que ha dividir en adelante a brasileños y argentinos, genera una causa para explicar el efecto producido antes. Elige a la vecina República del Uruguay para lanzar sobre su rostro una bofetada destinada a repercutir en el pecho del Brasil y plantea la cuestión de la jurisdicción sobre las aguas del Río de la Plata.

La Cancilleria argentina sostiene que a su país unicamente corresponde la jurisdicción sobre todo aquel ancho estuario que tiene 30 millas de ancho frente a Buenos Aires y que llega a tener mas de 200 al confundirse las aguas dulces del continente con las aguas saladas del Océano. Esto significa, dejar al Uruguay privado de territorio acuático, anexo de la soberanía terrestre, que corresponde a los países riberanos con el mar con ríos o con lagos. Aún cuando constantemente, durante ochenta años, la República Argentina ha reconocido a su vecina derechos jurisdiccionales sobre parte de las aguas del rio, sostiene ahora que aquella no los tiene, porque en el tratado de paz con el Brasil de 1828, al reconocer la independencia del Uruguay, se refirió unicamente al territorio terrestre situado al oriente del Plata, quedando el río bajo el dominio argentino como lo había estado durante la existencia del Virreinato. Con semejante lógica, España podría negar la jurisdicción marítima de Méjico, Colombia, Chile y la República Argentina, porque en ninguno de los tratados de reconocimiento de indepen-

dencia, se refirió expresamente al territorio marítimo. La tesis del doctor Zeballos pugna con el axioma jurídico de que lo accesorio sigue a lo principal, siempre que no se le esceptúe expresamente en las convenciones respectivas. La venta de la espada comprende a la vaina, la del cuadro incluye al marco, salvo estipulación en sentido contrario.

Sólo una vez, se ha insinuado en materia internacional la tésis del Dr. Zeballos. Pero, entiéndase bien, se ha *insinuado* solamente, pero no la ha sostenido jamás gobierno alguno. Cedida la Finlandia por Suecia a Rusia, este país se consideró dueño del Golfo de Finlandia que quedó desde entonces completamente rodeado por tierras de su soberanía. Nadie disputó durante un siglo la soberanía rusa sobre el golfo nombrado, aún cuando no faltó algún autor de Derecho Internacional que considerara que ese golfo continuaba bajo la soberanía sueca, por no haber sido mencionado expresamente en el tratado de cesión. Hoy el golfo de Finlandia tiene carácter internacional por estar rodeado por tres soberanías independientes entre sí: la Finlandia, la Rusia y la Estonia y no tenemos noticia de que la Rusia sovietista reclame la soberanía exclusiva sobre el golfo, desconociendo los derechos jurisdiccionales de Finlandia y de Estonia.

En la pretensión argentina, van envueltas dos cuestiones, una jurídica y otra política. En el orden jurídico ella importa un desconocimiento del derecho uruguayo a la jurisdicción hasta la línea media de las aguas del estuario, y en el orden político significa una verdadera amenaza para todos los países sud-americanos que se comunican con el mar por medio del Río de la Plata y de los afluentes navegables de su hoya hidrográfica.

El golpe de Zeballos iba dirigido contra el Brasil, que no podía mirar con indiferencia que una nación poderosa y rival suya se atribuyera dominio exclusivo sobre el Río de la Plata, el cual, juntando las aguas del Paraná y del Uruguay, es la salida natural de sus estados interiores de Paraná, Matto Grosso y otros que suman millones de kilómetros cuadrados, Pero, dirigido contra el Brasil, ese golpe afectaba también al Paraguay y a Bolivia que necesitan la vía del Plata y que naturalmente

se sentirán mejor garantizados estando compartido el dominio del río entre las soberanías argentina y uruguaya.

Por otra parte, el sólo hecho de plantear la cuestión de la jurisdicción esclusiva sobre las aguas del Río de la Plata, manifestaba que el gobierno argentino asumía francamente una actitud imperialista, que se encaminaba hacia la reconstrucción del Virreinato de Buenos Aires, ideal acariciado por algunos espíritus argentinos, entre otros por Sarmiento que llegó a proponer al gobierno de Mitre la anexión del Uruguay a la Argentina y del Paraguay al Brasil, como medio de poner término a las dificultades producidas entre los aliados al liquidar la guerra del Paraguay. Este conato imperialista tiene que alarmar al Brasil y llevarlo a la lucha, como provocó a Chile el imperialismo del mariscal Santa Cruz, y al mismo Brasil y a la Argentina el de Solano López.

Zeballos dejó, pues, planteado un grave conflicto sud-americano que subsistirá mientras la República Argentina no retire sinceramente sus pretensiones y reconozca con toda lealtad la jurisdicción uruguaya sobre la mitad de las aguas del Río de la Plata, en conformidad a los principios generalmente recibidos del Derecho Internacional.

Consecuencia inmediata de la tésis proclamada por Zeballos, fué que el Brasil se dió por notificado y empezó a armarse y que la República Argentina, recién salida de las angustias de la paz armada que le creó el conflicto con Chile, tuvo que seguir en ellas para afrontar el nuevo conflicto que ella misma había creado. El estallido puede venir cuando menos se piense. Probablemente no será luego, pero alguna vez será. En la Quinta Conferencia Pan-Americana, ya se ha librado una escaramuza entre brasileños y argentinos, frustrando los buenos deseos de Chile de producir el desarme en Sud-América.

Pero lo más grave, de gravedad inmediata, que presenta la tésis de Zeballos, fué la inicua e inesperada ofensa que ella importa para la República del Uruguay. Esta nación, constituída independientemente en 1830, respondiendo al sentimiento de autonomía propio de ella, y a la imposibilidad en que se encontraron de quedarse con su territorio la República Argentina y el Brasil que se lo disputaban, es por la raza, la tradición, los

intereses y mil factores más una prolongación de la Argentina al oriente del Plata. La política interna de los dos paises ha estado ligada constantemente y aun hoy los dos grandes partidos en que está dividida la opinión uruguaya, el blanco y el colorado, no son sino supervivencias de los antiguos partidos federal y unitario de la Argentina, cuyos fundadores orientales los generales Oribe y Rivera fueron, secuaz el uno y adversario el segundo de la dictadura de don Juan Manuel de Rozas. La suerte de los dos países ha marchado siempre unida, y los uruguayos, dejando a salvo su independencia nacional, han simpatizado constantemente con la República Argentina, mucho más que con el Brasil, cuyas instituciones monárquicas y cuyo idioma les distanció al principio y los dejó distanciados aun despues de la caída de don Pedro II.

Si hacer pelear a la Argentina con Chile era un crímen, hacer pelear a la Argentina con el Uruguay es algo peor, es una falta, como habría dicho Talleyrand. Zeballos hizo a su patria males incalculables con su desatentada tésis de la jurisdicción exclusiva sobre las aguas del Plata: alarmó a la América entera, puso en guardia al Brasil y enfrió de golpe el afecto del Uruguay, convirtiendo al natural aliado suyo en un posible aliado de la política brasileña.

Este triste episodio produjo extraordinario revuelo en toda América, y en la República Argentina misma, los espíritus de selección que allí abundan—lo reconocemos con placer—se sublevaron contra Zeballos. El Presidente Figueroa Alcorta, presionado por la opinión selecta, sintió la necesidad de alejar a Zeballos del manejo de las Relaciones Exteriores, y con toda cortesía, le ofreció la cartera de Instrucción Pública. Esto era señalarle la puerta, y Zeballos la tomó acompañado por el mas perverso de los consejeros, el despecho.

Su renuncia, presentada el 20 de Junio de 1908, está impregnada de amargura y es un reproche continuado contra el Gobierno que lo aparta de sus consejos. Termina diciendo que se va con la satisfacción del «varon prudente y fuerte» sacrificado en aras de la patria. ¿Fuerte? Sí, decimos nosotros; fuerte por su talento, por su energía y hasta por sus rebeldías. ¿Pru-

dente? Nó, ni en el manejo de los negocios públicos, ni siquiera, en el de sus intereses políticos personales.

Trás el primer estallido del despecho, vino otro peor. Apenas salido Zeballos de la Casa Rosada, empezó a circular de mano en mano entre la *élite* de Buenos Aires, un centenar de hojas anónimas, escritas a máquina, en las cuales se insertaba copia de un telegrama que se decía enviado con el N.º 9, y con fecha 18 de Junio por el Barón de Río Branco al Ministro brasileño en Chile, dándole instrucciones para tramar un complot contra la República Argentina «aprovechando la oportunidad que presentaba la salida del doctor Zeballos del Gobierno.»

¿Qué mano oculta había lanzado aquel proyectil? ¿Quién había inventado aquel chisme anónimo destinado a envenenar el corazon argentino con la sospecha de que brasileños y chilenos se aprestaban para darle la puñalada por la espalda? ¿Quién se empeñaba en desautorizar al Presidente Figueroa Alcorta por haber alejado a Zeballos, presentando a éste como el Angel Tutelar de la República Argentina? ¿*Cui proderat*?

Un ejemplar del panfleto llegó a manos del Ministro brasileño, y de éstas pasó al poder del Barón de Río Branco. El gran político comprendió la gravedad del caso, y procedió a remediarlo. ¿Cómo? Muy sencillamente. Publicó en un folleto el texto del telegrama N.º 9 en clave, con certificados de las Direcciones de Telégrafos de Buenos Aires y de Santiago que garantizaban su autenticidad, publicó la clave misma, y la traducción del telegrama en conformidad a ella, y resultó que el tal documento estaba muy lejos de tendencias insidiosas de ninguna especie.

En seguida, el Barón de Río Branco emprendió una de las mas gloriosas iniciativas que se conocen en la política internacional Sud-americana.

Hacía mas de medio siglo que graves cuestiones enturbiaban la amistad del Uruguay con el Brasil. Una deuda de dinero que iba creciendo con los intereses y que el Uruguay, perturbado por las revoluciones, no había podido cancelar, era una de esas cuestiones. La otra, mas grave aun, pues afectaba al amor propio del pueblo uruguayo, era la cuestión relativa a la jurisdicción sobre las aguas del río Yaguaron y de la laguna de Merim, en la frontera de los dos Estados. El Imperio había

impuesto a la República en 1851 un tratado de límites por el cual se reservó la jurisdicción exclusiva sobre esas aguas fronterizas y dejó privados a los uruguayos del derecho de navegar por ellas. Los uruguayos habían reclamado constantemente que se les devolviera la facultad de navegar, limitando a eso sus pretensiones, sin poder conseguir nada. El Barón de Río Branco los llamó y les dijo: doy por cancelada la deuda, les devuelvo la facultad de navegar por el Yaguaron y por la laguna de Merim, les amplío esta facultad concediéndoles también el derecho de navegar por la laguna de los Patos hasta el mar, y les reconozco jurisdicción hasta la línea media del río y de la laguna limítrofes.

El Presidente del Uruguay, al dar cuenta al Congreso de los tratados celebrados con el Brasil, dijo más o menos lo siguiente: «La magnanimidad brasileña nos ha concedido, mas, mucho mas de lo que nosotros hemos reclamado durante medio siglo».

El traspiés de Zeballos había ocasionado a la República Argentina dos graves males: había creado la desconfianza del Brasil y había entibiado la amistad del Uruguay con una ofensa gratuita que aquella República, simpática a toda la América por sus infortunios domésticos, por su espíritu progresista y porque a nadie amenaza, no había merecido absolutamente de nadie y mucho menos de la República Argentina, que es su hermana gemela.

Por segunda vez, el Barón de Río Branco, «varón prudente y fuerte» de verdad, había derribado a Zeballos. a mano abierta, defendiendo la paz, el derecho y la verdad *(Pax, Lex, Lux)*.

El Presidente Figueroa Alcorta, ante el revuelo producido por el incidente de la jurisdicción sobre las aguas del Plata, había eliminado a Zeballos, pero a eso sólo limitó su acción. Suprimió al Ministro imprudente, pero no retiró la imprudente pretensión, que hasta hoy mantiene en toda su amplitud el Gobierno Argentino, empeñándose políticos y juristas en justificarla de mil modos distintos. Aquel doctor no curó el mal, sino que tan solo empleó un antitérmico. Tiene razón entónces don Luis Alberto de Herrera, y la tenemos nosotros cuando de-

cimos que Zeballos no se encontraba solo, sino espaldeado por un pueblo envalentonado que gusta de amagar y humillar a sus vecinos. Los optimistas que dicen con ánimo ligero: «¡cosas de Zeballos!» no saben lo que dicen, o no dicen lo que saben.

Zeballos es planta del suelo argentino, cristalización del alma gaucha, que tan admirablemente pinta Sarmiento en *Civilización y Barbarie.* Pertenece a esa clase de hombres que representan el *subtractum* de la sicología de un pueblo o de una raza en un momento dado de su cultura. Esos hombres causas a primera vista, no son sino efectos de un ambiente, guiones que ligan la mentalidad presente de un pueblo con su actuación futura. Si no existieran los niños, no prosperarian los comerciantes en juguetes. Si el imperialismo no arraigara en el alma popular argentina, Zeballos habría sido un político conciliador y pacifista. El Brasil con toda su grandeza no ha producido un Zeballos, porque su ambiente primaveral no puede engendrar sino genios plácidos, elocuentes y emotivos como Río Branco y Ruy Barbosa. En Chile, en el Perú y en Bolivia, tampoco ha existido un solo Zeballos de verdad, y los pocos que han intentado parodiarlo no son sino pescadores en río revuelto, cachorros del gran argentino, que han aprovechado al vuelo la ocasión del pleito de Tacna y Arica, para pescar popularidad, senaturias, dictaduras y otras golosinas.

Eliminado del poder en 1908, Zeballos quedó fuera de él hasta terminar sus días quince años después, pero no zabullido hasta el fondo, sino nadando en la superficie, porque una sustancial transformación se había operado en la política argentina. Tras la presidencia de Figueroa Alcorta, que realizó la desmonetización de Roca, vino la presidencia de Roque Sáenz Peña, que inicia en la República Argentina la era de la libertad electoral, no igual, pero sí muy parecida a nuestra época posterior a la revolución de 1891.

La presidencia de Saenz Peña, sin destruir por completo las inmoralidades del «régimen» renovadas por Figueroa Alcorta, dotó a la República Argentina de una ley electoral que consulta amplias garantías para los derechos cívicos, y haciendo obligatorio el sufragio, arrancó a los radicales de su prolongada abstención. El radicalismo se desarrolló con exuberancia tro-

pical y, haciendo honor a las promesas de Saenz Peña, volvió a las urnas a librar las lides republicanas, en las cuales obtuvo los triunfos que merecía por su honrada perseverancia. Junto con el radicalismo, pudieron también emprender el vuelo las personalidades aisladas que, sin contar con el apoyo de ningún partido, tenían admiradores personales en los grandes centros de población. Entre estos últimos se encontraba el Dr. Zeballos, que ingresó a la Cámara de Diputados, empujado por el entusiasmo de la juventud y libre ya la puerta del cancerbero que durante tanto años lo rechazara a tarascones. Zeballos había encontrado una plataforma electoral en la Universidad donde era profesor, en este caso sin vocación para el apostolado de la enseñanza. No era el maestro modesto y tranquilo, que elabora silenciosamente el porvenir de la patria, ajeno a las ambiciones y codicias, satisfecho con una plaza de soldado en el ejército del progreso, sino el conferencista grandilocuente, más tribuno que catedrático, que halaga los ardores juveniles, consintiendo y buscando el aplauso de sus alumnos.

En el período de 1912 a 1916, el Dr. Zeballos ocupó un puesto en la Cámara de Diputados, de la cual fué nuevamente Presidente. Allí fué, como en otro tiempo, estrella de primera magnitud, pero sin satélites; general sin soldados; admirado, aplaudido, pero siempre recelado.

El caso del Dr. Zeballos es la más original antinomia que puede presentar la vida pública de un hombre en una democracia. En materia de política internacional se le seguía y obedecía hasta el servilismo; pueblo y Gobierno, amigos y enemigos estaban con él, marcialmente empenachados los unos, embozados los otros en pieles de corderos. Entre tanto, en la política interna, lo detestaban, agotando el léxico de las diatribas para calificarlo en la prensa y en los corrillos. Con el *mínimum* de prestigio personal, era, sin embargo, el verdadero director de la política externa, el heraldo y caudillo del imperialismo nacional.

Tras la defunción política del general Roca, vino la temprana muerte del Barón de Río Branco, a despejar el camino de Zeballos. La desaparición de aquel «varón prudente y

fuerte» de verdad, vino a sentar el predominio de Zeballos en la política internacional de Sud-América, permitiéndole atajar el más hermoso de los ideales que aquél alimentara.

Río Branco persiguió con abnegación y constancia la unión estrecha de las voluntades del Brasil, Argentina y Chile para el mantenimiento de la paz y para bienestar del Continente. ¡Noble ideal! Con o sin tratados, sin embajadas, ni abrazos, ni lirismos, la *entente* sincera y cordial de los tres países, daría a la América del Sur un siglo de paz y llegaría a ponerla al nivel de la América del Norte. La idea de Río Branco, interpreta el pensamiento de su patria y encuentra eco en el alma chilena, cuyos efímeros órganos, sus cancilleres trimestrales, como su pueblo, sus tribunos y su prensa, no han cesado de acariciarla.

Los que miran desde lejos comprenden también la sabiduría de esa unión, como lo demuestra el llamado hecho por los Estados Unidos a los tres países para arreglar su conflicto con Méjico en las Conferencias de Niágara Falls.

Pero Zeballos no se cansó de cerrarle el camino a tan noble idea. En 1906, Bolivia y el Paraguay solicitan los buenos oficios del Brasil para resolver su cuestión de límites. Río Branco aconseja la adopción de un arbitraje colegiado, compuesto por el Brasil, Argentina y Chile, idea que aceptan los interesados. Impuesto del asunto el Dr. Zeballos, recién subido al Ministerio de Relaciones Exteriores de su patria, desbarata el plan, reclamando para la Argentina solamente el cargo arbitral, con exclusión de Chile y del Brasil. Fracasado el buen propósito, queda subsistiendo hasta el presente el diferendo paraguayo-boliviano, que, en conformidad al plan de Río Branco pudo quedar resuelto hace quince años.

Firmado en 1915 el Tratado del A. B. C. que iniciaba la realización del plan genial, saltó a la palestra y lo desbarató con zaña, suponiendo intenciones y despertando suspicacias, que apartaron a la República Argentina del buen propósito que abrigara por un momento y que continúan acariciando brasileños y chilenos.

Iniciada la gran guerra, y privado Chile de sus adquisiciones navales requizadas por el gobierno británico, al mismo tiempo que la Argentina recibía sus acorazados de Estados Unidos, en-

contrándose así en manifiesta superioridad naval, consideró llegado el momento de dar un golpe a nuestro país y friamente, con cálculo y alevosía, en plena armonía chileno-argentina, saltó a *La Prensa* tocando a rebato, a título de reclamar para su patria dos islas chilenas situadas al sur del Canal Beagle. Era la primera vez que, arrojando todo disfraz, sacaba a relucir por si mismo una complicada red que había estado tejiendo durante un cuarto de siglo con la constancia de Penélope y la destreza de la araña. Por la mano de un aventurero levantino había desviado en los mapas un canal derecho, casi como una regla; por medio de un marino complaciente había trasladado una isla mar afuera, inventado un canal nuevo y formulado una tesis nueva en el Derecho Internacional, y ahora se presentaba él mismo, a cara descubierta, suplantando un tratado por otro, el de 1881 por el de 1893, para reclamar como argentinas las islas Picton y Nueva que son tan chilenas como la Quiriquina y la Mocha.

Y no le bastó eso, pues inventó una segunda cuestión, negando a Chile su soberanía sobre las aguas del Estrecho de Magallanes, teniendo que falsear para ello el sentido de la neutralización pactada en 1881 para el Estrecho.

La neutralización, es una limitación de la soberanía, pero no importa su extinción. Chile no puede fortificar las costas del Estrecho a virtud del artículo 5.° del tratado de 1881, y en eso consiste la limitación de su soberanía en aquella región; pero conserva sus derechos de jurisdicción, la reserva de la pesca y demás inherentes a la soberanía del Estado. Y no se trata de una institución jurídica completamente nueva, que pueda dar lugar a errores de interpretación, sino de algo incorporado desde hace un siglo al Derecho Internacional, con la neutralización de Suiza, seguida más tarde por la de la Bélgica, del Mar Negro, del Luxemburgo, del Canal de Suez y del Estado libre del Congo. El error en esta materia se confunde por completo con la mala fe.

El gobierno argentino acogió los devaneos de Zeballos y formuló reclamaciones sobre actos de jurisdicción legítimamente ejercidos por Chile sobre las islas Picton y Nueva y sobre las aguas del Estrecho de Magallanes. Una vez más se compro-

bó la razón que tuvo don Luis Alberto de Herrera y la que nos asiste a nosotros para decir que el imperialismo de Zeballos es lisa y llanamente un imperialismo argentino. Hasta hoy el gobierno argentino mantiene sus pretensiones, a pesar de haberse verificado en aquel país una nueva evolución política transcendental con el advenimiento del radicalismo al poder, que alejó más aún al Dr. Zeballos.

De nuevo la opinión selecta de la República Argentina negó amparo a las tesis de Zeballos, perturbadoras de la paz en Sud América. Pero *La Nación*, diario mesurado y pacífico, órgano oficioso del gobierno en aquel instante y rival constante de *La Prensa*, coadyuvó, aunque en forma comedida, al plan imperialista, sumándose con el periodismo adocenado e indocto que le hizo coro en las provincias.

Hubo una diferencia entre las apreciaciones de *La Nación* y *La Prensa*: aquella aceptaba el arbitraje, reconociendo la validez del tratado de 1902 entre los dos países, mientras el Dr. Zeballos lo rechazaba en su diario como si aquel tratado fuera un simple *chiffon de papier*. Por fin se ajustó un tratado especial de arbitraje para resolver la cuestión de las islas australes, el cual, aprobado por el Senado de los dos países, pende todavía de la consideración de las respectivas Cámaras de Diputados.

Válganos esta oportunidad para rectificar otro error en que incurren nuestros compatriotas al apreciar el valor comparativo de la influencia de los dos grandes diarios argentinos. Muchos chilenos creen que sólo *La Nación* representa el sentimiento argentino, por ser portavoz de sus elementos más cultos y concientes. Entre tanto, la verdad es que *La Prensa* por su parte representa el sentir de grandes masas populares, ganando en cantidad lo que pierde en calidad. Se puede decir que si *La Nación* es el cerebro, *La Prensa* es el corazón del pueblo argentino, de modo que el acuerdo de esos dos órganos de publicidad traduce en toda su integridad el pensamiento nacional, acuerdo que existe en el fondo en asuntos internacionales aún cuando se produzcan discrepancias en materias de modo, lugar y tiempo.

No tardó en funcionar de nuevo el anónimo, en forma esta

vez de seudónimo. Con la firma de Pedro de Córdoba apareció un folleto, de carátula llamativa y espíritu alarmante, titulado *Nuestra Guerra*, en el cual un autor oculto denunciaba los peligros que amagaban a la República Argentina, amenazada por una coalición del Brasil, el Uruguay y Chile. Dentro y fuera de la República nadie vaciló en atribuír ese folleto al Dr. Zeballos, que se denunciaba allí a gritos por su espíritu y por su estilo. Era gritar ¡al lobo! después de haber abierto la jaula de la bestia dañina, despertar sobresaltado ante el temor de que cayeran espadas colgadas por la propia mano a la cabecera del lecho.

Zeballos tenía en ese momento mucha razón, al temer una coalición de los tres resentimientos que había creado a su patria. En cambio, yerran profundamente los chilenos que se imaginan la posibilidad de mantener la neutralidad el día en que la cuestión de las aguas del Plata produzca el estallido entre el Brasil y la República Argentina, y se equivocan los brasileños que crean poder permanecer tranquilos si llega a producirse la lucha de chilenos y argentinos por la cuestión de las islas australes o del Estrecho de Magallanes. Solamente aciertan con sabiduría los uruguayos que preven a su patria convertida en campo de batalla — Nueva Bélgica mañana como fuera ayer Nueva Troya — el día en que el imperialismo argentino, verbal hasta hoy, se haga oir por la boca de los cañones.

La guerra prevista por Pedro de Córdoba no es una fantasía, sino una triste realidad, tanto en su posibilidad como en sus proporciones. Si ella llegara a estallar, sus estragos serían cien veces superiores a los de las guerras del Paraguay y del Pacífico sumados. Y vendrá, si los diplomáticos sud y norte-americanos no resultan capaces de evitarla, y más que todo, si el buen sentido argentino no se allana a borrar del corazón de su pueblo las palabras de maldición que en él grabara la mano de Zeballos.

Los años por un lado, el exceso de labor por otro y más que todo, el despecho constante de una vida entera de ambiciones defraudadas, y de nerviosidades incontenibles, llegaron por fin a minar la vitalidad del varón fuerte, aunque no prudente y

una enfermedad, talvez la única de su existencia, hizo presa en la naturaleza rozagante del que con legítima satisfacción nos contara a los sesenta años de edad que jamás había experimentado un día de cama.

Enfermo y todo, a principios de este año, sacaba fuerzas de flaqueza y disparaba el último cartucho del último cañón. Le quemaba la reunión de la Quinta Conferencia Pan Americana en la cual no había un asiento para él, y más aún le quemaba la iniciativa chilena en pro del desarme después de haberse allanado al arbitraje en la cuestión de Tacna y Arica. Y apenas el chileno Huneeus planteaba la cuestión con alma blanca y guante blanco, el heraldo de la discordia se sintió herido en el talón y saltó a *La Prensa*, a sublevar una vez más las suspicacias, a suponer intenciones y a desviar a sus conciudadanos del buen camino. Y también una vez más el Gobierno argentino desconoció el buen propósito chileno, negándose tenazmente a toda conciliación, como lo acaba de demostrar, con la sinceridad y entereza propias del maestro, nuestro colega argentino el Dr. Ibarguren.

Zeballos se levanta del lecho y emprende un viaje de salud y de descanso, encubierto con el pretexto de las conferencias de Williamstown. El atleta trata de ocultar la decadencia de sus fuerzas, quiere aparentar un vigor que ya flaquea y neutralizar con la marcha el hielo que comienza a agarrotar sus piés. Lo confortan las brisas del mar y le dan bríos para cumplir su cometido. Se embarca nuevamente, y como el soldado de Maratón cae al llegar al término de su jornada, cuando iba a Inglaterra a librar todavía una escaramuza mas contra el derecho y la justicia, a influir en la *International Law Association*, para obtener la aprobación de un proyecto argentino sobre el *Mar Territorial*, cuyo artículo octavo sienta un precedente doctrinal contrario a los derechos de Chile en la demarcación del Canal Beagle y cuyo artículo quinto socaba los intereses del Uruguay, del Brasil, del Paraguay y de Bolivia en la cuestión del Río de la Plata.

El Dr. Zeballos, al revés de la generalidad de los hombres, que saben sacar provecho de sus condiciones, por pequeñas que sean, para engrandecerse y realzar a su patria, puso todas sus

magníficas y extraordinarias aptitudes, su inteligencia superior, su actividad ilimitada y su indomable energía al servicio de su propio desmedro, cerrándose el camino del Capitolio y creando a su patria la justa desconfianza de naciones hermanas que no han cesado de brindarle amistad.

Sólo deja un hijo, varón fuerte y talvez prudente, heredero de su talento y de su gloria, que se ocupará en la coordinación de sus *Obras Completas*. En cambio deja tres hijas que harán perdurar su nombre. No son éstas, batallas libradas por la libertad de su patria, como las hijas de Epaminondas, sino tres cuestiones internacionales que ajan el derecho y la dignidad de cinco repúblicas sud-americanas y que pueden producir, cada una por sí sola, un incendio continental. Y si al exhalar el último aliento, ha podido concentrar su vida en una idea, al recordar que ha dejado preparadas las bombas y encendidas las mechas, ha debido venir a sus labios la frase del gran egoista: *Après moi le déluge.*

J. Guillermo Guerra.

Santiago, Octubre de 1923.

BALDOMERO LILLO (1)

Señoras, señores:

¿Qué forma íntima de perdurabilidad toma en cada cual de nosotros el gran escritor después de su muerte?

Comienzo formulando esta pregunta porque nos hallamos aquí, con el deseo tal vez algo presuntuoso de *honrar* a Baldomero Lillo, un núcleo de sus compañeros y otro de su público emocionado; y, aunque a todos nos congrega idéntico movimiento de amor y una misma convicción nos une, pienso inevitablemente primero en cuánto difiere la significación personal que *post mortem* adquiere para estos dos grupos la figura excepcional.

Converjen sin duda unánimes nuestras miradas en su término, allá donde la admiración quiere que el juicio y la historia den a Baldomero Lillo su puesto de eternidad. Al revisar, dentro de pocos instantes, algunos valores esenciales de «Sub-Terra» y «Sub-Sole», estaremos todos conformes en reconocer que tuvimos un cuentista extraordinario, verdadero fundador de dinastía literaria en Chile y blasón de genialidad cordial para dignificar esta raza dura; sentiremos asimismo, sin discrepancia, henchirse nuestro orgullo y tenderse más confiada nuestra esperanza sobre las futuras generaciones de narradores chilenos; aun más, a todos, este corazón gigante, esta mentalidad poderosa, nos ennobleció ya el pulso del amor frente a los pobres, a los oprimidos, a los desarmados de la vida, y reconoceremos por lo tanto un santo en él, además de un escritor. Sin embargo, nuestros puntos de vista para apreciar a este hombre

---

(1) Leído en el Ateneo de Santiago, en la velada que dedicó a la memoria del glorioso cuentista el 10 de Noviembre último.

y su obra, o los caminos andados por nuestros espíritus junto al artista, diré más bien, ¿fueron iguales para el público y el camarada?

Evidentemente, no.

Han de diferir entonces las imágenes perdurables que de Baldomero Lillo acompañen a cada cual en el devenir de los días.

Y he aquí por qué ahora, en este momento de sinceridades, antes de subrayar la obra, presumo útil sumar al ensueño de quienes apenas contaron entre sus lectores, algunos trazos míos sobre el hermano mayor cuya sola presencia a mi lado era ya sombra aliviadora, confianza, protección callada y tónica de fuerza y desinterés, de sencillez y amor, de humildad y grandeza.

Muchos años hace que Baldomero habíase retirado a San Bernardo y sus amigos no le teníamos como apoyo tangible en el batallar de la producción. La necesidad de cercarse contra los peligros del trabajo, para prolongar su vida sin salud hasta cumplir con los hijos ese ideal de *dar el máximum* que fué su aspiración primera, le había impuesto la resignación de aceptar una exigua renta de jubilado. El cultivo de un huerto pobre y el amor de su hermano Samuel debían suplir lo demás. Y amparado en aquel clima, en aquel abrigo de sus pulmones, vivió años sin venir a Santiago, como el enfermo que teme destaparse.

Pero hay almas que se incorporan en definitiva a nuestra atmósfera interior, almas que amamos aun sin medir bien nuestro sentimiento, ya por encima de la conciencia y de la voluntad, y con las cuales hemos de vivir siempre, irremisiblemente. Podrán aparentar olvido nuestros actos materiales, hasta reprocharemos nosotros mismos en nuestra conducta con ellas cierto abandono y despreocupación del trato visible; pero en lo íntimo, y no sólo durante las horas de meditación, sino en medio de los pensamientos cotidianos y los mil movimientos anímicos sin mayor importancia que tejen el fondo del yo virtual, ellas pasan, siempre, día a día; cruzan silentes como el vuelo de una mariposa sin cuerpo ni color; con nada chocan, nada perturban

ni deciden; no las vemos casi; y, no obstante, allí están siempre, volando, pasando, acompañando, y son lo mejor de nuestro mundo interno, porque son amor sin interés.

La hora en que esta sombra amada de Baldomero más a menudo me frecuenta es la una y media de la tarde.

Seis años atrás, cuando aun era él empleado universitario como yo, a esa hora lenta llegaba de San Bernardo. Iba primero a su sala de Oficial de las Facultades, para colgar el sombrero frente al retrato del Abate Molina, y en seguida tomaba rumbo a mi oficina de la Pro-Rectoría.

Ya sabía yo quién venía cuando se aproximaban por el patio resonante unos pasos sin afán, trancos de vagabundo ensimismado, secos golpes de taco, a la vez confiados y livianos, como que pesaban sobre ellos apenas un alma empinada y un cuerpo ingrávido. Pero mis ojos salían siempre ávidos a su encuentro, desde mi rincón, y le recibían en la puerta.

Aparecía.

—¿Qué dice el gran Vladimir?

—¡Psh! Nada.

—¿Nada nuevo?

—*Nihil novo sub sole.*

Frases ya rituales entre nosotros. Poco venía tras ellas. Rara vez, acaso nunca de veras, había para él algo nuevo. Entre las brasas de su corazón habían ardido ya todas las fuerzas turbulentas del mundo.

Pero aunque yo lo supiera y conociese la respuesta estribillo, le interrogaba, se me ocurre que por el mero placer de llamarle grande. «Gran Vladimir», le decía; y por el disimulo risueño del mote, que por lo demás no era sino el pseudónimo con que había firmado ya memorables artículos en *El Mercurio*, él me toleraba el homenaje.

Estábase buen rato conmigo, de pie ante mi escritorio. Aun veo, con el mismo respeto que siempre me impuso su alma buena y la misma ternura que a todos hacía manar su débil complexión, aquella figura larga, desgarbada, invariablemente de luto: el rostro, flaco, empenachado por la cabellera negra, áspera y revuelta como una llamarada, invadido por la barba indígena, rala y bravía, rastrojo en tierra pobre; los hombros,

subidos, en ángulo, de donde caía la americana, abrochado el primer botón y abriéndose abajo los extremos; luego los pantalones, casi vacíos, encima de los huesos, siempre con la forma perdida y siempre cortos como los de un adolescente; por fin, los pies, grandes, separados, humildes, pies con fisonomía. Le veo pararse ante mi mesa y repetir, en silencio, sus gestos favoritos: ladear la cabeza; levantar la mano, con los dedos tendidos y juntos, para sacudir de una ventanilla de la nariz no sé qué pelusilla o qué polvo imaginario; y quedar después masticando febrilmente... ¿qué? Nada. Parece que sus nervios le exigían acompasar su actividad interior con aquel *tic* de gastarse la dentadura.

Pocas palabras cambiábamos. Por lo general, hablaba yo. Él, sólo por excepción resultaba locuaz, apenas cuando su agudo sentido del ridículo había sorprendido algo que referir. Porque en la charla prefería relegar el dolor a su vida profunda y a su obra, a ese conjunto que, a semejanza del vientre del Laócoonte, era una superficie toda crispada por el sufrimiento y, dentro, una entraña trágica y convulsa. El beneficio de su trato brotaba de la oportunidad. Presentado un punto de juicio, su opinión era luz, y, sobre todo, era comprensión y piedad.

Cuando se iba, mis ojos le seguían otra vez con mi cariño hasta la puerta. Ahora mismo, en el recuerdo vivo, le siguen. Allá va la llamarada negra sobre la nuca hundida entre dos tendones, va ladeada sobre los hombros endelebles y suspendidos. Por detrás, la americana cae doblando un pliegue hasta el ruedo. Y van también las piernas dentro de los pantalones encogidos. Como entonces, hoy le veo; como entonces, me inclino con respeto y me baño de ternura.

Sólo que hoy, al decirme «ha estado conmigo», mi alegría no es la de antes. En aquel tiempo, decirme «ha estado conmigo» significaba una tranquilidad pasajera, el detenimiento de una angustia; porque día sin verle importaba día de inquietud, de la alarma frecuente en que nos ponían las caídas periódicas de su organismo socavado. Y hoy, verle en mí es tan sólo paz, culto encendido de veneración.

Así pasa Baldomero Lillo por entre mis pensamientos cotidianos, por entre los mil movimientos anímicos imperceptibles que tejen el fondo de mi yo virtual. He aquí, pues, su forma de perdurabilidad íntima para mí: sombra amada que cruza silente y discreta como el vuelo de una mariposa sin cuerpo ni color, todos los días, y con nada choca, nada perturba, sobre nada pesa. Eficaz y sin embargo casi inadvertida compañía, proyección muda de amor y santidad.

*
* *

Tal como hablaba únicamente cuando algo tenía que decir, no escribía sino cuando alguna semilla de la vida le había brotado en planta robusta de piedad. A sus cuentos regocijados, como aquel delicioso «Cañuela y Petaca», aquella trágica ironía de «Caza Mayor» o aquella sabrosa página de humor sobre la huelga del año 1905, tuvieron por gracia el temblor de una lágrima compasiva.

Yo le conocí en la época en que ya casi no escribía. «Sub-Terra», publicado en 1904, «Sub-Sole», en 1907, y la chispeante serie de cuadros firmada «Vladimir» habían hecho ya su camino de gloria. No obstante, cerca de mí compuso su cuento tal vez más emotivo: «Era él sólo», esa existencia agobiada de chico huérfano y sirviente, suicida por falta de fuerzas para resistir la montaña de sus menesteres. Y más adelante, sublevada su alma de justo por el crimen de los mil obreros ametrallados en Iquique el 21 de Diciembre del año 7, se propuso alzar su alarido en una novela que cayera como un látigo de redención. Pero hemos perdido esa obra formidable, de seguro una obra maestra, por la honradez del escritor. Habría contenido esa novela el excedente de pasión que siempre hay en todo artista grande y, sin prédicas,—Baldomero Lillo tuvo demasiado buen gusto para predicar dentro de su labor rebelde,—habría logrado largo alcance de redención.

El novelista planeó su libro. Debía reflejar la vida obrera en el salitre; pero él no la conocía por experiencia directa y vivida. Me consultó entonces—lo digo sin petulancia—me consultó mucho, anotó elementos que yo, como ex-empleado de la

pampa de fuego, pude allegarle. Hasta hizo un viaje allá, durante unas breves vacaciones. Mas desistió al cabo. Se atribuye el abandono de esta concepción a la decadencia rápida de los pulmones del escritor. La causa fué la honradez de su conciencia artística. Me lo dijo un día: «No sé lo bastante de ese ambiente, no lo he asimilado como el de las minas de carbón».

Luego, si le preguntaban qué se proponía escribir en cambio, respondía humilde, sin el menor gesto, con toda la probidad dignísima de su alma: «Nada. Sin tener nada merecedor de contarse, nada. Buscar temas con empeño, por hacer hervir la marmita del éxito, no es cosa que me seduzca».

Y permaneció en silencio, hasta que al fin la enfermedad le vedó todo trabajo.

Aquí tenemos, pues, las dos virtudes esenciales de su obra: la piedad y la honradez.

Toda su existencia voló sobre los planos de este avión. Nació el año 1867, en Lota, donde su padre colaboraba en la dirección del establecimiento carbonífero, Tarde, porque desde niño tuvo salud precaria, marchó a estudiar las humanidades al Liceo de Lebu. De allí regresa al mineral para hacerse cargo de uno de los almacenes de la Compañía. Y a partir de esa edad, en el contacto diario con el trabajador esquilmado, trémulo ante los niños mineros esclavizados por la miseria, conmiserado aun frente a las bestias soterradas en la negrura de las galerías, las alas del novelista empiezan a desplegarse de su tronco estremecido.

Los libros de Tolstoy, Gorki y Dostoiewsky abriéronle los ojos a su atmófera; y cuando vino a Santiago, a casa de su hermano Samuel, el cóndor voló.

Y esto vino a ocurrir en la madurez de su vida: a los 37 años nos dió Baldomero Lillo su primer libro.

Tanto había en él ya inflamado en su genialidad, que resultaron sus cuentos una apretada acumulación de dolor. Permitiéndose una paradoja, se podría decir que la piedad de Baldomero Lillo constituye la más enorme y refinada de las crueldades. Multiplica los detalles penosos, amalgama los elementos trágicos, los ordena con cálculo sabio, certero, aun alevoso, para ir angustiando al lector, desgarrándolo, llevándolo hasta los lí-

mites de la tortura. Con sus personajes, llega al ensañamiento. Y es precisamente de esta acumulación cruel y de este destrozo que en el corazón nos causa, de donde nace la imperecedera emoción estética que su obra nos procura. Aborreceríamos al autor, si no corriese entre todas esas pulpas amargas la linfa dulce de su vertiente de amor.

De la segunda de sus virtudes ya señaladas como esenciales, redunda otra todavía: la chilenidad. No se trata, por supuesto, de la chilenidad perseguida hasta la búsqueda penosa, pintarrajeada con los coloretes del poncho, «las nevadas cumbres,» los arreos del huaso y los baratos vocativos; sino de la natural y flúida, lógica e insospechable del observador sincero. Baldomero Lillo escribió siempre sinceramente cuanto vió y sintió; y como tanto su ambiente como su alma eran chilenos, autóctono hubo de resultar por fuerza, sin premeditación ni empeño, irremediablemente, su arte. No hay, en realidad, otro medio de ser «nacional», que este de ser simplemente sincero. Una vez resuelta esta actitud con firmeza, bien podemos suprimir sin peligro alguno los «ño Peiros», los «huainas» y todas las infelices libretas de *folk-lore.*

Sí; fué Baldomero el más chileno de los narradores de su generación, y lo fué nada más que porque entre las fuentes vivas y el papel tendió con sinceridad espontánea y absoluta el arco de su talento.

Su estilo—punto vulnerable de su labor—quedó imperfecto sin duda por razón de estas mismas virtudes. La sinceridad chilena le alejaba de los modelos elegantes de Europa; la acumulación apretada de valores emotivos y episodios elocuentes produjo a su vez ese paso roto, como de sumandos añadidos, que ritma su prosa; y quién sabe si también por el reventar algo tardío de su vena, factor de solidez para su obra, improvisó con urgencia precipitada su técnica literaria. Poco importa esto, al fin. El arte de combinar las palabras parece condenado a desarrollarse entre auroras y crepúsculos cada vez más próximos, y la duración de estos *días* se hace por lo tanto cada vez más corta. Lo esencial es la honda significación de lo vaciado en la forma. Además, la forma de Baldomero Lillo hubo

de pertenecer al siglo XIX, y en esa época la literatura *literaria* fué retórica, libresca, brillante y afeitada, reñida con toda síntesis y toda transparencia, acartonadora de toda carne viva de humanidad y de toda sutileza del espíritu. Sin ella, Baldomero Lillo se alzó grande, inmenso, plenamente humano, algo brutal como su raza y, como el Cristo, sangrante y desnudo hasta de piel el corazón.

Pues bien, paralelo al piadoso cruel, paralelo a este perverso graduador de los *crescendos* de la angustia, cuyos cuentos *Sub-Sole* y *La Compuerta Num. 12*, por ejemplo, hicieron llorar a sollozos cuando en esta misma sala fueron leídos, escribió todavía el Baldomero humorista. Se recopilarán algún día los cuadros santiaguinos que publicó en «El Mercurio», allá por el invierno y la primavera del año 6, si es aproximada mi memoria.

Lillo realizó allí el reverso de sus tragedias: la sabrosidad regocijada en la exacta observación. Manteniendo viva la verdad, encendió el diamante de la risa, y sin más que volver por su cara risueña el prisma. La risa interna, callada y perenne, sin la carcajada estridente y pasajera que arranca el chiste, nos queda de esas páginas reteñidas de espíritu y nos acompaña para siempre, entre las conquistas definitivas de la vida.

Esta gracia culmina en sus cuentos del tono de «Cañuela y Petaca» y «Caza Mayor». Allí el humorista alcanza las proporciones de la gran ironía y del símbolo cristalizador de la infelicidad humana. «Caza Mayor» es la cúspide; su gracia limita con lo trágico. Allí está el punto en que lo cómico descorre el telón del drama. El pobre viejo cazador, burlado por el perro del amo, peor aún, por el perro del mayordomo, y enredándose en su propia mansedumbre, involucra la historia de siglos de opresión y vencimiento.

Pero no porque la culminación de esta vena de Lillo se encuentre ya retenida en las páginas del libro, han de abandonarse los cuadros humorísticos a que aludo. El Ateneo, que tanto le debe, está obligado, a mi juicio, a eternizar en un volúmen póstumo esa labor. Si con los grandes artistas solemos resultar présbitas y necesitar perspectiva para medirlos en su

talla entera; si nos hemos reunido hoy para reverenciar al más alto de nosotros, que sea ésta la primera ventaja de su muerte.

Después, Ella sola hará lo demás. La muerte es el viento sobre el fuego, que apaga las lámparas, pero sopla y aviva las hogueras que alumbran las razas.

Abramos con religiosidad el culto de esta gran hoguera nuestra.

EDUARDO BARRIOS

VIDAS MINIMAS

(Novela de J. S. González Vera)

Impresión

Cuando hemos terminado de leer la última página de «Vidas Mínimas», y, recogidos en nosotros mismos, verificamos el razonado balance de nuestras impresiones, notamos que todas ellas se empastan y se fusionan en una convicción dominante: la de hallarnos ante un caso excepcional de finura anímica, ante un auténtico exponente de aristocracia integral, ante uno de esos espíritus macerados, pulidos y facetados por la Vida, en una larga labor maduradora.

En los tiempos que corremos: de mediocridad, de burguesía, de envilecimiento, tal hallazgo linda con lo maravilloso, e incita a la alabanza.

Más, si sofrenando el impulso, damos tiempo a la reflección, pronto acudirán a nuestra mente las muy cuerdas palabras de Agatón, en «El Banquete» platónico. «La única buena manera de alabar consiste en explicar qué cosa es aquella de que se trata, y qué efectos produce».

... .. Y estas palabras nos harán meditar.

Aristocracia.-Paréntesis

La decadencia, continuada y larga, de la familia humana, trajo, como reflejo paralelo, la falsificación de todos los valores, de sus símbolos y hasta de sus vocablos representativos.

En las primitivas organizaciones sociales, la clase superior era integrada por los mejores, por los más selectos en inteligencia y en virtudes. Naturalmente, esto no pudo durar; y

el establecimiento de castas herméticas sucedió a la (para siempre perdida) edad de oro.

El nuevo sistema importaba un primer paso por el declive de la degeneración. Subordinándolo todo al mantenimiento de situaciones e intereses, suplantó a los capaces por los hijos de los poderosos, y otorgó al nacimiento lo que era prerrogativa del mérito y de la aptitud.

Simultáneamente, la palabra representativa: «aristocracia», perdió su inicial, su etimológico sentido.

Era sólo el comienzo. Mal que bien, el Bracmán, hindú si no había nacido superior, estaba amarrado a una ruda y estricta disciplina superadora; hacía de su existencia una lumbrarada de aspiraciones celestes; caminaba sobre la tierra en un renovado ejercicio de auto-dominación; erigía en meta de su afán, el aniquilamiento de las pasiones, el despego de los atractivos bienes terrenales, el aniquilamiento de su «yo», en marcha hacia la nada infinita del Nirvana (1).

De este primer peldaño descendente, a lo que hoy día se considera aristocracia, la caída es alucinante.

Acaso pueda calcularse el recorrido, comparando el «Código de Manú», austera compilación de preceptos, cuya finalidad parece ser la de trasmutar la carne en espíritu, con la fórmula brutal y mercantil de Stodard: sólo tiene derecho a vivir: *el hombre que convirtió en diez sus cinco escudos.*

Este hombre, ordinario, basto, metalizado, es el aristócrata de hoy.

Ante su utilitario criterio, ¿qué valen los Pitágoras, los Aristóteles, los Dante, los Kant, que pasaron sus días en la preocupada búsqueda de algo tan poco cotizable como las «causas primeras», los «últimos fines», los «por qué» y los «cómo»?

---

(1) En un estudio sobre Mahatina Gandhi publicado por Romain Rolland en la revista *Europe*, se citan las siguientes palabras del apóstol hindú: «Es contrario al genio del hinduismo que un hombre se atribuya una gerarquía más alta, o que asigne a los demás una más baja».

El Bracmán que, a causa de su saber, pretente de superior, pierde, por esto mismo, su rango: cesa de poseer la verdadera sabiduría».

Romain Rolland agrega: «No debemos olvidar que según la doctrina de la trasmigración, la Naturaleza restablece el equilibrio y, en el curso de las existencias sucesivas, de un Bracmán (clase intelectual y espiritual) hace un Soudra (clase de los trabajos y servicios manuales) y vice-versa».

¿De qué sirven los Bach, los Beethoven, los Wagner, los Debussy, cuyo solo mérito consistió en bajar a Dios hasta el hombre, en otorgar a los limitados adanidas algunos instantes de divinidad? ¿De qué sirven los Fidias, los Miguel Angel, los Rodin, los Homero, los Hugo, los Verlaine, los Leonardo, los Carriere, los Millet, inconscientes cigarras que dejaron fluír las horas, cantando en verbo humano, en color o en mármol eternos, sin llegar a asimilar la grave y transcendental sabiduría del ciento por ciento?

Hay tiempos y tiempos. Hay apreciaciones y apreciaciones.

Pero a pesar de todos los Stodard y a pesar de nuestro siglo capitalista y mecánico, la palabra «aristocracia» sigue guardando su pristino sentido, sigue significando: «selección», igual que en los arcaicos y bellos días sáncritos. Y no es ni será selecto quien sólo posee el dón de «saber convertir en diez sus cinco escudos»... Mucho ménos constituirá signo de excepción el ser hijo de un maestro en usureras ciencias.

Si aristocracia es calidad, gerarquía ideal, superioridad espiritual, se comprende que no puede provenir del nacimiento; vale decir: no es suceptible de ser heredada.

Para dar vida a la grácil y fugaz floración que corona de nieve la última y fina etapa de una ola marina, fué necesaria la conjunción de fuerzas oscuras y desconocidas, la coordinación de tenebrosas potencias divergentes, el ordenamiento de caóticos aludes... Toda una titánica y milenaria labor encausadora.

Y sin embargo, la espuma (encaje de perfección, sumidad del mar) no engendra espuma.

Terminado su lírico minuto, se disuelve—gota anónima—en la estupenda e incongruente fuerza genitora.

«Las generaciones divinas—escribe Platón en «La República»—tienen un período que comprende un número perfecto. Por ignorar el misterio de ese número» se engendran hijos «no favorecidos por la naturaleza ni por la fortuna.»... «Cierto que los padres escogerán a los mejores para que los sustituyan.» Pero como éstos «*no serán dignos* de tal distinción, las nuevas generaciones se *volverán groseras y extrañas a las musas.*»

Nadie conoce los procederes ni las rutas del «número perfec-

to»; pero él cumple su ley. Y así, cualquier día nace y vive, en el mas humilde y destartalado sucucho de arrabal, quien lleva en la médula el ritmo y las pragmáticas de la distinción esencial.

Este aristócrata puede ser hijo de una cocinera, y responder al mas vulgar de los nombres. Este aristócrata puede llamarse, y ahora se llama, J. S. González Vera.

Realización

El tema de «Vidas Mínimas», su ambiente, sus personajes, sus escenas, son plebeyos. ¿En qué consiste, entonces, que la impresión dejada por su lectura sea de tan otra índole?

Y, sin embargo, el conventillo es, en la novela, exactamente un conventillo; ninguno de sus aspectos característicos aparece diluído; nada ha sido limado en los rasgos típicos de los moradores; sus groserías, sus vicios, sus miserias nos llegan totales, detallados, desmenuzados; la heterogeneidad de los personajes, su múltiple psicología, nos son dadas íntegras.

Por la anotación objetiva, González Vera arriba—en un raro resultado de unidad—a la exposición del alma, una y varia, del conventillo. Y, cosa curiosa, a pesar de que la relación no retrocede ante ninguna crudeza, cada una de sus palabras se adentra en nosotros, limpia, clara, como si recién hubiera pasado por un baño de purificación.

Es que González Vera nos muestra cuanto le rodea a través de sí mismo, a través de su sensibilidad, a través de su inteligencia. Esto otorga a las cosas un sutil prestigio; las hace aparecer alcanzadas por el fluido emanado de su persona.

Y aún cuando vemos sus materiales y su forma y su color; aún cuando nada de su realidad astrosa nos queda desconocido; y aún cuando toda su laceria avanza desnuda hacia nuestras pupilas, algo las envuelve en una aura serena y luminosa; y, sin cambiarlas, ni falsearlas, ni deformarlas, las dignifica.

Así podemos descender a las cavernas del instinto, contemplar el gesto procaz y escuchar la palabra soez, sin que la realidad, puerca, u hostil, o acerba, nos rechace, sin que los sentidos se nos enfermen de pena y de asco; sin que el corazón se nos hinche de rebeldía y de anatemas.

IMPASIBILIDAD?

El autor de «Vidas Mínimas» no pinta en grandes pinceladas, ni abarca extensos conjuntos. Toma lo indispensable: líneas y valores minúsculos de apariencia, detalles fugitivos, observaciones rápidas, figuras esquemáticas. Pero tales líneas y valores y observaciones y figuras, son esenciales.

González Vera los trata por reducción, los despoja—acaso en exceso—de todo lo que considera secundario y accesorio; los aprieta, los ciñe, a veces tan exageradamente, que llega a descarnarlos.

Esta labor es realizada por González Vera con un benedictinismo desconcertante, con el lapídeo sentido de un pulidor de piedras raras, con el amor a lo acabado de un orfebre miniaturista.

Los resultados, si nos lo hacen aparecer semiperfecto desde determinado punto de vista, dificultan no poco la transmisión emocional.

¿Deberemos deducir de aquí que el autor de «Vidas Mínimas» separa de la obra su personalidad sensitiva; que es, en el libro, sólo un ente abstracto e impasible; que ve, pero que no vibra?

No. La emoción en la novela de González Vera, circula por dentro,—así la vida por los canales invisibles y estrechos de las arterias. No se la palpa, no se la siente directamente; pero cada acto del cuerpo es una traducción de su virtualidad.

González Vera es un fanático del pudor. Se moriría de vergüenza si de su libro surgiera el estertor de un sollozo; si en él se adivinara el rictus descompuesto de la desesperación; si pasara, demasiado a flor de páginas, el cálido temblor venusino; si el tejido de sus palabras transparentara de pronto una convulsión, o trasudara llanto.

Apenas alguna vez, cuando el amor lo traspasa, se deja tomar por el momento y se vacia sin limitaciones. (¿Sin limitaciones?)

Mas, de ordinario la emoción está ordenada y dispuesta en el sub-fondo de los elementos; constituye un conjunto de vís-

ceras vitales. Para gustarla, se necesita afinarse al tono alto y exacto del narrador; ser una especie de iniciado en misterios de sublimacion.

Humorismo

Esta modalidad, de epidermis helada, en la cual la palpitación cordial es tan leve y tan subterránea que parece ausente, acentúa sus glaciales apariencias con frecuentes modulaciones hacia una especie de tonalidad humorística.

González Vera no ve, de fijo, en humorista; no toma de las cosas el lado cómico y caricaturesco, no se ase a sus inevitables perfiles ridículos, no capta sus aspectos risibles.

La actitud suya ante la vida es casi trágica. Entre sus nervios y su cerebro, por un lado, y el medio que lo circunda, por otro, media un abismo insalvable, una diferencia cardinal. Debido a tal diferencia los seres les son lejanos y como agresivos; debido a ella por mucha simpatía que su corazón quiera derramar en torno, siempre será un extraño, un trasplantado, un intruso.

Nada, nada podrá salvar la irreductible distancia. Y este rechazo mútuo; y la conciencia de su imperativa inevitabilidad, estará siempre arañándole las entrañas.

No puede ser substancialmente un humorista quien vive y siente así. A menos que definamos el humorismo como una función de labios afuera, como una simple manera expresiva.

González Vera posée un modo propio de decir, pleno de comicidad Este modo es peculiarísimamente suyo; no lo abandona jamás.

Su voz podrá contarnos hechos dolorosos. Su sensibilidad estará en la voz. Pero las palabras, su juego y sus relaciones, seguirán un compás distinto, ageno, hasta contrario; y de pronto su retozar juguetón, indiferente, malicioso o ingénuo, acentuará un trazo definitivamente grotesco.

Por él nos robaremos a la emoción del relato; por él nos lanzaremos en el despeñadero de la risa.

¿Cómo esplicarse tal contraste?

En el fondo, en sus resortes últimos, quien sabe si sólo sea

el resultado de una robusta salud espiritual; de un maravilloso estado de equilibrio interno.

Alguien ha dicho: la plenitud de la perfección consiste en dejar un margen mental, que nos permita desdoblarnos, mirarnos desde lejos... y sonreirnos.

Pero tambien, alguien ha dicho: los procedimientos expresionales llegan, con el uso y la insistencia, a convertirse en hábitos. Habrá quien se especializa en la expresión jocosa. Debido al continuado repetir, la expresión concluirá por manejar al hombre. Y un buen día, éste, descubrirá espantado que hasta las lágrimas le ríen.

Del ritmo

Intentad leed en voz alta un capítulo de «Vidas Mínimas»; y, aunque en el ensayo, constatéis todas las virtudes anotadas, y muchas más, dificilmente os atreveréis a repetir la experiencia.

A los pocos renglones habréis observado un martilléo monótono e insoportable. Frases brevísimas, de acento repetido; períodos cortos como versículos; párrafos invariablemente finiquitados por la antipática y terminante cadencia de un punto final... Y, una vez, y otra vez... y siempre igual.

Talvez consigamos esplicarnos una tan completa falta de oido, una tan meticulosa ausencia de sentido rítmico, una tan obstinada carencia de fluidez, recordando que González Vera ha sido periodista.

El diarista moderno es un individuo que debe, necesariamente, escribir mal. El «rotativo» se edita para *todo el mundo*; y, en consecuencia ha de estar al alcance de *todo el mundo*. Ahora bien; lo depurado, lo fino, lo alto, lo excepcional, sólo puede ser valorizado y paladeado por un limitadísimo núcleo de seres de élite... Y estos séres le importan poco—¡tan poco!—a los propietarios de periódicos...

Tenemos, entonces, que el diario se redacta mirando a la capacidad del mayor número; es decir, de la mediocridad. Como no es posible exigir, sobre todo a quien paga, mayor esfuerzo mental del que su cerebro puede desarrollar, tórnase indispen-

sable solicitar de quienes escriben, que desciendan al nivel de los lectores; que simplifiquen, que corten, que faciliten; que empobrezcan su vocabulario, que plebeyicen su estilo; que se achiquen, que se desvirtuen, que se arrastren.

Uno de los modos clásicos de hacerse *accesible* consiste en usar y abusar de la frase corta. Este sistema, es magnífico; se halla al alcance de todas las capacidades, no cansa la atención, y demanda un mínimun de esfuerzo al lector...

Como es natural, su dominio constituye una condición «sine qua non» para ser buen periodista. ¿Qué de extraño tendría que González Vera la hubiese heredado de sus pretéritas actividades reporteriles?

Hay otra explicación, quizás más compleja, pero quizás, tambien, más aceptable.

Hemos subrayado ya que el autor de «Vidas Mínimas» concentra, quintaesencia, homeopatiza tanto la observación como el sentimiento. Y ¿qué es, en él, la frase, sino el medio exteriorizador de la observación y del sentimiento? Por consiguiente parece lógico que participe de sus rasgos característicos.

Pero ¿se opone esto a un mayor sentido melódico, a una más desarrollada aptitud rítmica, a una más amplia y más armoniosa comprensión de la prosadía?.

Ah! seguramente no era sólo por amor a la morigeración, y a la pureza de costumbres que Platón recomendaba a los atenienses el estudio y el cultivo, y la predilección de la música...

Chilenidad

A pesar de sus defectos—pocos en número, y reducidos de alcance,—«Vidas Mínimas» es, (considerada bajo cierto aspecto) quizás la más importante novela que se haya escrito en el país. Descontando los cuentos de Baldomero Lillo, ninguna de las obras de autores nacionales tiene auténtico sabor de raza chilena.

«Alsino» de Pedro Prado, es un símbolo, y como símbolo pertenece al mundo. «El Hermano Asno» lo mismo puede ser de aquí que de la Cochinchina. Latorre, al introducirse en el paisaje, se diluye y se pierde. Edwards Bello es cosmopolita,

mira de lejos, piensa y escribe con intenciones apostólicas. Víctor D. Silva declama...

Acaso quienes mejor lograron fijar en su producción el sello idiosincrásico nacional sean los poetas. Dejando de lado el intuitivo y jugoso criollismo de Pezoa Véliz, estamos por afirmar que hay más de nuestro típico «yo» colectivo en la línea dura y quebrada de los versos de Gabriela Mistral, en su sombría e interna tensión, en su hurañismo, en su religiosidad severa y libre y, hasta en su rudo fatalismo (pese al tocado indostánico) que en todas las páginas episódicas, con pretenciones de arte nacional, escritas por los novelistas de esta tierra.

Durante mucho tiempo los escritores chilenos han creído torpemente que debían buscar el signo racial en la anécdota, en el detalle superficialmente pintoresco: en el corvo, en el dicharacho canalla, en la chicha, en el «choco,» en el taco alto, en el paletó corto, y en otras cien exterioridades secundarias.

Entre tanto, lo fundamental, lo básico, el perfil interior, el alma se les escapaban. Y así, cuando no era un payaso, más o menos gracioso lo que disfrazaban de «huaso» o de «roto,» era un monigote movido por medio de resortes.

Y, aún es necesario recordar sus limitaciones panorámicas. Fuera del campesino y del desecho ciudadano, nada existía para ellos, como motivo típico novelable.

El pueblo, la gran marea de la vida, la espesa masa, gris y amorfa, que ni es piltrafa de la urbe, ni es nota decorativa del campo, quedaba olvidada... Y, ¡se esplica!—¿qué iban a encontrar en ella quienes del adusto y doloroso poema del «huaso» sólo percibieron el «poncho» multicolor, el «pingo» cabriolero, y las rodajas sonantes de las espuelas?

Gonzalez Vera ha penetrado en el conjunto innominado e informe; ha palpitado con él; y, sin gritos, sin gesticular, nos ha trasmitido los latidos de su vivir.

En esta tarea, Gonzalez Vera no imita a nadie, ni procede de nadie. Si algo debe a los rusos es el haber aprendido a mirar. De él se podría decir que es ruso, en el sentido en que Rodin admitía ser heleno. «Yo—dijo alguna vez el modelador genial — no imito a los griegos. Trato de colocarme en el es-

tado de alma de los hombres que nos dejaron las estatuas antiguas.»

Al aprender a mirar, Gonzalez Vera ha descubierto un universo de formas y de matices que, para las pupilas miopes o torpes, o ineducadas, no pueden ser visibles; ha comprendido la importancia de lo diario, de lo anónimo, de lo mínimo; ha realizado en Chile el mismo hallazgo que verificara en Rusia el Dostoïewsky de «Los Humildes»; el hallazgo milagroso «des evenements de tous les jours et tout à fait connus; des mèmes faits qui se passen constamment autour des nous.» (1)

Seguro de su misión, Gonzalez Vera la ha trascrito con trazos de maestro.

Reconocer esto constituye el más alto elogio que pueda tributarse a un autor casi adolescente.

FERNANDO GARCÍA OLDINI.

---

(1) Dostoïewsky—"*Humiliés et offensés*"

LA HEROINA DE LA PATRIA VIEJA
DOÑA XAVIERA CARRERA

CONFERENCIA POR ZADY ZAÑARTU

La Casa de los Carrera.—Casacones floridos.—Doña Paulita.—Las ternezas románticas de su hija doña Francisca Xaviera de la Carrera y Verdugo.—Los primeros tacones revolucionarios.—Los tres hermanos calaveras.—Un baile en el Palacio de la Moneda.—El destierro.—Dos sombras de amor.—Las cartas de la hercína.—La tragedia.—Horas de expiación.—En la tierra amada.

Fuera menester de la erudita palabra de un historiador para hablar de los Carrera en aquella hermosa y alba matinada de la Patria Vieja. Depongo, pues, todo afán de investigaciones, y tal hago como humilde misacanto, no sólo por ignorancia sino porque he creído que la sola figura de doña Xaviera Carrera es por demás adoratoria y zumo de heroísmos.

He hojeado estos recuerdos, prevenido ya de todo lo grande y triste que hay en este romance y puedo afirmar que, a medida de haber ido aspirando el zahumerio de la hidalga Casa de los Carrera, paréceme más glorioso el atildado estrado donde la heroína decanta su ingenio y su belleza.

Resurrecto el ambiente del hogar linajudo de a mediados del siglo XVIII vemos aparecer los retratos engolillados de una ascendencia ilustre. Se remonta el nombre a aquel don Ignacio de la Carrera Iturgoyen, caballero de la Orden de Alcántara y natural de Alegría en Guipuzcoa. Vino a Chile en el año 1639, donde ocupó los puestos de gentil hombre de armas y gentil hombre del guión del marqués de Baides, pasando después a ser alférez de la compañía del presidio de Concepcion y de ahí a capitán de infantería del tercio de Arauco. En este puesto, en el año 1664 alcanzó numerosas y señaladas victorias batiendo

y pacificando a los indios. Eran épocas del gobierno despótico del presidente Meneses y su destacada actuación despertó envidias siendo encerrado en el fuerte de San Pedro, a orillas del Bío-Bío, condenándosele a muerte, pero, escapó de ser ejecutado, gracias a la piedad del confesor y de su verdugo, huyendo después al Perú. Al año siguiente el sucesor de Meneses reconociéndole sus servicios le eligió por maestre de campo y lo ascendió al poco tiempo a gobernador general del ejército. Sin embargo, a pesar de todos estos tardíos reconocimientos, murió triste con el recuerdo de las persecuciones que había sufrido y su testamento pareció legar este infortunio a las generaciones de los que fueron sus ilustres descendientes.

Hijo primogénito del «general de armas» fué don Ignacio de la Carrera Lisperguer quien le dió un nieto, llamado Miguel de la Carrera y Elguea, corregidor en Santiago de 1716, y de cuya ascendencia nació don Ignacio de la Carrera y Ureta, opulento caballero que hizo su fortuna en las minas de Tamaya, y que fué el abuelo de los cuatro Carrera de la Independencia. Y ahora llegamos al solar del conocido patricio de 1810 don Ignacio de la Carrera y Cuevas y su «conjunta persona» doña Paulita Verdugo y Valdivieso, con ascendientes también ilustres, pues se remontan a los conquistadores del Plata y de los moros de Sevilla.

Caigo también en recordar la curiosa leyenda del nombre de Carrera que vino de dos hermanos que en tiempos del Rey don Alonso, estando este cercando un castillo, avanzaron antes del amanecer a caballo uno en pos del otro. El primero de los hermanos que iba adelante fué muerto por los centinelas, lo cual en el otro hermano causó tal deseo de venganza «que hizo carrera» a la gente de don Alonso que le seguía, logrando matar a los guardas, entrar en el castillo subiendo a la torre del homenaje, y colocar en lo alto el pendón del Rey. Por cuya hazaña díjole don Alonso:—«Sea su nuevo apellido Carrera y haya por armas un escudo partido y en el primer cuartel sea el campo de plata, y en él un castillo de su color, con tres torres, y en la parte del homenaje salga un brazo armado, que tenga en la mano un pendón colorado y encima de cada torre una estrella azul, en señal que se hizo esta hazaña antes del

amanecer, y ponga una banda negra que atraviese desde la esquina de abajo y entre por la puerta del castillo, en señal de haber muerto en el camino el otro hermano, y delante del castillo ponga un caballero armado, a caballo, que encuentra con la lanza el castillo, y en el otro medio escudo, traiga el campo de oro, y en él, tres barras de gules y una orla adornada con ocho aspas de oro» (1).

Y así las puso el valiente hidalgo, tomando el nombre de Carrera y desde entonces sus descendientes han traído estas armas como divisa.

Desde que vino al mundo doña Francisca Xaviera de la Carrera y Verdugo, pareció predestinada a grandes cosas. Nació en Santiago el 1.º de Marzo de 1781 y al caerle el óleo bautismal depositó en su cuna, el cura que la bendijo, un pergamino que llevaba bajo la capa pluvial y en el que atestiguaba donarle una casa. (La que hoy está en la esquina oriente de la calle de la Bandera, frente al Club de la Unión). Sus tres hermanos nacieron en el decenio siguiente: Juan José en 1782, José Miguel en 1785 y Luis en 1791.

Recibía doña Paulita en la tradicional tertulia de ese estrado que es hoy sutil regalo de los que buscan un poco de ventura monjil entre escaños forrados de terciopelo carmesí y escogidos fraileros de nogal. Su cuadra era famosa por lo selecto de los señorones que allí acudían siendo hasta mal visto que se encontrase uno que no hubiese visitado la Europa.

Misiá Paulita era el alma de esas reuniones. Sentada en uno de los camoncillos mas encumbrados del estrado, cubierta la cabeza de un orlado encaje y con mitones en las manos, tenía para cada contertulio una sonrisa mientras el aire señoril no disimulaba el orgullo de los de su raza. Doña Paulita sabía mucho más que cualquiera señora de su época. Educada por su abuelo, el oidor don Juan Verdugo, había aprendido de éste muchos latinazgos que sabía aderezar con cierto gusto en la conversación, demostrando conocer los mamotretos que enton-

---

(1) Arqueología Nobiliaria de Fernando Márquez de la Plata.

ces se leian y no poco de geografía y música. Tenía además mucho donaire en los modales, desconcertaba a veces con sus ironías, pero nunca le faltaba la gracia, disimulando así su carácter dominante con la sagacidad en el trato. Su marido, por el contrario, era hombre sencillo y bondadoso, de un exterior interesante, por la arrogancia de su figura, parecía don Ignacio guardarse para blasonar el corazón de sus hijos.

Las llamas de los candelabros de plata alumbraban esa espaciosa cuadra y a sus resplandores surgían rostros de facciones distinguidas que conversaban animando de luces fantásticas los florones de las casacas. Allí estaba el tesorero real don Manuel Manso Santa Cruz contando sabrosas historietas de la corte de Madrid; el canónigo don Vicente de Larraín, hombre de muchas luces, a quien continuamente consultábale el Barón de Juras Reales, fiscal de la Audiencia; el coronel de artillería don Francisco de Araos, que había participado en las campañas del Portugal, y un hidalgo muy celebrado por su cultura y su elegancia en la pequeña corte santiaguina llamado don José Zenerino.

En tal ambiente fue creciendo doña Xaviera; por lo demás su vida era igual a la de todas las niñas de su tiempo: muchos ejercicios espirituales y pocas contemplaciones mundanas. Sin embargo, a los quince años era uno de esos arreboles rosados que se dejan contemplar en el cielo hasta por las pupilas de los niños, sus ojos se rasgaban profundos a las meditaciones de la tarde. Fué un despertar que causó extravíos en el corazón de un joven caballero quien no paró hasta pedir su mano. Era hijo de un mercader que tenía tanta nobleza en pergaminos como plata en los cueros para el asoleo, y se llamaba don Manuel de la Lastra, hermano del que años más tarde fué el general patriota don Francisco. Doña Xaviera, apenas supo la nueva, se desconcertó tanto que habló de hacerse monja. Misiá Paulita no debió de haberle dado mucha importancia a las declaraciones de su hija pues por ese entonces le escribia a su cuñada doña Damiana: «Como te fuístes las cosas andan por su cuenta. Tienes a la monjita de tu sobrina Xaviera, que el fruto que sacó de ejercicios fué no entrar en el Carmen sino de dos en celda. Don Manuel Lastra es causa de esta novedad; nos ha

quebrado la paciencia acreditándose de mal gusto. No tengo que decirte porque lo conoces y sabes sus notorias prendas y circunstancias, agregando mucha complacencia de sus padres que es nuestra mayor satisfacción.»

Doña Xaviera, en los primeros años de su matrimonio, tuvo dos hijos y parecía marchar hácia la felicidad en medio de una numerosa prole como entonces se acostumbraba, cuando, misiá Paulita, vino a interrumpir esta paz empezando por tomar medidas de quita y pon, no dejando oir en la casa otra voz que la suya convertida en la ya clásica suegra de las rencillas domésticas. Este modo de ser, parece que no agradó mucho a don Manuel, que era persona muy quitada de bulla, y como buen marido quiso naturalmente emanciparse «poniendo casa» y un modesto ajuar a su esposa. Pero aquí fue donde apretó las agujetas misiá Paulita y echó por todo el barrio su grito al cielo diciendo que era sola y que el rango de su nombre iba a padecer si su hija se veía desalojada de sus comodidades. En tal conflicto don Manuel acudió a su padre quién dióle entonces un caudal de $ 30 000 para que entrara en negocios comprando mercaderías europeas en Buenos Aires de donde las traería por vía de las pampas. Aceptó el joven marido dinero y viaje porque ambas cosas iban encaminadas contra las pretensiones usurpadoras de su suegra. Las lágrimas de doña Xaviera no pudieron doblegar la voluntad de don Manuel y éste partió llevando como sombra de mal agüero hácia la cordillera la anunciación de las desgracias de la familia, pues se ahogó en el río Colorado, donde, distraído por sus recuerdos, echó mula delante sin oir las voces de peligro de sus guías y criados, siendo arrastrado por el torrente. Se cuenta por tradición de familia que entre los viajeros que venian de «la otra banda» hubo uno que se impresionó profundamente oyendo la relación del lastimoso trance del infortunado mercader, y que desde ese instante le sedujo la visión de la hermosa viuda de diez y nueve años echando en sus sueños de caminante la idea peregrina de ir a reposar de sus fatigas de viaje en el tálamo de la bella patricia. Fué este galante y soñador caballero el asesor de la capitanía don Pedro Diaz y Valdés que cúpole despues contemplar impávidamente pasar sobre si la sombra de reina de su esposa.

Los salones de 1810 fueron las academias donde las damas se familiarizaron con los primeros taconeos revolucionarios de una zamba contra el tiempo, de tres por cuatro del minuet, que representaba en los estrados el símbolo cortesano de la veneración y del respeto al Rey. El baile ha sido siempre una institución social que acompaña y distingue la cultura de todas las épocas. El ceremonioso minuet era entonces nuestro baile de honor, su música era pausada y majestuosa y en tono de bemoles. En los saraos había un personaje inevitable, el bastonero, quién tenía por oficio anunciar en voz alta lo que debía bailarse; pero, antes advertía a las personas que lo hacían con quién habrían de formar pareja, se entiende consultando todas las conveniencias. Y ahora veamos como se hacía esa respetuosa combinación de parejas. Los oidores y los coroneles se ponían en baile con las señoras respectivas a su clase. Se cuenta que más de un sarao concluyó antes de empezar, por una indiscreción del bastonero. La familia que se consideraba agraviada tomaba la puerta y era seguida inmediatamente por todos sus parientes y amigos. De este modo muchas damas que gastaron largas horas componiendo su tocado, hubieron de volver tristes antes de comenzar el primer baile, y por ende, como se acostumbró a decir «quedaron con los crespos hechos.»

Demos la palabra a un contemporáneo, don José Zapiola, para que nos diga como entonces se bailaba el minuet: «Se colocaban una o dos parejas, rara vez más, en los dos extremos del salón, llamado cuadra: se saludaban, y adelantándose hasta el centro, partían en seguida para esquinas opuestas, con pasos mesurados, cadenciosos y con la vista recíprocamente fija en el compañero. Volvían otra vez al centro, se daban las manos y se dirigían a las otras dos esquinas del salón. En seguida volvían a la esquina de donde habían partido, repetían los pasos del principio y antes de separarse se hacían el último saludo.»

La gravedad española concentró su silencio y su decoro en los compases de este baile, que no sólo fué una característica en el aire circunspecto de la gente, sino un reflejo mismo del rodaje administrativo, cuya lentitud en los trámites como en el revoloteo de papeles ha seguido siendo hasta hoy día nuestro mayor pecado.

No faltó después quien recordara esas virtudes olvidadas, diciendo:

El minuet, baile serio y tranquilo,
respirando decencia y honor,
con sus pasos medidos y graves
se bailaba tan sólo entre dos.

Doña Xaviera, en su fresco despertar de mujer educada en un ambiente donde los bastones con borlas tejían en el aire arrogancias madrileñas, siente esta ansia de renovar los viejos valores musicales por aires más propios de la tierra y que digan a melodías de los llanos y montes nativos. Desde niña había asistido a los saraos de doña Juana Micheo, esposa del oidor don José de Rezábal, y que era tenida por una de las damas más bellas y graciosas de su tiempo. Doña Juana era limeña desde el pie, sabio en los chapineos de la zamba, hasta la peineta, donde un velillo negro transparentaba unos grandes crespos llamados castañas. El salón de su casa, en la calle de las Monjitas, fué punto de reunión de aquella sociedad que gustaba de la danza airosa y de la confianza expansiva. Allí los rabelillos se escucharon por primera vez, acompañando los preludios de la zamba, sin que esto fuera un ultraje a las místicas emanaciones de los braseros y al rosario de quince casas. Esta música, ingeniosa por la colocación de los acentos, contribuyó grandemente a poner una chispa de ardor en las recatadas damas y poco a poco fué prendiendo en los corazones como un himno revolucionario. No le fueron tampoco indeferentes a doña Xaviera las tertulias de doña María Luisa Esterripa, donde se hizo gala de donaires andaluces. No es de extrañarse, pues, que en medio de este ambiente, empiecen a germinar las nuevas ideas. Las mujeres muy pronto se dieron cuenta del papel que les estaba reservado en la emancipación política de la República y nada escatimaron para desarrollar todo su poder de fascinación, con el que irían a mantener vivo el heroísmo de la gran lucha. Doña Xaviera Carrera aparecía rodeada entonces, de un prestigio que muy pronto la iba a llevar hácia la personificación de esos anhelos americanos.

«Un nacimiento ilustre, su gesto tenía la majestuosidad de una reina cuando quería que a sus plantas se inclinasen los más indomables capitanes, una frente suavemente bombeada que sabía de los ardores místicos en los días de desgracias, ojos en los cuales centelleaban todas las preocupaciones del alma, una abnegación y un valor a toda prueba. Dominando así en los rancios estrados, se comprende cómo los hombres de la época le concedieron influencia a su gracia simbólica en la marcha de los acontecimientos políticos. «Se habría querido ser un héroe — dice Vicente Grez — sólo para atraerse el aplauso y la admiración de semejante mujer.» Y es que en aquellos tiempos de grandes pasiones, los hombres que figuraban eran jóvenes plenos de hermosura varonil y en sus corazones se confundía en un solo ideal, el amor de la mujer y el amor de la patria.

A la edad de los 30 años doña Xaviera Carrera era uno de los consejos y uno de los brazos de la conspiración libertadora. En el estrado de su casa los hombres buscaron el hogar de las nuevas ideas. Su padre apenas enviudó, en 1805, vínose a vivir con sus hijos a una casa de la calle de las Agustinas, que desde entonces es el centro de las tertulias revolucionarias. Estaba situada en la esquina sur poniente de Morandé. Don Ignacio de la Carrera era un gentil caballero, de ideas poco atrevidas y de ánimo también poco arrebatado, haciéndose estimar por la suavidad de su trato. Por eso no es raro que muy pronto lo veamos abdicar el poder de la voluntad en sus hijos. Don Juan José, el primogénito, era un mozo de 29 años, y habiéndose dedicado desde niño a los trabajos de campo, tenía poco trato social y escasos estudios. Don Luis, el menor, era a la sazón un gallardo joven, que recién empezaba a barbear y su hermana puede decirse que casi le crió a sus pechos, pues ya era madre en tierna edad. No es extraño de esta manera, que veamos a doña Xaviera dominar a sus hermanos, los que dóciles a sus consejos, hacen de ella un gran nombre político. Un año después, en 1811, cuando ya la revolución estaba muy avanzada, empujando a don José Miguel, recién llegado

de Europa a los vaivenes de la lucha, se constituye por el éxito de sus empresas en una suprema autoridad; y por último, en el año siguiente de 1812, que se llamó con razón el *año de los Carrera*, porque imperaron entonces con todo su esplendor, llega doña Xaviera a encarnar a la heroína de la Patria Vieja.

Y ahora entremos ungidos de emoción a la cuadra de honor de los Carrera. El toque de ánimas no ha sonado aún y ya han terminado los cuentos y las parlerías de las criadas. Se espera algo maravilloso y nadie acierta a decir lo que es. Por fin óyese una voz juvenil que invita en voz alta a pasar al estrado. Un grupo de contertulios penetra ansiosamente. En el bracero de plata, el fuego despide emanaciones de romero y mejorana y las innúmeras bujías iluminan todo el anchuroso salón. Al fondo, sobre los tapices y cogines del estrado, se vé extendida una bandera compuesta de tres fajas horizontales de color azul, blanco y amarillo. La emoción es profunda. La patria tiene por fin su símbolo. Suenan las notas de aire mágico de zamba. La noticia se echa a correr por las calles y al día siguiente es izada en la fachada del Palacio de los Capitanes Generales, donde desde hacía tres siglos flotaba el estandarte del Rey.

El 4 de Julio de 1812, aniversario de la Independencia de Estados Unidos, el cónsul Roberto Poinsett puso enlazados en un ramillete el pabellón estrellado con el tricolor Nacional.

No había duda, pues, que doña Xaviera ideó estos colores consultándose con don José Miguel. La adopción de ese emblema produjo enorme entusiasmo y su estreno público fué considerado como el anuncio augural de la nueva era. Los colores del estandarte se popularizaron de tal modo que el llevarlos las señoras en los vestidos llegó a ser señal de buen gusto y de homenaje a las ideas dominantes; los trajes de los niños se embellecían también con lazos y cintas tricolores. Ni el estado secular se escapó de usar la escarapela nacional, disponiéndose que no se pagaría sueldo al empleado que no la llevara puesta en el sombrero. Los Carrera de este modo diéronle una alta

importancia a las manifestaciones emblemáticas, empeñados como estaban en derribar todos los viejos símbolos. Ellos querían rejuvenecer a la rancia sociedad colonial, dando vida y animación a sus salones con la música nueva y los compases atrevidos de la danza, sacudiendo en alguna forma la polilla de las marquesas del antiguo régimen que no se podían avenir a las locuras y calaveradas de esos tres jóvenes patricios. Todas las bromas que hicieron los Carrera en la revolución de la Independencia darían tema a una sabrosísima novela en lo que campeara lo trágico y lo ridículo. Unas fueron calaveradas de buen mozo, otras bellaquerías de pícaros bachilleres, pero todas tenían el gesto simpático del genio.

La casa de los Carrera, en la calle de las Agustinas fué, como dije anteriormente, el foco de la revolución. Por el fondo de esta casa asaltaron los tres hermanos el cuartel de Artillería. (Hoy Ministerio de Guerra). Luis abocó los cañones a la plazuela, Juan José salió por la puerta falsa con una compañía de granaderos que tenía allí escondida. Don José Miguel dirigía la maniobra desde el aposento de su padre. Pues bien, en otra ocasión no muy afortunada como ésta, salió un día don Luis con una culebrina a hacer una revolución, pero anduvo con tan mala suerte que fué perseguido por la tropa. Corrió don Luis, atravesando calles hasta la de las Mercedes donde vivía su novia y colose por el zaguán hasta el dormitorio de ésta. La niña estaba enferma en cama y el novio para mejor seguridad metióse debajo del colchón. Fué inútil la busqueda que hizo la tropa, pues, a pesar de sitiar la manzana no le hallaron. Pero, como sucedía con mucha frecuencia en aquellos tiempos, nunca faltaban en la puerta comadres que vieran algo, y éstas afirmaron muy ufanas, por Dios y la Virgen, que habíanlo visto penetrar a la casa del frente. Hízose de nuevo un registro en la casa y al novio no se le encontró. El par de beatas fuese después comedidamente a preguntar por la salud de la niña y a comentar el suceso. Como viejas bellaconas que eran colárronsele a la pieza de la enferma y con grandes aspavientos se sentaron sobre la cama. Mucho debe haber sido el peso de las beatas que al poco rato don Luis salió furioso del escondite diciendo en voz alta.

—¡Prefiero que me fusilen antes de seguir aplastado por los trastes de estas viejas!

Y así como estas aventuras se pueden contar muchas y muy donosas.

¿Qué no hicieron entonces los Carrera contra la rancia aristocracia adicta a don Fernando?

Don Juan José tenía la contestura y el vigor de un atleta y hacía pruebas, que los hércules de hoy día le habrían admirado. Cuantas veces iba la calesa de rancia señora, pollerón brocado, tiesura de oidora, mula con campanillas, doblando la esquina, y ¡zas! parábase incontinenti el carruaje, empacábase la mula y por más que el negro la huasqueara, nadie la movía. El poblado apiñábase en derredor, los mataperros empezaban con una algazara padre y señor mío, y por fin la encopetada señora sacaba airosa la cabeza, hacia la rebujiña y veía por detrás de la calesa a don Juan José que con sus manos sujetábala fuertemente, haciendo una prueba de desarrollo físico para la diversión del pueblo.

A don José Miguel también se le achacan aventuras graciosísimas, pero algunas tuvieron un epílogo trágico. Hizo una vez fusilar con pólvora al Intendente de Santiago y cuando después lo fueron a ver al banquillo, éste habíase muerto de susto.

¿Qué otras bellaquerías hicieron los Carrera? Diz que azotaban godas; que vivían rodeados de una corte de bufones; que rociaban con aguas que no eran muy benditas los faldellines de tisú y sobrepuestos de las marquesas; y que arrojaban también a puñados por las ventanas de la Moneda los dineros del Estado, sin apropiárselos ellos. Cuenta Vicuña Mackenna que llegaban hasta poner en lotería los decretos del Gobierno, para que la muchedumbre pidiere lo que mejor le agradace, como sucedió a aquel deudor del rico Chopitea, que para cancelar su crédito reclamó bajo los balcones de las Cajas Reales la cabeza de aquel, dádiva que fué otorgada por el aplauso y la aclamación del soberano pueblo.

Don José Miguel determinó ese año celebrar por primera vez con la mayor gala posible el aniversario de la Independencia,

no habiendo podido terminarse los preparativos en los días del dieciocho, se retardó la fiesta por algunos días.

La esquelita, que se encargó de su reparto a varias habilidosas recaderas, decía: «El gobierno que va a solemnizar el aniversario de su instalación, y la feliz reunión de las Provincias, el 30 del corriente espera a Ud. para que lo acompañe por la mañana al Te Deum en la Catedral y en la noche en la casa de la Moneda, donde debe el digno vecindario chileno sensibilizar sus transportes por la libertad de la Patria». El número de invitaciones alcanzó a 600 esquelas, pero sucedió que algunas damas *non santa* viéndose excluídas del baile de la noche recomendaron su causa a varios oficiales de su confianza, los que empeñados en darle gusto procuráronse algunos papeles de convite poniendo en ellos el nombre de gracia apetecido. No faltó quien les llevara a las señoras chilenas el chisme y éstas mirándose desairadas con semejante compañía, dieron su queja al Gobierno que desde luego les dió las satisfacciones pedidas. Sin embargo el incidente desanimó un tanto el entusiasmo de los convidados aunque los preparativos tenían alborotado al pueblo santiaguino.

Don José Miguel, los tres días anteriores a la fiesta, mandó hacer iluminaciones generales en la ciudad, reservándose para el tercero la más esplendorosa y lucida candelada que entonces se vió.

El día tercero amaneció con una salva de 21 cañonazos, hizándose el pabellón tricolor en el Palacio de la Moneda. El edificio estaba enteramente decorado y en lo más elevado de la portada principal figurábase un alto monte o cordillera, sobre cuya cima áparecían muchos rayos de luz con una inscripción que decía: *Aurora libertatis chilensis*, y en la parte inferior, *Umbre et nocti lux et libertes succedunt.* Al pie de este lienzo estaba colocado otro en forma ovalada y en el cual se había pintado el escudo chileno. Este consistía en una columna dominada por un globo, sobre el cual había cruzada una lanza y una palma. Al lado izquierdo de la columna estaba un gallardo mancebo vestido de indio; y a la derecha una hermosa mujer con traje de india también. Sobre todo esto se descubría una radiante estrella. En la parte superior se leía: *Post tenebras lux*, y en la

inferior *Aut consillio, aut ense.* Ambos lienzos estaban por su interior y exterior iluminados, para que desde lejos pudiesen ser vistas y anotadas sus particularidades.

Todo el frontis del edificio, con sus dos principales patios, se veian iluminados con más de ocho mil luces. En los extremos de la plazuela que da entrada a la casa de Moneda, se hallaban erigidos dos arcos triunfales, de cuatro caras con sus respectivas cornizas y coronaciones, de las que pendían, mecidas suavemente por el viento, muchas tarjetas con ingeniosos lemas alusivos a la gran fecha. Uno decía: *Desiderium libertatis omnibus insitum est* y el otro que estaba al frente *Salus pópuli suprema lex.*

Había entonces en el segundo patio de la Moneda, frente a la entrada, una gran ventana que tenía una primorosa reja de hierro con escudo de armas del Rey. Se pusieron muchas luces detrás de aquella reja, habiéndose cuidado de cubrir con hojas de lata el escudo real de suerte que con la luz, que resultaba de la circunsferencia, aparecía una mancha oscura en medio de un espacio resplandeciente, muy semejante a un eclipse total de sol. Era una fantasmagoría que a los ojos enormes de los realistas significaba a todas luces el ocaso de la monarquía.

Y ahora llegamos a tiempo al baile. Van entrando los invitados. Llevan mantillas las señoras y capas los caballeros. Suena adentro la música. Doña Xaviera de la Carrera acaba de descender de su carruaje, y allá entra, diosa guerrera, en un templo incaico, entre vítores varoniles, a los acordes de una marcha triunfal. Mientras ella descansa un instante en el tocador, entremos a los salones. Suspéndense los ojos ante su magnificencia. ¿Quién cuenta el número de las cornucopias de plata en las que brillan otras tantas luces? ¿Quién los espejos de marcos labrados? ¿Quién los búcaros rebosantes de flores?

Nunca se vieron salones más deslumbrantes en Santiago. Las blancas luces de la araña central ponen fulgores movedizos que irisan vagamente los labrados cedros del artesonado. Veámos como la luz inunda el ambiente de la fiesta y multi-

plica magicamente este salon en otros dos apareciendo uno dispuesto para el ramillete, donde una gran mesa en figura de media luna imita flores, prados, fuentes, con delicados cristales y finas lozas de la China, ostentando muchas particularidades de dulces, rosolis, vinos, helados, frutas. Consideremos tambien el salón dedicado a la cena. En éste, la espléndida mesa está dispuesta con mucho artificio formando cuatro medias lunas que reunidas hácia el centro, le dan una bella perspectiva. Consideremos ahora el número de viandas. He consultado al respecto a varios historiadores, y todos están contestes en afirmar que el número de viandas delicadas que entónces se sirvió fue superior a doscientas cincuenta...

¡Da maravilla recorrer esos tres salones! Veamos lo que dice la inscripción del salón de baile antes que empiece la contradanza general.

1810

Ultimo año del despotismo

Despues se contaba que puso debajo una mano realista refiriéndose a la personalidad altanera de los Carrera:

y principio de lo mismo...

Y van y vienen ahora en el continuo bullir las parejas revolucionarias y se nos llena de ensueños la fantasía en la olorosa noche primaveral, entre tanto crujir de brocados y banderolas de plata ¿Quiénes son las damas de la Patria Vieja? Allí aparece doña Josefa Aldunate vestida de *Libertad*, luego doña Mercedes Fuentecilla de *Aurora*, siguen en la confusión de trajes otras vestidas de indias. ¡Y qué curiosidad! Madama Samaniego, natural de la corte de Madrid, avanza tambien con un traje de india bárbara.

De pronto se susurra una impresionante novedad. La reina de la fiesta avanza, ricamente vestida. ¿Qué trae en la cabeza que todo el mundo se trastorna y hace que lo rojo sea blanco y lo blanco sea rojo?

Todos han visto uua guirnalda de perlas y diamantes de la cual pende una corona real vuelta al revés en señal de vencimiento, y la altiva cabeza que la lleva resplandece con ella más que una reina dejando ver el símbolo...

Por los salones se oyen los vítores de la concurrencia. Doña Francisca Xaviera de Carrera y Verdugo, abriéndose paso por entre los bastoneros sonríe y da las gracias sin ponerse en pareja. Detras de ella vienen don José Miguel y don Luis. Sus hermanos llevan tambien la misma corona, aquel en el sombrero y éste en la gorra, y sobre ella una espada en ademán de partirla y un fusil en actitud de darle fuego. El airoso andar de don José Miguel causa admiración entre las damas. Al final doña Mercedes Fuentecilla le espera con su traje de aurora de la nueva patria. Los dos parecen atraerse con los ojos oscuros y brillantes. Dicen que dicen, que sin poder explicarse como fué que aquella noche de gloria se dieron el «sí»...

Las horas pasan. La música arde con sones inusitados de ansias juveniles. La contradanza tiene pasos nunca vistos y la zamacueca remanece. El baile había durado hasta las seis de la mañana.

¿Quién no conoce el romance que siguió a aquellos días de la derrota de Rancagua? Doña Xaviera heredó de su madre la voluntad imperiosa y la índole turbulenta y osada que le era peculiar a su raza. Se sintió arastrada hacia la suerte de sus hermanos por un sentimiento de orgullo. La revolución se encontraba dividida en feudos domésticos y una casa como la de Larrain y sus numerosos entroncamientos, sostenía los principios moderados que entonces comenzaban a llamarse «pelucones» por el peinado postizo que llevaban sus magnates, mientras los Carrera con su genio juvenil y travieso querian renovarlo todo. Proscritos los tres hermanos pudo doña Xaviera como esposa de un asesor del reino haberse evitado el destierro, pero su amor a la causa de su casa, la llevó a vivir las horas tormentosas de Buenos Aires, dejando su hogar y sus comodidades.

Por su situación pudo primero doña Xaviera hospedarse comodamente en Buenos Aires, ocupando una parte de la casa de una señora porteña llamada Juana Ordoñez. Su tertulia fué un pedazo de Chile que los emigrados supieron saborear con ansiosa avidez. Reunían se en su casa hombres como Camilo Henríquez, Cárlos Rodríguez y el canónigo argentino Luis Bartolo Tollo, todos con mucho de tribunos en el carácter y jóvenes temerarios y ardientes como los dos Jordán, Manuel Lastra, el hijo del primer matrimonio, Pedro Urriola y otros de los imberbes cadetes que habían cambiado la cartilla por la espada. Los dos hermanos Juan José y Luis constituían el círculo íntimo ya que don José Miguel residía en aquella época en Montevideo, alejado de su hermana por contradiciones de familia y tambien por diversidad de opiniones para juzgar los acontecimientos. Doña Xaviera trataba en esa tertulia de reconfortar los corazones de los que amaban y padecían con el destierro, dejando a sus palabras la fuerza del consejo oportuno y muchas veces exaltando con su inspiración las ambiciones revolucionarias. De aquí nació esa conspiración que Vicuña Mackenna llamó «el sueño de una mujer» y que llevó a sus dos amados hermanos al patíbulo de Mendoza, en el más horrible despertar que presenciara en las márgenes del Plata.

En el legajo de sus cartas se puede ir cotejando todos aquellos días penosos que siguieron a los primeros años de la emigración. Todas las inquietudes de su alma dejan al paso de la pluma un punto luminoso: dicta palabras de consuelo, intensifica su amor, reconforta sus creencias cristianas, enaltece hasta lo inverosímil lo que lleva su nombre, entona un himno de abnegación basado en el olvido de sí misma.

En cierta ocasión escribíale su esposo don Pedro Díaz de Valdés que había recibido la visita del señor..... diciéndole que su hija estaba embarazada de su hijo Pío y que esperaba la reparación. Yo le he contestado—le agregaba don Pedro—que, a pesar de la enemistad que existe entre ambas familias, por su parte haría que su hijo cumpliese como cristiano y caballero. Pero, terminaba el bondadoso don Pedro, «mi palabra nada vale sin tu voluntad.»

He aquí la contestación de doña Javiera: «Querido Pío: Re-

cibí tu carta en la cual me dices que la fulanita está embarazada de nuestro Pío y en la cual tu esperas que cumplirá como cristiano y caballero. Yo, por mi parte, no soy de tu opinión, porque estimo que nada se remedia cometiendo todos los días, la falta que se cometió una vez. En cambio, a ella le quedará el agradable recuerdo de haber tenido un buen mozo, mientras que a nuestro Pío el recuerdo de haber tenido una fea!»

Esta carta con el transcurso de los años, manos afectadas la hicieron desaparecer, pero, quién las leyó con amor de raza, supo gravarlas en la imaginación indeleblemente.

No vamos a seguir a doña Xaviera de la Carrera en su peregrinación, pintando los acontecimientos políticos en que se vió rodeada después de la llegada de su hermano don José Miguel de Norte América. Hay allí una época en que el grito federalista no fué sino más que un pretexto para sus nostalgias chilenas.

Al saberse en Buenos Aires que don José Miguel se había reunido al general Ramírez en el Entre Río, el gobierno de la ciudad arrestó a doña Xaviera en su casa, poniendo dos soeces centinelas a la puerta de su dormitorio. Desterráronla en seguida a la Guardia de Luján, un fuerte de la Pampa, donde el rigor del clima enferma aún a los soldados. Un amigo que la visitó en el cuartujo que le servía de prisión supo de su boca esta frase altiva: «Sobre este jergón soy Xaviera de la Carrera.»

De aquí fué trasladada, con su salud quebrantada, a San José de Flores, en la vecindad de Buenos Aires, y más tarde encerrarónla en un convento. Como los planes de su hermano parecieran desvanecerse, doña Xaviera consiguió al fin su libertad; pero, apenas se sublevó el ejército del Alto del Perú en la costa de Arequito, el 7 de Enero de 1819, y don José Miguel se incorporó a sus filas, recelosa doña Xaviera de nuevas persecuciones, escapó a pie de Buenos Aires, y siguiendo la playa del río, fué a refugiarse a bordo de una fragata de guerra del Brasil, que estaba anclada en la boca del riachuelo Barracas.

Después, navegando el río, se asiló en Montevideo. Habiendo don José Miguel entrado a Buenos Aires en alas de la victoria, a la cabeza de un ejército, doña Xaviera voló a abrazarle desde la otra ribera. En aquel encuentro ambos hermanos recordaron, a la vez, el luto de Mendoza y la gloria del año 12. Nadie imaginó que en ese abrazo de hermanos tormentarios compendiaron todo un pasado y un porvenir de sacrificios íntimos por la causa de la patria.

Doña Xaviera poco despues le escribía: «No faltan quienes digan aquí que la acogida que te hacen es para engañarte. Acuérdate de todo, y si es posible, desconfía de tí propio». Don José Miguel no oyó los consejos de su hermana, y no solo confió en sus fuerzas sino que entregó su causa a Alvear. El 26 de marzo aquel mozo, que tuvo chispazos de genio, salía cabizbajo de Buenos Aires, perseguido con piedras por los tercios del pueblo, mientras Carrera le cubría la espalda. Doña Xaviera logró ocultarse en casa de una generosa amiga llamada doña Dámasa Cabezón, pasando después a Montevideo, cuyo pasaporte consiguió por influjos de esta señora.

En los días del ostracismo, a fines de setiembre de 1821, doña Xaviera había ido en compañía de algunos amigos, el escritor don Manuel Gandarillas, el capitán de artillería don Pedro Nolasco Vidal y el canónigo Tollo, que era su providencia en el destierro, a pasear a una de las quintas que pueblan la campiña de Montevideo. Habitaba doña Xaviera una casa en la plaza principal cuyo piso bajo estaba ocupado por un café, y al apearse a su puerta de regreso del paseo, observó que un caballero llamaba con aire misterioso a Gandarillas. Subió la señora la escala meditando lo que aquello significaba, y cuando hubo entrado a su habitación, rompiendo en amargo llanto, exclamó: José Miguel ha muerto! (1)

La segunda catástrofe abatió de tal manera su salud que durante meses se desconfió de su vida. Tuvo una enfermedad que la tradición recuerda con el nombre de «melancolía». Se enflaqueció su cuerpo, perdió los cabellos y se le agotaron sus fuerzas hasta el extremo de que su leal sirviente Cornejo, le

(1) Vicuña Mackenna.

llevaba en brazo en sus peregrinaciones por la banda oriental que recorría, acompañada de un médico.

Todo eran recuerdos en ese corazón agobiado por las desgracias. Veía a don Juan José clamándole por su Ana María, aquella niña maravillosa por su hermosura y que pasó como una sombra por la tierra caliente aún con la sangre del mártir, y luego era el fantasma más querido de su alma, el «Lucho de su corazón» como llamaba a don Luis. Doña Xaviera empezaba a vivir el drama más intenso de su vida. Era ya no solo la soledad del destierro voluntario sino la soledad del alma. Su padre, el hidalgo don Ignacio, había muerto por la impresión que le causó el hecho de que le cobraran hasta las balas con que asesinaron a sus hijos. De los hijos de la heroina, el que estaba a su lado, Pedro, habíase marchado a Estados Unidos, Manuel Lastra, el otro del primer matrimonio, vagaba por los campos de Chile haciendo vida de fugitivo, declarado fuera de la ley por el delito de amar su causa. Doña Xaviera en su desesperación se llamaba la mártir, la loca!

Pasaron algunos años hasta que al fin embarcóse en Montevideo de regreso a Chile. Había caido ya la administración de O'Higgins. Doña Xaviera miraba a sus enemigos con menos rencor. En el otoño del año 1824 arribó a Valparaiso donde fué recibida con grandes muestras de deferencia y de respeto. La acompañaban Vidal, Gandarillas y Cornejo. Este último era un antiguo mariscal herrador del regimiento de la Gran Guardia que desde niño había entrado al servicio de don José Miguel Carrera, siendo hasta su muerte, su favorito asistente, con la escepción del bravo Conde. Era una reliquia de los suyos, que la gran dama traía como guarda de honor.

Doña Xaviera se dirigió a su fundo de San Miguel, en San Francisco del Monte, a vivir bajo la sombra apacible de sus pinos. La dama era siempre la misma en su orgullo y su nombre sólo volvió a tener resonancia cuando pidió al gobierno del general Pinto, uno de sus más leales amigos, la traslación a Chile de los restos de sus hermanos que aún existian en Mendoza.

Esta es la descripción que hizo doña Xaviera de una cajita

de oro en la que se guardarían los corazones de sus hermanos Juan José y Luis.

«El óvalo adjunto—decía—es del tamaño y figura que le he dado. Los lados han de ser convexos y el contorno tendrá el alto y figura señalados, formando un cordón entre dos filetes lisos. Las estructura interior ha de ser como la de un reloj tapado, de modo que abriendo la tapa descubra un vidrio (colocado lo mismo que el de un reloj) para poderle abrir y poner debajo de él lo que se quiere. Sobre la tapa ha de tener en letras de oro, en relieve, esta inscripción:

Hic exuviae
Ubique fama
incorde dolores (1)

Todo el campo que dejan vacío las letras se han de cubrir con esmalte negro de modo que todo el óvalo interior sea ocupado por el esmalte sin que se descubra más oro que la inscripción, y el filetito que está fuera de las letras. Este puede ser un cordoncito de gusto que se deja al arbitrio del artífice.

En el otro lado se pondrá esta inscripción.

Patriae et libertatis Filii
Joan et Lodoix Fratres
E ternis digni lacrimis (2)

Cubriendo todos los vacíos, del mismo modo que la tapa, de suerte que los dos lados sean iguales, sin más diferencia que las inscripciones. Se pueden adornar éstas con algunos símbolos alusivos a su objeto, y no se indica para que el operario consulte y ponga los que sean más adaptables al género del trabajo que se necesitan».

---

(1) Aquí los despojos
en todas partes fama
en el corazón los dolores.

(2) Hijos de la Patria y de la Libertad
los hermanos Juan y Luis
son dignos de lágrimas eternas.

Doña Xaviera vivió cerca de cuarenta años en el fundo de San Miguel, cultivando los jardines por sus propias manos. Allí también, como en las horas de proscripción, tuvo un círculo de honor. Vera, Gandarillas, don Andrés Bello, Mora, fueron sus huéspedes en la mansión de campo. Un forastero dijo de ella que parecía «una reina destronada».

«Se cuenta que cuando «se puso a morir», no quería confesarse por no perdonar a sus enemigos. Sin embargo, su alma magnánima, por otro lado hacía derroche de conmiseración, dejando legados para obras de beneficencia y aún haciendo comprar el luto que por su muerte debían llevar los deudos y parientes. En sus últimos momentos dábanle nieve para calmar su agonía y ella exclamaba, admirada de aquel milagro de gracia hecho ya un cadáver «que el Salvador del mundo do tuvo como ella sed y le dieron hiel y vinagre». La heroica dama olvidaba, que en otra ocasión, al llamarse ella misma la loca, la mártir, había apurado todo el vaso de amargura. El Miércoles 20 de Agosto de 1862 feneció en el seno del Señor a la edad de 80 años. Según un atildado escritor éste fué su mayor pecado...

SADY ZAÑARTU.

EL FERROCARRIL ORURO-IQUIQUE

La importancia que día a día adquiere el petróleo en el mundo hace más interesantes a las regiones que poseen tal producto.

De ahí el surgente valer del Departamento de Santa Cruz (Bolivia), cuya existencia de grandes yacimientos petrolíferos ha sido reconocida por varias compañías norteamericanas, principalmente por la «Standard Oil».

Para hacer más aprovechable al comercio de tan rico producto, necesita Santa Cruz, situada en el centro de Sud-América, tener una salida hacia el mar lo más corta posible. Hoy sólo se piensa en darle acceso hacia el Atlántico después de un recorrido de varios miles de kilómetros por las líneas férreas argentinas o por la vía fluvial del Madera-Mamoré Amazonas, lo que implica una demora sumamente larga y un subidísimo costo del transporte de las producciones.

Un ferrocarril entre Oruro e Iquique salvaría esta situación. Ninguno de nuestros puertos del norte es más propicio que Iquique para llenar la necesidad que tiene Bolivia de establecer una salida más hacia el Pacífico que le atienda sus regiones del centro, como Arica sirve las del norte y Antofagasta las del sur; ninguno más favorable a nosotros tambien que Iquique para encauzar la corriente comercial de Bolivia hacia nuestro país.

En pro de la realización de esa vía férrea existe construída ya la línea Oruro-Cochabamba y hay una animada propaganda en Bolivia, dentro y fuera de las Cámaras legislativas, para tenderla hasta Santa Cruz. Así quedarían unidas las dos regiones más ricas dél territorio boliviano: Cochabamba, sobresaliente en agricultura y ganadería, y Santa Cruz, productora, como dijimos, de grandes cantidades de petróleo. Resalta la

importancia que tiene en el país vecino tal unión, por lo que no dudamos que se realizará en breve. Vendría a faltar sólo la terminación de esa línea en Iquique, lo que ha sido ya bien estudiado por el ingeniero señor Guillermo Wikmann y por otros ingenieros chilenos, y cuya construcción relativamente no ofrece grandes dificultades.

Si no nos permitiera el estado de nuestras finanzas realizar en gran parte tal construcción, podría ser llevada a cabo por Bolivia, a la que lógicamente más corresponde y tanto interesa, y por las sociedades norteamericanas poseedoras de grandes extensiones petrolíferas y cuantiosos capitales, a las que conviene en gran manera, para sacar sus productos, una salida, como la de Iquique, mucho más corta, segura y barata hacia el océano. A las conveniencias para Bolivia van unidas, como se ve, las que beneficiarían a las sociedades petroleras norteamericanas. Por lo tanto, como hemos dicho, a ésta y a aquella República corresponde afanarse por obtener la más pronta construcción de la línea que nos ocupa, invirtiendo en ella sus capitales y ayudando a Chile en la parte de labor que le pertenece.

Los beneficios que resultarían de la construcción de la línea Oruro hasta Iquique serían muy señalados. Iquique, como puerto de tránsito, atendería las necesidades de Santa Cruz, Cochabamba, Oruro y otros departamentos, todos los cuales apenas tienen hoy un desarrollo que atienda a sus propias necesidades. El sector Oruro-Cochabamba-Santa Cruz llegaría a tener gran importancia comercial, tanta que se constituiría en el centro efectivo de Bolivia, superando a las anteriores de Sucre, Potosí y La Paz.

También nosotros, como los bolivianos y norteamericanos, nos beneficiaríamos. En primer lugar, Iquique dejaría de estar amenazado de desaparecer al cabo de cincuenta años, tiempo que probablemente durarán las pampas salitreras que le dan vida, una vez sostenido por un enorme movimiento comercial.

Dado el caso de una guerra, si nuestra vía marítima y el ferrocarril longitudinal fueren interrumpidos por una escuadra enemiga superior, la vida de los habitantes de Tarapacá quedaría asegurada por la vía Cochabamba-Oruro-Iquique.

Si llegase a suceder que voluntariamente nos impusiésemos el sacrificio de ceder el puerto de Arica a Bolivia, la construcción de la línea Oruro-Iquique sería una solución menos onerosa para Chile por la compensación que traería consigo el quitar a Arica y llevar a Iquique la corriente comercial más importante de Bolivia hacia el Pacífico.

Hoy el Gobierno argentino se afana, invirtiendo cuantiosos millones, en la terminación de la línea férrea entre Yacuiba y Santa Cruz dentro del territorio boliviano, a fin de atraer la corriente petrolífera hacia el Plata y colocarse en situación de boicotear fácilmente las empresas norteamericanas que han acaparado en Bolivia los más importantes terrenos petrolíferos.

No es difícil prever las consecuencias que resultarían si los chilenos dejásemos indolentemente que los esfuerzos argentinos desviaran por medio de vías férreas hacia el Atlántico el movimiento comercial de Santa Cruz y Cochabamba.

Un decidido esfuerzo de nuestra parte, que no dudamos patrocinarían los norteamericanos como directamente interesados, podría encauzar dicho movimiento hacia el Pacífico, lo que, como ya se ha probado, beneficiaría mucho más a Bolivia, a la vez que a los propios norteamericanos. Nosotros podríamos traer en ingentes proporciones hasta nuestras costas los productos tropicales de que carecemos, y que resultarían cambiados, ya que todos los productos de nuestra industria tienen fácil cabida en esa República. Y así Iquique, siendo un emporio de diversas y ricas producciones de tránsito y de gran actividad mercantil, se libraría de la ruina que le espera.

CARLOS HARMS ESPEJO.

CARTA DE DON CARLOS MORLA VICUÑA A DON ANIBAL PINTO

Madrid, Julio 29 de 1876.

SEÑOR DON ANÍBAL PINTO

Santiago.

Mi muy estimado señor:

No sé, señor, si Ud. recuerda que hace siete años tuve el honor de visitarle en su casa, en compañía de don Francisco Echáurren, entonces Ministro de la Guerra. Traigo a la memoria esta circunstancia para escusar la libertad que me tomo de escribir a Ud. sin nueva introducción.

Cumplo, en primer lugar, en mi calidad de subalterno de la Administración, con el deber de saludar al primer Magistrado electo de la Nación, poniéndome completamente a sus órdenes.

Además de este objeto tiene esta carta, el de imponer a Ud. de noticias interesantes que se relacionan con las dos cuestiones internacionales de mayor importancia, que tiene pendientes la República: la de sus relaciones con España y la de límites con la Confederación Argentina.

Por este mismo correo dirijo una nota confidencial al Señor Ministro de Relaciones Exteriores, dándole cuenta de los datos que he adquirido respecto de la primera, y le hubiera dirigido también esta carta que completa la relación y dá los detalles de que no es susceptible una comunicación oficial, si no hubiera dado la casualidad de que estos pliegos van a llegar a Chile, precisamente en los días en que se transmite el poder y, de ordinario, se organiza nuevo Ministerio.

A su paso por París, hace algunos meses, el Señor don Adolfo

Ibáñez, me invitó a que emprendiese un trabajo serio y definitivo acerca de la cuestión de límites entre Chile y la República Argentina, trabajo que pudiera servir de alegato ante el árbitro el día en que el Gobierno de Buenos Aires se decida a cumplir con el tratado de 1856. La instancia del Señor Ibáñez fué seguida por una orden del Ministro de Relaciones Exteriores, en que se me autorizó, además, para hacer la publicación de mi éstudio por cuenta del Estado. Desde aquella fecha no he cesado de trabajar sobre el particular, facilitándome esta circunstancia la redacción de mi refutación a un artículo calumnioso que, en sentido de los intereses argentinos, dió a la luz la *Revue de Deux Mondes*. Preparando los materiales para mi obra me formé la convicción de que debían existir ciertos documentos, importantísimos para nuestra causa, en los Archivos de esta Península. Pedí permiso a mi Jefe para venirlos a buscar y del resultado de mis investigaciones, que ha sido fecundísimo, daré a Ud. cuenta más adelante; pues ahora, después de comunicarle por qué causa me encuentro en la Península, voy a referirle lo que sé de nuevo en la cuestión española.

En un día de sesión, hallándome con don Emilio Castelar en el salón de descanso de las Cortes, se acercó a nosotros el Señor Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros. El Señor Castelar me presentó a este señor diciéndole que era chileno y Secretario de la Legación de la República en París. El Señor Cánovas me preguntó que motivo me traía a España y después de imponerlo de que el motivo de mi viaje eran simples investigaciones históricas, abordó él de lleno la cuestión de las relaciones con los Estados del Pacífico.

Comenzó por decirme que no comprendía por que se hallaba en entredicho la raza española, de este y del otro lado de los mares; que debiéramos considerarnos como de la misma familia y que era ya tiempo de que cesara el estado anormal de tregua indefinida para celebrar un tratado de paz definitiva.

Le contesté que las Repúblicas del Pacífico habían dado buenas muestras de hallarse, a este respecto, en las mejores disposiciones, cuando a pesar de haber sido las ultrajadas, habían concurrido a las conferencias de Washington. Le expuse que era yo entonces, Secretario de la Legación de Chile en los Es-

tados Unidos y me constaba que no se había arribado a la paz, porque el Señor López Roberts, Plenipotenciario de España en aquellas conferencias, no recibió de su Gobierno instrucciones bastante ámplias para dar a los Aliados la debida satisfacción por el bombardeo de Valparaíso.

El Señor Cánovas repuso que había sido de los que más había lamentado el acto del bombardeo, y que el Gobierno español estaría hoy dispuesto a infundir en todo el cuerpo del tratado que se celebrase la expresión de su pesar; pero que era imposibilitar todo avenimiento exigir a España que suscriba una fórmula concreta que diga: «Señor, pequé o pésame Señor.» Raras veces, añadió, son cláusulas de este género compatibles con la dignidad de un Estado.

Me preguntó, en seguida, si conocía yo la fórmula de la satisfacción que exigía Chile, pues el señor Caleb Cushing, Ministro de los Estados Unidos en Madrid, no se la había podido precisar.

Le contesté que no sabía que el Gobierno chileno hubiese adoptado fórmula determinada de satisfacción, pero que si, me constaba que no se daría por satisfecho con pacto alguno que no consagrase el principio violado en el bombardeo de Valparaíso, principio de derecho internacional que el Gobierno de Chile siempre ha sostenido y que puede formularse así: no es lícito en la guerra bombardear puertos comerciales abiertos, desde los cuales ni se prepara ni se dirige hostilidades.

El señor Cánovas me arguyó que ese principio es todavía un desideratum, que será sin duda sancionado mas adelante por hallarse de acuerdo con las tendencias civilizadas del derecho internacional, pero que no se halla aun aplicado entre las naciones. Me citó al efecto los bombardeos de San Juan de Nicaragua por los Estados Unidos, el de Kiev por los ingleses durante la guerra de Crimea y el de varias plazas indefensas francesas, mediterráneas, por los alemanes durante la última guerra.

A ésto le repliqué que tampoco estaba adoptado en 1860 en la práctica internacional los principios reguladores de la conducta de los neutrales, que se consignaron en el tratado celebrado entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña en Washing-

ton, en Abril de 1871, y que sin embargo Inglaterra, aceptó su consagración con aplicación retroactiva. Fundado en este precedente dije que nada tendría de extraordinario ni de inusitado la consignación en un tratado, del principio que no es lícito bombardear puertos indefensos.

El señor Cánovas recapacitó un instante y luego expuso que no le hacía mala impresión la idea de incorporar en un tratado un artículo consagrando ese principio. Añadió que la posibilidad de remover con él las dificultades con que se tropieza para celebrar la paz, valía la pena de ser meditado y consultado con el señor Calderón Collantes su colega de Relaciones Extranjeras. Al despedirnos me dijo que, si continuaba pareciéndole bien el pensamiento, impartiría instrucciones a su Plenipotenciario en Washington para que le propusiese al mediador. En mi natural interés por saber, con oportunidad, lo que se resolviese para comunicarlo a Chile y a nuestro Plenipotenciario en Washington, le pregunté si tenía dificultad en decírmelo y me contestó que ninguna y me ofreció hacerlo.

Diez días después; sólo antes de ayer, me citó a su despacho y me dijo que, en cumplimiento a lo prometido iba a comunicarme lo resuelto. Persistía en la buena impresión que le había producido la consagración en un tratado del principio de que no sean bombardeables los puertos indefensos, y agregó que la sanción que se daría a ese principio progresista podría contemplarse con la estipulación, en el mismo artículo, de que no expediríamos, los unos contra los otros, patentes de corso.

Observé a esto, que ya la cosa cambiaba de aspecto; que el corso era el arma de los débiles y que España, que no había concurrido al tratado de París por conservarla contra los fuertes de Europa, no era lógica el proponer a los Estados Sud-Americanos que renunciasen a ella. Hice también presente que esa segunda obligación contraída en pos de su declaración del principio de que los puertos de comercio abiertos no son bombardeables, iba a producir el efecto de ser el precio que se pagaba por dicha declaración.

El Sr. Cánovas replicó que las Repúblicas Americanas quedaban para España como en la luna, invulnerables de todo punto con la consagración del principio de no ser bombardea-

bles los puertos abiertos. Lo descubierto de aquel litoral se convierte de este modo en su mejor baluarte y su debilidad en fuerza inexpugnable. Parecería extraño que desarmando así a España ante la América Española para toda futura eventualidad, aquellas naciones conservarán contra ella el corso.

Observé a este propósito al Sr. Ministro que no era tan absoluto como él suponía el estado de desarme de aquella costa, y para demostrarle que, aun después de consagrado el nuevo principio, era posible hacer guerra formal en aquellos parajes, le recordé el Callao y lo impuse de que Valparaíso se encontraba ahora formidablemente fortificado.

No insistí, sin embargo, en que renunciase a la parte relativa a la supresión del corso, en primer lugar porque yo no había ido allí mas que a saber una noticia que me interesaba, y en segundo porque me pareció que los Estados de la Alianza, todos los cuales, menos Bolivia, se encuentran adheridos al tratado de París, no habría de tener inconveniente para renunciar a la expedición de patentes de corso, sobre todo después de haber experimentado en la última guerra la ineficacia de este medio de hostilizar, a pesar de las diligencias que se hicieron para aplicarla.

El artículo de tratado que el Sr. Cánovas se propone comunicar a su Plenipotenciario en Wáshington queda pues concebido en los términos siguientes:

«Las Repúblicas de Chile, Perú, Ecuador y Bolivia por una parte y España por la otra, se obligan recíprocamente a no bombardear puertos de comercio desprovistos de defensa militar, y se obligan también, al propio tiempo; a no expedir patentes de corso la una parte contra la otra».

El Sr. Cánovas me dijo en seguida que estaba pensando agregar otro párrafo para completar el artículo, que dijese más o menos como sigue:

«Para los efectos del párrafo anterior será considerado como corsario todo buque cuyo pabellón no esté reconocido por las dichas Repúblicas y por España».

En el acto manifesté al Sr. Ministro que, a mi juicio, esa adición haría que: prima facie, los Aliados rechazasen la proposición. Al presente no se divisa otro pabellón que el de los

independientes cubanos que pueden ser reconocidos por las Repúblicas Sud-Americanas sin serlo por España. Si se reconoce a los independientes como beligerantes, sus naves de guerra tendrán forzosamente que ser tratadas en el mismo carácter por los Estados que hagan el referido reconocimiento. Pretender lo contrario sería, en realidad, inhibir a los Estados de la Alianza el hacer ese reconocimiento cuando lo estimasen conveniente y de acuerdo con el derecho, lo que importaría una restricción impuesta al ejercicio de su soberanía. Manifesté al Sr. Cánovas que la simple anunciación de la proposición en esta forma estaba demostrando que sería declarada inadmisible.

Observé ademas que era muy posible que el Gobierno de los Estados Unidos no se prestase como mediador, a someter a las partes esa última clausula pues es seguro que él, por su parte, no querría asumir semejante compromiso, y nadie quiere proponer a otros lo que no acepta él mismo.

Le hice notar también que el nuevo párrafo comenzaba con estas palabras: «Para los efectos del párrafo anterior» y que, en realidad, no se descubre conexión alguna entre la obligación que contraerían España y las Repúblicas del Pacífico para no espedir patentes de corso, y el carácter en que deben considerarse las naves de guerra de otro Estado cualquiera, estraño a las partes contratantes.

El Sr. Cánovas se limitó a sonreir, y en último resultado ignoro si persiste en su intención de trasmitir a su Plenipotenciario en Washington esa última cláusula. En la nota al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores doy, sin embargo, la cláusula como entendida, por parecerme que en tales casos no se peca por exceso de cautela.

Con ésto, y en posesión de toda la información que acabo de trasmitir a Ud., me despedí del Sr. Cánovas después de repetirle que yo no había hecho más que escuchar las noticias que él había querido darme acerca de las disposiciones en que se hallaba el Gobierno de España en esta cuestión, puesto que yo no era mas que un chileno, como cualquiera otro, actualmente de paso por la Península. Él me contestó que lo había comprendido así y que no habíamos hecho más que conversar.

Por lo que puedo juzgar, creo que si el Supremo Gobierno

estima como buena la base de arreglo propuesta en el primer párrafo, será cosa fácil para el Plenipotenciario de la República en Washington el obtener la supresión de la última cláusula, si es que llega a presentarse.

Una información que me ha parecido interesante para el Gobierno de Chile se ha venido, por decirlo así, a estrellar conmigo y yo me he limitado a recogerla para trasmitirla, repitiendo una y otra vez, a quien me la daba, que procedía como particular, pues ni mi rango inferior en el servicio diplomático me da personería de ningún género, ni tengo carácter oficial alguno en la Península. Si no hubiera procedido así me habría quedado con escrúpulo, por haber dejado escapar una ocasión de adquirir un dato importante para el Gobierno a quien sirvo.

Por otra parte, no he dejado de tener en vista que siendo la de Ud. una administración que comienza, acaso no estará fuera de su programa la idea de dejar, a su término, a la República en paz con todo el mundo.

Voy, Señor, a darle ahora una cuenta suscinta de lo que he hallado de nuevo respecto de nuestra cuestión de límites con la República Argentina.

Creo que, con los documentos que he descubierto en esta espedición, se podrá comprobar, fuera de toda duda, que la Patagonia, el Estrecho y la Tierra del Fuego fueron incluídos en el Reino de Chile desde su orígen hasta la fecha de su emancipación.

Le citaré solo dos de entre mis múltiples hallazgos que van, a mi juicio, a trasformar esta cuestión. En el archivo de Simancas he descubierto las representaciones hechas a Carlos V y al príncipe don Felipe por Gerónimo de Alderete cuando vino a España, pidiendo a nombre de Pedro de Valdivia toda la estremidad austral del continente hasta el estrecho y para sí la Gobernación de la Tierra del Fuego. El Emperador accedió y están también en mi poder las reales cédulas, fechas en Arras, en 1554, dando a Valdivia el hábito de Santiago y nombrándolo gobernador en los términos que solicitaba. A Alderete se le hizo gracia del hábito y se le nombró Gobernador de la Tie-

rra del Fuego. Muerto Valdivia, Alderete acumuló los dos cargos y desde entonces todo el estremo meridional fué Chile.

He hallado también documento oficial que prueba que a don Pedro Ceballos, primer virrey del Río de la Plata, se le dió, de real orden, un ejemplar del mapa de Cano y Olmedilla para que viera trazados en él los límites de su Virreynato.

Espero terminar mi volúmen en poco tiempo más y abrigo confianza ciega de que el triunfo será de Chile el día del arbitraje.

Le ruego, señor, que me ponga a los pies de su señora y que disponga de su obediente y seguro servidor.

CARLOS MORLA VICUÑA

Escribo al mismo tiempo al señor Ibáñez.

EL ULTIMO SONETO DE JOHN KEATS

Si yo estuviese, Estrella, fijo cual tú!—no aislado
en suspensión nocturna de fúlgida fijeza,
sin parpadear velando, igual que un desvelado
y paciente cremita de la naturaleza,

la intranquila marca que como en religiosa
ablución las riberas continentales baña,
o contemplando extático la máscara sedosa
de la nieve, que cubre el llano y la montaña.

No!—aunque siempre fijo, siempre inmoble, sentir,
reclinado en el pecho virginal de mi amor,
indefinidamente, su rítmico latir;

despierto para siempre, cual en suave temor,
escuchar como exhala su aliento encantador,
y así vivir la vida—o vencido, morir.

Traducción de Rafael Alberto Arrieta.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Nuevo Canal Interoceánico.—La navegación de la costa patagónica, en ambos océanos es un peligro constante, puesto que las tempestades que se han radicado en aquellas regiones son una amenaza constante para los hombres que han adoptado tan inseguro medio de vida.

Este estudio tiende a suprimir, en lo posible, la navegación de estas regiones inclementes, por medio de un canal interoceánico que no sólo ponga en comunicación aquellas regiones sino también fomente el intercambio de productos sin la exposición de la vida de los hombres de mar, y al mismo tiempo, acerque más estrechamente las naciones sudamericanas del Atlántico y del Pacífico, a la vez que se vigorizen los lazos fraternales de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú, Uruguay, y hasta cierto grado los de todos los demás países de Sud-América.

La necesidad de abrir una vía a través de los territorios del extremo sur, uniendo el Atlántico y el Pacífico del Sur, se hacía sentir desde épocas lejanas. El Canal de Panamá no es utilizado para los buques que proceden de puertos del Sur, ya por las distancias que tienen que recorrer, ya sean ellos del Atlántico, como los procedentes de Buenos Aires, Río Janeiro, Uruguay, ya sean procedentes de Talcahuano, Valparaíso, Callao, etc.

Por otra parte, a la enorme distancia a que se encuentran estos puertos del Canal de Panamá hay que agregar que el Mar Caribe y el Mar de las Antillas son parajes de récios huracanes que hay que atravesar para llegar a aquel canal, y que esos fenómenos suceden allí frecuentemente,

Los pueblos sudamericanos tienen logicamente el propósito de procurar, en la gran cordillera de los Andes, que atraviesa el continente, puntos de acceso que faciliten su unión y el desarrollo de su intercambio comercial, como una de sus más dignas aspiraciones.

Es posible que el Lago Buenos Aires y su apéndice, el Lago Bertrand, hayan constiuído en épocas no alcanzadas por la humanidad, un mar que tuviese mayor profundidad que la que

hoy deducimos de las altitudes de sus orillas, y quizá extendiese mas su superfieie, cubriendo las faldas de las montañas que le rodean.

Hoy se calcula que el Lago de Buenos Aires tiene dos mil kilómetros cuadrados y 100 kilómetros cuadrados el Bertrand, su apéndice. Se puede deducir con algún fundamento que si restableciésemos la altitud de su superficie, aumentaría un 20 por ciento en su extensión.

Estamos frente a un depósito extraordinario de agua, capaz de sustentar una gran vía de navegación a traves del Continente Sudamericano entre el Océano Atlántico y el Océano Pacífico, un gran manantial que es el que da orígen al río más caudaloso que tiene Chile y que infructuosamente se pierde en el Pacífico.

La zona del Lago Buenos Aires es, a mi juicio, una de las que en Sud América reune las condiciones indispensables para un canal navegable que atraviese el continente, con la alimentación de agua necesaria, con su reducida extensión de mar a mar, y que una los dos océanos desde las inmediaciones de Comodoro Rivadavia en el Golfo de San Jorge, en el Atlántico, al estuario o desembocadura del Río Baker en el Golfo de Penas, en el Pacífico, es decir, la coincidencia de los dos golfos en los dos océanos que concurren a disminuír la extensión del continente en esa zona.

Demos principio a las dos secciones de este canal (prescindiendo del trayecto del lago que no necesita otra obra que la de la naturaleza para ser navegado) por los respectivos extremos del lago de donde ambos canales deben partir y recibir el agua que los alimente, principalmente, y al considerar la posición del lago, advertiremos que los dos extremos, por el este el argentino y por el oeste el chileno, tienen una diferencia de altitud que tengo el propósito de hacer coincidir.

El costado oriental alcanza una altitud de 500 metros, mientras que en la parte sur de su costado occidental alcanza sólo 222 metros. Nótese que esta altitud está limitada a la boca por donde escapa el agua del lago que es el nacimiento del Río Baker. Los otros lados, por el norte, oeste y sur están cerrados por altas montañas, y sólo queda, después de la boca citada, la pequeña Sierra del Este, lateral al curso inferior del Fénix, que tiene la altitud ya mencionada y después de la cual se halla la ancha llanura argentina, que tiene algunas protuberancias sin importancia, desde el lago hasta el Océano Atlántico, trayecto que debe recorrer el trazado del canal en territorio argentino.

Es posible que, en épocas geológicas tempranas, ese punto de tan baja altitud por donde pasa el agua del lago estuviese más

próximo a las cifras de las altitudes que rodean el lago por el norte, por el oeste y por el sur, que son los puntos ocupados por los miembros orográficos de la gran familia de los Andes, ofreciendo al mismo tiempo el sudoeste la cota de nivel que abre la magna portada por donde se precipita el Baker con su gran caudal. Esta abertura tiene en la margen derecha el Cerro Andes de 2 100 metros de altura y en la margen izquierda otro cerro de menor altitud.

Tenemos, pues, que todos los costados del lago referido están rodeados de grandes alturas a poca distancia de las orillas, excepto el punto aludido, o sea el meandro del Fénix, al este, y, en el sudoeste, la cota de nivel que ofrece la portada al torrente de Baker que tratamos de evitar.

Los cerros que rodean el lago son; en metros: Cerro Castillo, 2,675; Rojo, 1,920; Iwan, 2,220; Cresta, 1,570; Pirámide, 1,785; Cabeza Blanca, 1,200, Hudson, 2,600; Redondo, 2,150; Largo, 1,960; Nudo, 2,170; por el norte; San Clemente, 3,870; Las Parvas, 2,080; Cordón Contreras, 2,310; Hyadas, 3,080; Largo, 2,825; Andes, 2,100; Soler, 2,190; Cacho, 1,550; Cachet, 2,610; Arenales, 3,440, por el oeste; Pico Sur, 2,190; Jeinemeni, 2,600; Punta del Sur, 2,195; Zeballos, 2,680; Sello, 1,820; Lago Vía Láctea, 1,465; Toldería, 1,476, por el sur; y hay otros que carecen de nombre y tienen la altitud concordante, siendo todos ellos verdaderos manantiales que envían al lago su caudal por los ríos y arroyos, conductos que desembocan con él.

Los ríos y arroyos que desembocan en el lago son 42, sin contar los afluentes de éstos, algunos de ellos caudalosos: Río Bertrand, Soler, Delta, Murta, Engaño, Resbalón, Avellanas, Ibáñez (el cual, según el señor Platen, subió cuatro metros en 24 horas, y tiene 31 afluentes); Hormigas, Fénix, Antiguos, Jeinemeni, Nieve, Parado, Bosque, Mulas, Chorrillo, Peñascoso, Lechoso, Henul, Salto, etc.

El lago y su apéndice, desde el punto en que nace el Río Baker hasta el punto próximo al meandro del Fénix donde debe nacer el canal que va al Atlántico, tiene 180 kilómetros de largo. Desde este punto hasta Comodoro Rivadavia o a Bahía Sin Fondo, hay una distancia de 275 kilómetros. Desde el nacimiento del Baker hasta su desembocadura en el Pacífico hay 195 kilómetros.

Sección oeste del canal.—A través de la puerta que mantienen abierta las alturas citadas, sale el Río Baker del Lago Bertrand en forma de torrente con una anchura de 140 a 150 metros, próximamente, en su cauce.

En esa portada debemos construir un dique de grandes proporciones empotrado en los cerros y en la base de granito, con profundidad debajo de su cauce hasta que se encuentren blo-

ques graníticos, sin fallas, compactos, en concepto de dar seguridad indispensable a obra de tal magnitud. Este dique debe tener la elevación suficiente para que su altitud guarde nivel con el meandro del Fénix, de donde debe fluir el agua para alimentar el Canal del Este, es decir, que su elevación sobre la base firme del nacimiento del Baker debe ser de 273 a 278 metros. Los progresos que hoy han alcanzado las mamposterías no admiten dudas para el éxito: se ha modificado la teoría de las resistencias; se ha calentado arena con vapor, lo mismo que el agua, cuando la temperatura baja de cero. Los trabajos que quedan pendientes se abrigan con cobertores, y a la mañana siguiente se lavan las superficies de las mamposterías con chorros de vapor. Las obras hidráulicas de hoy en día han superado en volumen a las de los arenales del Egipto. (1)

El lago da una cota de 222 metros en la salida del agua para el Río Baker, y en la orilla oriental su nivel varía entre 217 hasta 227 metros.

Construído el dique en el nacimiento del Baker, deben adosarse a él la primera o las primeras esclusas según las dimensiones que se les determine.

El canal que se construya por el cauce del Baker necesita alimentación del Lago Buenos Aires, recibiendo las primeras exclusas directamente del lago por el coronamiento del dique, hasta que pueda proveer a su alimentación el canal lateral alimentado por los afluentes del Río Baker, que son: el Río Nef, el Río de la Colonia, y el de los Ventisqueros por la margen derecha; y el Río Chacabuco, el Río y el Lago Cochrane, Río del Salto y Tranquilo, el de los Nadís y el Vargas Bravo, por la margen izquierda.

En el curso medio del Río Baker tenemos una segunda serie de exclusas en escalinata o gradación, de menor importancia que la primera.

Este Río Baker, según los peritos que lo han recorrido en su curso inferior, tiene en parte 12 brazas de profundidad y, en sus últimos 75 kilómetros puede navegarse con embarcaciones de cinco piés de calado.

Será pertinente en este capítulo traer a la memoria la recomendación sancionada por el Congreso Internacional de Navegación Interior de Milán, que entre otras, contiene la conclusión siguiente:

«1. Las exclusas son los ingenios más simples y más robustos para franquear las cascadas de los canales, etc.»

El lago Buenos Aires y el Bertrand.—Coloquémosnos por un momento encima del dique, que tiene adosada la alta

(1) *El Dique de San Roque*, páginas 74 y 75, por A. Rodríguez del Busto.

exclusa a nivel de la superficie de los Lagos Buenos Aires y Bertrand,-y supongamos, también por un momento, que podemos recorrer su superficie, cubriendo sus márgenes de ayer y lamiendo las pendientes de aquellas altas montañas que rodean el espejo donde se reflejan las altas cumbres de los Andes con cabelleras níveas, tales como el San Clemente con 3,870 metros y el Arenales con 2,440 metros de altitud, y otros de 3,090 metros, 3,100 metros, etc., que forman el cerco, y a poco que meditemos ha de ocurrírsenos que los 2,000 kilómetros cuadrados de la superficie del Lago Buenos Aires y los 100 kilómetros del Lago Bertrand se habrán extendido en un 20 por ciento por las pendientes de las márgenes que habrá ocupado el agua, y fácilmente se ensanchará la superficie del lago a 2,400 kilómetros cuadrados por la elevación de 280 metros en la superficie.

Consideremos después este volumen de agua puesto al servicio de estos canales, uno desde el lago mismo a Comodoro Rivadavia, en el Atlántico, arrancando de la exclusa próxima al meandro del Fénix, donde debe fluir el lago sobre tierra argentina, que cruzará desde próximo a los cañadones que siguen al citado meandro, hasta Bahía sin Fondo o Comodoro Rivadavia, en una extensión de 295 kilómetros lineales; y el otro desde el extremo sur del Lago Bertrand hasta la desembocadura del Río Baker en el Golfo de las Penas en el Pacífico.

El lago tiene, desde el nacimiento del Río Baker hasta el meandro del Fénix, 180 kilómetros de extensión; y el canal que se construya en el cauce del Río Baker, 195 kilómetros, que es la poligonal del río, medida por los peritos chilenos, desde su nacimiento hasta su desembocadura.

La sección del Canal del Este o del Atlántico.—La traza del canal que arranca de la primera exclusa del este del Lago de Buenos Aires, y que debe fluir en ese punto por el territorio argentino una vez que se hayan realizado las obras del dique en el lado occidental, serán iniciadas, por el primer tramo del canal navegable hacia el este y al mismo tiempo por un canal lateral de alimentación. A este canal, que tendrá gran caudal sacado del Lago Buenos Aires por la cota ya citada próxima al meandro del Fénix, afluirán: el curso superior del Deseado, el curso inferior del Fénix y el Senguer, cada uno con su escaso caudal. A distancias convenientes, el canal de alimentación deberá tener depósitos de reserva que puedan proveer oportuna y eficazmente al canal de navegación.

Las exclusas deben ser calculadas detenidamente durante el trazado, consultando las protuberancias que tiene la región. La traza debe seguir paralelamente al cañadón del Río Deseado, y cruzar el Río Aurquegueguel. Después de este cruce, la traza debe dirigirse al este, en línea paralela con el arroyo sin nom-

bre, acercándose al Río Deseado hasta el extremo este de dicho arroyo, en cuyo punto se bifurca y pierde su dirección al este. El terreno de esta parte de la Patagonia argentina tiene, en todo el trayecto, algunas protuberancias que necesariamente el trazado debe evitar.

Antes de acercarse a la costa hay en la línea que vamos siguiendo una elevación o cordón que se dirige de sudoeste a nordeste, desde su intersección con la sierra que va hacia el sur desde el sudeste de Colhué, se dirige al noreste, pasa al Poniente de Comodoro Rivadavia, y el intermediario entre dicho puerto y el derrame del Lago Colhué que forma el Río Chico.

Después, próximo a la costa del mar, encontramos algunas elevaciones y algunos cerros sin conexión, que se salvan con facilidad.

Desde el punto en que nos separamos del arroyo sin nombre, el rumbo se varía dirigiendo la traza hacia el este, cuarta al noreste con el objeto de pasar por la abertura de la sierra que toma al noreste y se dirige paralelamente al cordón o levantamiento de terreno que, como dije antes, está al oeste del pueblo Comodoro Rivadavia.

Una vez pasada la traza al naciente de la sierra, debe dirigirse hacia Comodoro Rivadavia o a Bahía Sin Fondo, porque en ambos casos se deja al poniente el levantamiento ya citado, y en cualquiera de los dos casos descenderá la traza mas moderadamente, dirigiendose a Rivadavia, ya colocados entre el levantamiento de que hice mérito, puesto que el terreno tiene allí su desnivel hacia el oriente y al noreste, o sea la costa del mar.

A. Rodríguez del Busto.

Guerra Junqueiro como poeta nacional.—En la Basílica da Estrela, erigida por una reina portuguesa en acción de gracias por haber logrado un sucesor a la Corona, ha estado depositado el cadáver de Guerra Junqueiro. En la nave marmórea de la Basílica, solitaria las más horas del día, el féretro, cubierto por una gran bandera portuguesa y a los lados del cual hacen guardia los estudiantes con sus negras capas académicas, produce una honda emoción en que se mezclan muchas cosas. Aquel catafalco no es sólo el de un gran poeta, el del poeta civil del Portugal en el siglo XIX, también es el de un generación y el de una época.

Los periódicos de Lisboa han censurado que en los turnos que velan al cadáver del autor de *Patria*, no se haya visto a los escritores afamados ni a los hombres políticos importantes. Los turnos para la guardia de honor del cadáver los han dado los estudiantes, los periodistas, los bomberos, los soldados de la

Guardia republicana. Esa misma censura, que se repite en los periódicos lisboetas, es una señal de la inmensa popularidad de Junqueiro. No creo que hubiese en la exposición de los restos de Víctor Hugo, ni en la de los Castelar, los turnos de personajes políticos o literatos que han echado de menos los periódicos lusitanos; pero estoy muy lejos de censurar su entusiasmo. El culto de los grandes hombres honra a los pueblos. Es una señal de conciencia. Con todo, los homenajes tributados en las Cámaras al poeta, y el decreto declarando nacionales las exequias de Guerra Junqueiro, indican que el mundo oficial no ha estado insensible o indiferente ante el duelo nacional.

*
* *

Guerra Junqueiro había entrado ya en la historia. En cierto modo se sobrevivía a sí mismo. Era el último del grupo de los *vencidos de la vida*, y el último también de la constelación de los cinco (Ramalho Ortigao, Eça de Queiroz, Oliveira Martins, Antero de Quental y Guerra Junqueiro), que fueron en Portugal los directores espirituales de una generación, un especie de Gobierno de la inteligencia, aunque de ellos el único que llegó a gobernar, y sin grandes resultados, fué Oliveira Martins. A este grupo añaden algunos, dos nombres para formar un septenado; el de Teófilo Braga, el eminente historiador de la literatura portuguesa, que vive aún, muy avanzado en años, y el de Camilo Castelo Branco.

Conservaba Junqueiro en sus últimos años despierta la fantasía y la inteligencia; trazaba proyectos literarios; pero ya, por la debilidad de su memoria, había dejado el verso, y se ponía a escribir en prosa una obra que fuese como su testamento literario. Sus últimos libros: *Poesías dispersas* y *Prosas dispersas* son recopilaciones de trabajos, escritos con bastante anterioridad, algunos de ellos corregidos o expurgados con arreglo a la evolución que se había ido operando en el espíritu del poeta, el cual, en la vejez, sin abjurar de sus ideales de juventud, quiso templar sus estridencias. Así en *O Sacre Coeur*, el primero de los trabajos en prosa compilados en *Prosas dispersas*, corrigió el primitivo texto, y declaró en una nota que confesaba haber sido muy injusto con la Iglesia en su famoso libro *O velhice do Padre Eterno*. Junqueiro, como Oliveira Martins, Eça de Queiroz y Ramalho Ortigao, murió reconciliado con la Iglesia. Por eso es menos chocante el contraste que ofrece el ver el féretro del poeta, un tiempo volteriano, que había descrito la Iglesia del Sagrado Corazón, de Montmartre, como una fortaleza bizantina, desde la que la Iglesia desafiaba a la Revolución, depositado en otra basílica, consagrada también al Sagrado Cora-

zón, y en que los cándidos pinceles de una infanta brasileña trazaron una alegoría de esta advocación religiosa.

*
* *

El poeta moderno con quien tiene mayor relación y por quien está mas influído Guerra Junqueiro es Victor Hugo. Eça de Queiroz, en el capítulo que consagra a Víctor Hugo en sus *Notas contemporáneas*, dice que en su generación literaria nadie se impregnó de Hugo, «a excepción del poeta, hermano de Juvenal, que escribió *La muerte de Don Juan.*» El entusiasmo de Junqueiro por Hugo se desborda en la composición *Divino Hugo,* coleccionada en *Poesías dispersas:*

Em Hugo adoremos, a flor da Poesia.
A mistica flor.

.....

El Hugo portugués podría llamarse a Guerra Junqueiro por la afinidad ideológica y sentimental con el vate galo, por la grandeza de su verba poética y por la influencia social que ejerció en su país. Sin llegar a la altura de Hugo, es de los poetas latinos modernos, de los poetas de la Romanía, el que mas se le aproxima, y es justo añadir que Junqueiro tiene notas y acentos muy personales. La expresión de Eça de Queiroz, «hermano de Juvenal,» es certera. En *A Patria*, en *A velhice do Padre Eterno*, en *A morte de Don Joao*, brota un poderoso verbo satírico, cuyas palabras y cuyas imágenes vuelan agudas como saetas.

Lo sorprendente y lo que califica la riqueza y amplitud de la musa de Junqueiro es cómo se juntan y acomodan, con la grandiosidad épica y el vigor satírico, la suavidad del lirismo portugués, el sentimiento de la naturaleza y el amor a lo frágil, a lo tierno, a lo pequeño. El poeta que lanza contra Inglaterra la imprecación de profeta de Israel, del poema comprendido en *Finis patriæ;* el autor de los maravillosos tercetos de Nun'Alvares, y de la grandiosa evocación de Portugal que hace *Astrologus* en *Patria*, al explicar quien es el loco, escribió versos llenos de sencillez y de ternura en *Os simples*. A veces tiene la expresión ingenua de los primitivos:

Dormian virginaes as cousas mansas
Os rebanhos e as flores; as aves e as crianças.

Diríase que es la voz remota de nuestro González de Berceo la que pronuncia ese pareado, para comenzar con él la relación de algún amable milagro de Nuestra Señora.

*
* *

Junqueiro fué el poeta civil de Portugal en el siglo XIX. Fué el eco poético del pueblo en el momento del conflicto con Inglaterra, de donde acaso arranca espiritualmente la revolución. En *Finis patriæ* y en *Patria* clama con cierto aliento profético la voz del poeta, respondiendo al sentimiento nacional. Puede haber, seguramente hay, injusticias en estos libros, y se ha dicho que el autor pensaba suprimir del segundo algunos ataques al Rey don Carlos; pero debe considerarse que un poeta no es un historiador, y que en los momentos en que un pueblo se siente vejado y atropellado por el extranjero y no defendido por sus pastores, no se le puede pedir la ecuanimidad serena que busca el fiel en la balanza de la justicia.

Sin ser el más portugués por las cualidades estrictamente literarias, entre los poetas lusos del siglo XIX, Junqueiro se alza entre ellos como el poeta nacional, por haber acertado a interpretar el alma colectiva en momentos decisivos de la Historia. Nadie mas autorizado que él para dirigir a los soldados portugueses que marchaban a las trincheras de Francia, aquella vibrante alocución que apareció en el periódico *A Patria* en 1917, y que va acompañada del Padrenuestro patriótico, dirigido a los portugueses que se quedan en la tierra natal.

*
* *

Acaso echará de menos el lector la comparación de Junqueiro con los poetas españoles del siglo XIX. Grandes líricos hemos tenido en ese período, pero no se parecen a Junqueiro. Quintana, que puede aspirar al título de poeta civil y que mereció se resucitase en su honor la ceremonia renacentista de la coronación de los poetas, tiene una serenidad clásica opuesta a la pasión y al fuego de Junqueiro. Zorrilla fué el poeta de la tradición; Núñez de Arce, poeta civil a sus horas, como en los *Gritos del combate*, lo fué de una manera episódica y prefirió para sus poemas los asuntos extranjeros a los nacionales, como se ve en *La última lamentación de lord Byron* y en *La visión de fray Martín*. Las cuerdas de bronce de la lira civil no fueron las predilectas de nuestros poetas novecentistas.

E. Gómez de Baquero.

Al margen de un nuevo libro.—Don Benjamín Muñoz Gamero.—Acaba de publicarse, por la Imprenta Universitaria, y, desgraciadamente, con solo una tirada de doscientos ejem-

plares, la relación del apresamiento y escapada del capitán don Chas H. Brown del poder de los penados chilenos.

Esta obra, publicada en Boston en 1854, ha sido traducida y anotada por el señor don José Toribio Medina, y es un relato muy interesante de la sublevación, habida en Magallanes el año 1851, de la que fueron víctimas el Gobernador y el Capellán de esa Colonia.

Pero el autor de la obra no dedica en toda ella, sino muy pocas líneas para decirnos quién era ese Gobernador.

Su calidad de extranjero (de paso solamente en Chile) lo excusa de este olvido y explica que, refiriéndose a ese funcionario, diga solamente: «El Gobernador Gamero tenía el grado de capitán del ejército de Chile; su nombre: Benjamín Muñoz Gamero. Más tarde oí hablar de él como de un hombre de hermoso carácter y de excelente juicio» (y algunas otras líneas diciendo que era un buen gobernante, etc., etc.). Nada más.

Del Padre Acuña (el Capellán) expresa que poco puede decir; pero que el respeto que le profesaban las mujeres de la colonia hablaba bien claro en su favor.

Refiriéndose a los últimos momentos de estos dos personajes, expresa que no dieron señal alguna de miedo.

Por su parte el traductor de la obra, en su anotación N.º 15, expresa que cree que el Padre Acuña debía ser conventual de algún Monasterio del sur; pero no amplía los pocos datos que sobre la personalidad del Gobernador nos suministra el autor.

Nos explicamos perfectamente esta omisión del señor Medina; pues él es un historiador eminente y no puede suponer que sea desconocida de los lectores la personalidad de don Benjamín Muñoz Gamero.

Sin embargo, en este país del olvido, es conveniente agregar algunos datos biográficos del funcionario modelo que sacrificó su vida en aras de su deber.

Si también los tuviéramos del Padre Acuña los daríamos de igual manera; pero, desgraciadamente, muy poco se sabe de él, lo que, naturalmente, no resta nada a su probado valor y corrección de procedimientos. El Capellán pasará, pues, a la historia en poco más que en la calidad de «héroe desconocido», calidad que hoy se realza y ennoblece en todos los países civilizados con monumentos dedicados, con justicia, a perpetuar la memoria de los héroes anónimos.

Don Benjamín Muñoz Gamero fué biznieto del Conde de la Conquista, don Mateo Toro Zambrano.

Su abuela, doña Mariana Toro de Gamero, era la esposa de don Marcos de Alonso Gamero, Director del Estanco (uno de los primeros puestos del país durante la Colonia), y madre

de esos dos valientes oficiales que rindieron valerosamente su vida por la independencia de la patria.

El Gobierno, en recuerdo de estos héroes, mandó colocar una corona de oro en la puerta de calle de la casa de su madre y dió el nombre de ellos a la plaza que antes había al final de la calle del Dieciocho.

El padre del Gobernador de Magallanes fué don Manuel Muñoz Urzúa, miembro de la primera Junta de Gobierno y personaje de gran figuración en los primeros años de nuestra vida independiente Su madre era la señora doña Tomasa Gamero y Toro de Muñoz Urzúa.

El hogar de la señora Gamero de Muñoz fué un centro de reunión de los intelectuales de su época, adornado por su interesante hija doña Mercedes, que casó más tarde con el conocido médico francés don Camilo Bordes. Don Andrés Bello era de los tertulios habituales, y en la colección de sus poesías existen unas bellas estrofas dedicadas a doña Mercedes.

Todo lo anterior es lo que sabemos (y no es poco) respecto de la genealogía de don Benjamín Muñoz Gamero.

Nos falta todavía dar a conocer al que, de tan alta alcurnia supo a ella ajustar todos los actos de su vida y no fué solamente un capitan (un capitan cualquiera, de bellísimo carácter y de excelente juicio).

Pero antes de hacerlo debemos rectificar al autor de la obra a que nos referimos: El señor Muñoz Gamero no perteneció nunca al Ejército.

Según el Diccionario biográfico de Figueroa, «fué él un distinguido marino y escritor. Nació en Santiago en 1820 y obedeciendo a impulsos de su carácter, ingresó en la Academia Militar en 1834. En 1838 se incorporó en la marina-militar, en calidad de guardia-marina. Hizo las dos campañas contra la conferación Perú-Boliviana, en 1838 y en 1839, a bordo del Aquiles, haciéndose notar por su valor y su vizarría y mereciendo el ascenso al grado de teniente segundo. Asi mismo fué nombrado comandante del bergantin Janequeo. En 1842 fué ascendido al grado de teniente primero de la armada y enviado a perfeccionar sus conocimientos en la marina de Inglaterra. Se distinguió por su pericia de marino en el mando de la goleta Victoria, de la armada británica haciéndose acreedor a recomendaciones oficiales del Ministro británico en Valparaiso, Mr. Thomas, por una comisión especial que desempeñó satisfactoriamente. Hasta 1844 permaneció en la escuadra inglesa, regresando al país en posesión de estudios y de un experiencia sumamente recomendables. Con los conocimientos prácticos y teóricos, que adquirió en materia de navegación, escribió un Diccionario Naval, que publicó en Valparaíso en 1849. Nom-

brado comandante del Queche Magallanes, se dirigió a la colonia del Estrecho a desempeñar comisiones encomendadas a su labor. En 1845 fué ascendido al grado de capitán de corbeta y nombrado comandante del Janequeo, en el que realizó varios viajes de estudio por las costas del país. En 1848 fué nombrado comandante del transporte Confederación y estuvo al servicio de la colonia de Magallanes. En 1849 se le comisionó para explorar la región austral entre Chiloé y Valdivia. Hizo estudios especiales de la zona comprendida entre el Reloncaví y el lago Llanquihue, como asimismo los ríos Peulla y Petrohué. Al lago Todos los Santos, lo denominó Esmeraldas por el color verde de sus aguas. Con las observaciones de su viaje de exploración y estudio, que llevó a cabo con esfuerzos y sacrificios considerables para vencer la naturaleza agreste de esos parajes, escribió un Diario, en el cual consignó la solución de problemas geográficos que más tarde se han comprobado. Rectificó errores en que incurrió don Claudio Gay en su plano de Valdivia. En 1850 publicó una parte de su relación de su viaje en el Araucano, diario oficial de esa época. Don Nicolás Anrique, de quien tomamos todos estos datos, dice en la introducción del diario, que por primera vez publicó en 1893, que esta obra es un estudio científico completo de aquella región y de la mencionada exploración. En 1850 fué promovido al grado de capitán de fragata graduado en 1851, fué nombrado, por el Gobierno del general Bulnes, Gobernador de la colonia de Magallanes. Su labor fué de constante trabajo y estudio en su delicado puesto. En los Anales de la Universidad, se publicaron en 1852, las observaciones meteorológicas que hizo en ese período, con el título de *Clima del Estrecho de Magallanes*. Muñoz Gamero era profundamente ilustrado en los idiomas aborígenes de las tribus australes y dejó inconcluso un Diccionario Patagónico como recuerdo de sus conocimientos lingüísticos».

Nada necesitamos, pues, agregar para realzar la figura del pundonoroso e inteligente marino de que nos ocupamos.

El señor Muñoz Gamero, (que dicho sea de paso es tío carnal del recién fallecido Almirante don Joaquín Muñoz Hurtado) rindió su vida en acto del servicio.

Al que estas líneas haya leído no dejará de extrañar sin embargo el puesto en que le tocó hacer el sacrificio de su persona.

La explicación nos la dá la historia de nuestra vida política de aquel entonces.

Montt y Cruz se disputaban la presidencia de la República. La familia casi entera de Muñoz Gamero simpatizaba con Cruz (su madre, dice Vicuña Mackenna, fué una de las setenta y cinco señoras de Santiago que acompañaron a doña Mercedes

Fontecilla de Carrera en su visita al general Cruz, cuando éste vino a la capital).

Su hermano don Manuel era también contrario a Montt.

Don Benjamin debía optar entre los lazos de la sangre y su deber de militar; y no es raro, pues, que, colocado en ese disparadero, optase por sacrificar la ascensión en su carrera aceptando el puesto de Gobernador de la Colonia de Magallanes, (que él no podía suponer que se convertiría más tarde en colonia penal, ni menos que ahí se enviarían desterrados políticos) en la esperanza de estar así alejado de las luchas de partido y prestando un servicio a su país, organizando la administración de ese territorio cuyas riquezas presagiaban un halagüeño porvenir.

El trabajo, que en su puesto desarrolló, comprueba sus buenas intenciones; pues, bajo su administración, la colonia adelantó mucho, se construyeron buenos edificios y se regularizaron los servicios con los escasos medios con que el Gobernador pudo contar.

Desgraciadamente, en medio de todas estas actividades, la sublevación, encabezada por Cambiazo, echó por tierra todos sus planes, y el Gobernador, fusilado por orden de éste, fué quemado en la plaza pública.

Así terminó, victima de la traición de un subalterno, al que el Gobernador había invitado a su mesa el mismo día del levantamiento, la vida del jóven aristocrático y de hermosa presencia, del hombre de ciencia y del literato distinguido que iba en camino cierto de ser una de las glorias más puras de nuestra armada nacional.

¡Sic transit gloria mundis!

Es cierto que actualmente en nuestra escuadra hay un pequeño buque que se llama «Muñoz Gamero» y no lo es menos que en Punta Arenas, una plaza lleva su nombre, pero no es menos cierto tambien que aquí en Santiago, pocos recuerdan ya el nombre de ese marino.

La corona de oro que el gobierno O'Higgins ordenó colocar en la casa de doña Mariana Toro de Gamero tampoco existe porque esa casa, que hasta hoy está en pié, (calle de Merced) ha pasado a otras manos y está ocupada en los altos por su propietario, señor Mandiola, y en los bajos... por una tienda de trapos!!

En la plaza de los Gameros se edificó durante la presidencia de don José Manuel Balmaceda, la Escuela Militar, sin dejar allí ni siquiera una placa que recordara el nombre de estos héroes a las nuevas generaciones.

Todo tiende, pues, al olvido de acciones heroicas y de ciudadanos esclarecidos. El mismo apellido Gamero se extinguió en

Chile; pues, todos los hombres de esa familia rindieron su vida en la guerra de la independencia.

Protoplasmo.—La Biología ha demostrado que los cuerpos de los hombres, de los animales y de las plantas están formados por células cuyo contenido es la esencia vital. Una célula es una unidad, una porción de protoplasmo con un núcleo, «la base física de la vida», según la opinión de Huxley, porque ella se encuentra en todas las células, con las mismas cualidades físicas, con la misma composición química y con las mismas propiedades de movimiento, sensibilidad nutrimiento, crecimiento y reproducción.

Huxley reconoció que todo protoplasmo no es idéntico, que difiere de individuo a individuo, de especie a especie; pero él y sus contemporáneos aceptaron el principio general de que el protoplasmo forma la base común de la vida, cuyas propiedades son debidas a la concertada acción de las moléculas de éste, así como las propiedades del agua son debidas a la concertada acción de las moléculas químicas que la componen. En las mentes de estos biólogos existía la idea de que si la proteina, la sustancia química de la clara de un huevo, pudiera producirse sintéticamente, la Ciencia estaría cercana a la producción artificial de la vida.

Aunque hoy parece menos sorprendente que el protoplasmo manifieste las varias propiedades que constituyen la vida, la posibilidad de su síntesis artificial no está más cercana. El protoplasmo no se considera como una simple y homogénea sustancia; es una mezcla de varias sustancias, el centro de varias y continuas transformaciones químicas, aunque cada porción ha mantenido y mantiene su propio tipo especial. Debemos considerar varios protoplasmos en lugar un protoplasmo único y cada tipo con su propia histórica estructura y su propia variada composición. La célula viviente es en sí misma un organismo complejo, un microcosmo, un sistema vivo.

Las bases físicas de la vida no se pueden considerar como un simple plasmo. En primer lugar, es lo que se denomina sistema colodional y el gran avance en la química y la física de los colodiones demuestra que varias de las propiedades de la materia viviente deben explicarse por las condiciones de éstos. La vida de la célula es una propiedad de todo el sistema, dependiente de la totalidad de las fases de dicho sistema.

Además, se sabe hoy que la célula contiene un mayor número de partes arregladas de una manera que bien puede describirse como una construcción histórica. El núcleo mismo está formado por un número de componentes en la forma de hilos

y el procedimiento de la división de las células demuestra la existencia de una máquina elaborada para asegurar una conveniente distribución no solamente de la masa del núcleo, sino de la de cada distinto componente. Sin embargo, parece probable que esta visible estructura no es más que una áspera expresión de una más fina estructura que está fuera del alcance del microscopio.

Los detalles de las transmisiones hereditarias dependen del arreglo y la acción de unidades materiales infinitesimales, cada una por medio de crecimiento y división. Parece cierto que estas unidades tienen un determinado número, separadas por intervalos definidos y arregladas en series; pero además del núcleo hay otros cuerpos en las células que parecen perpetuarse por procedimientos similares de divisiones y sub-divisiones.

La estructura del protoplasmo es semejante a un panal de abejas y es expresión visual de la presencia de numerosos cuerpos más diminutos y esparcidos en la homogénea sustancia. Cuanto mayor es el poder del microscopio, más numerosos son los cuerpos que aparecen visibles y el ultra-microscopio ha demostrado la existencia de partículas protoplásmicas suspendidas y demasiado pequeñas para ser visibles directamente, pero denunciándose a sí mismas por medio de coronas cuando son vistas por el reflejo de una luz poderosa.

Además de su composición física y química, cada porción de protoplasmo viviente tiene una larga historia cristalizada en su estructura y probablemente fuera del poder de una producción artificial. Los nuevos conocimientos acerca de la naturaleza del protoplasmo hacen más aceptable el principio general de Huxley, que las cualidades de la vida dependen de la estructura y la composición del protoplasmo.

Observaciones.—De acuerdo con los recientes descubrimientos acerca de la naturaleza de los átomos de la materia, el protoplasmo, como todas las formas materiales, está constituido por sistemas eléctricos, con un núcleo, electricidad positiva, y electronos, electricidad negativa, girando a su alrededor, como sistemas solares. El es, por tanto, energía elétrica o, segun la autorizada opinión de Sir Oliver Lodge, «un arreglo enérgico en el éter del espacio». Pero la energía vital es esencialmente distinta, puesto que es directiva, sensible i reproductiva. En su forma unicelar, Protozoa, el protoplasmo es considerado inmortal, porque no tiene cuerpo y sólo desaparece accidentalmente.

ABELARDO ALDANA,
Cónsul de Chile.

El desconocimiento de la literatura hispano-americana en Francia.—DIFUSIÓN DE LAS LETRAS FRANCESAS.—FALTA DE INTERCAMBIO Y PROPAGANDA POR PARTE DE LOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS.—UN JUICIO SOBRE BENAVENTE.—José Francés, el culto e inteligente crítico, cronista y novelador español ha dicho en un artículo suyo, aparecido en un periódico de Madrid: «Salvo una minoría insignificante, todos los escritores, todos los artistas españoles piensan en Francia con amor, con respeto y con entusiasmo...»

Yo no dudo de lo aseverado por José Francés, y aún más, creo que en España y también en América se sigue paso a paso el movimiento intelectual de Francia. Las obras de sus dramaturgos, novelistas, poetas, pensadores, transpasan los Pirineos y surcan los mares y se difunden rápidamente en toda la península Ibérica y en los países americanos, y no sólo se difunden, sino que se traducen a la lengua castellana, se leen y se estudian. Basta ver los periódicos y las revistas de España y América, o simplemente un catálago de alguna casa editorial, para comprobar cuán grande es la circulación que en dichos países tienen los valores literarios y artísticos franceses.

Sin embargo no pasa lo mismo en Francia con respecto a las letras hispano-americanas. El desconocimiento allí es profundo en esta materia. Sólo algunos autores clásicos, — Cervantes, Lope de Vega, Sta. Teresa, Quevedo, Calderón y algunos pocos más,—han logrado pleno dominio entre los franceses, a pesar de que sus obras al ser traducidas, pierden, como facilmente se comprenderá, aquello por lo que entre nosotros son más estimadas.

A los modernos y contemporáneos se les ignora, casi en su totalidad, salvo a algunos como Rubén Darío, Blasco Ibañez, Gómez Carrillo y otros, que han vivido largas temporadas en tierra francesa, que han editado allí muchas de sus obras y que han llevado la vida intensa, agitada y febril de los intelectuales parisienses.

¿Y el resto, todos esos artistas y escritores talentosos, vibrantes, vigorosos, que han producido España y América?—Estos son los ignorados.

Y ¿por qué? ¿Es qué en Francia no se aprecia su labor? ¿Es que no se les reconoce méritos suficientes, es que creen que el arte en España está en decadencia y América, sumergida aún en su sueño colonial?

—No es precisamente, por eso. Se les desconoce porque falta el espíritu de propaganda, y los frutos de toda esa pléyade de artistas jóvenes rara vez salen del país donde germinaron.

Un ejemplo desmuestra bien claramente lo que vengo afirmando, se desprende de la carta que más adelante trascribo y

que dirigió hace algún tiempo, Ephrem Vincent a Enrique Gómez Carrillo.

Vincent, eminente crítico francés, publicaba mensualmente en el «Mercure de France» interesantes estudios sobre literatura española contemporánea. En uno de estos estudios dió a conocer uno de los libros de Gómez Carrillo, y éste, en agradecimiento, escribió una crónica amable pero talvez indiscreta para el crítico, en la que le daba a entender que desconocía a muchos de los escritores españoles.

A lo que Vincent, respondió:

«Ud. dice que no conozco a Valle Inclán y a algunos jóvenes. Sin duda, ignoro a muchos y lo siento en el alma, pero ¿dónde encontrar aquí sus obras? Diga Ud. a sus amigos y compañeros que me envíen sus producciones a la redacción del «Mercure de France» para poder hablar de ellas. En Paris deseamos ver a la España joven, modernista y vibrante, y olvidar a la vieja caduca y académica».

Esta carta sincera y expontánea viene a comprobar que ese amor de que habla José Francés, es recíproco y que si no se ha acrecentado es debido a que faltan lazos intelectuales de unión entre esos dos países hermanos de raza.

Hay, sin embargo, algunos periodistas y hombres de letras españoles y americanos, que se han impuesto la muy noble tarea de estrechar estos vínculos, que la indolencia de muchos, amenaza debilitar o destruir.

Tenemos entre ellos a P. Emilio Coll, periodista hispano, que en sus *Lettres d'Amerique* estudió las personalidades de Lugones, de Darío, de Díaz Rodríguez, de M. Eduardo Pardo y muchos otros.

A Ventura García Calderón, talentoso escritor peruano, fundador de la *Revista América*, que se edita en París, y que ha dado a la publicidad numerosas semblanzas de intelectuales jóvenes franceses y españoles.

A nuestro compatriota, don Francisco Contreras, poeta y propagandista de positivo mérito, autor de obras tan útiles e interesantes como «Les écrivains contemporains de l'Amerique Espagnole,» «Le Chili et la France,» «Les écrivains Hispano-Americains et la guerre europeenne,» etc., etc.

Todavía hay otros: el ya citado Gómez Carrillo, Gonzalo Zaldumbide, F. Garcia Godoy, Tulio M. Cestero, Augusto Thompson, etc., pero las labores de estos fervientes patriotas y americanistas no bastan para despertar el entusiasmo de la gran masa extranjera. Es preciso que los propios autores propaguen sus obras gratuitamente, que las envíen a aquellos centros en donde se labora por la difusión de lo bello, sin egoísmo y sin partida-

rismos de ninguna especie, ya que el arte no reconoce ni pabellones ni fronteras.

Es curioso y no deja de tener relación con lo que he expuesto anteriormente, un artículo aparecido en «Les nouvelles litteraires, artistiques et scientifiques» de París, en el que Jean Cassou emite un juicio singular acerca de la personalidad de don Jacinto Benavente.

«El premio Nobel de literatura,—dice—ha sido otorgado este año a un español: Jacinto Benavente, (y no Amacinto, como toda la prensa francesa lo repitió al copiar al pie de la letra un telegrama mal ortografiado.)

«Esta elección no causará protestas, porque no se puede negar que Benavente es un escritor y un dramaturgo. Pero habría sido de desear otra designación.

«El público francés instruído, que no conoce de la literatura española actual más que las novelas de Blasco Ibáñez y que mañana conocerá las piezas de Benavente, no tendrá ocasión de modificar la opinión que hoy pueda formarse de su literatura...

«La primera obra de Benavente, «El nido ageno» data de 1894. Después su producción ha sido fecunda y variada. Ha escrito comedias de todo género: sátiras sociales, dramas psicológicos, fantasías poéticas.

«El diálogo de Benavente es fino, agudo, sensible.

«No hay que equivocarse: se trata, lo repito, de un escritor.

.....

«Su vida ha sufrido censuras y ataques soportados con un cinismo y un valor a lo Oscar Wilde. Actualmente, cansado de sus compatriotas ha abandonado España y vive en el extranjero. La distinción que acaba de obtener, permitirá a este hombre, que siempre ha puesto el arte por encima de todo, entrar triunfante a su patria.

«Unicamente es de lamentar que sus obras, hechas con cuidado, delicadeza e inteligencia, no hayan pasado nunca de cierto nivel de mediocridad.»

¿.....?

De este ligero juicio se desprende que la gente culta de Francia,—inclusive Jean Cassou—desconoce en absoluto a Benavente, no obstante haber traducido y adaptado López Lapuya, a la escena francesa algunas de las obras del ilustre comediógrafo. Entre otras, «El marido de la Téllez.»

Y yo me pregunto: ¿Es que en Francia no se quiere bien a don Jacinto? Es probable...

Cuando El Caballero Audaz entrevistó a Benavente, durante la última guerra, don Jacinto dijo, entre otras cosas: «Soy germanófilo antes, ahora y después de la guerra.»

ISIDORO VÁSQUEZ V.

Programa de educación sexual.—A pedido de un Rector de un Colegio Nacional de la C. Federal, redacté el siguiente programa de educación sexual integral, cuyos fundamentos dí en otra ocasión.

Generalidades.—1) Razón de su inclusión en el programa de Higiene.—Necesidad de la misma luz de la moralidad verdadera.—Prejuicios que han retardado su inclusión en los programas de estudio.—Sin razón de los mismos frente a la necesidad de velar por la salud moral individual y social.

2) La obra realizada en el extranjero y en el país.—Votos de Congresos Médicos y de Educación, nacionales e internacionales.—Opiniones autorizadas de educadores, médicos higienistas.—Labor a realizar entre nosotros.

Higiene de las enfermedades venéreas.—1) Difusión extraordinaria de las enfermedades venéreas en nuestro país.—Causas y efectos.—Importancia de este problema médico social.

2) La blenorragia.—Causas y remedios.—La sífilis.—Graves peligros que entraña para el individuo, para la colectividad y para la raza.—La herencia sifilítica.—Porcentaje de alienación por lúes en los manicomios.—Causas de la difusión de la lúes; ignorancia, desidia, prostitución.

3) Profilaxis individual.—Direcciones higiénicas en las relaciones sexuales.—Consejos a los jóvenes y a los futuros cónyugues.

4) Profilaxis social.—Higiene de las casas de prostitución.—Dispensarios anti venéreos.—La iniciativa del Estado en el extranjero.—La iniciativa particular: Fournier, Coni.—Liga de profilaxis sanitaria y moral.

El que trasmite una enfermedad venérea a sabiendas, es un delincuente.

Educación sexual.—1) La reproducción de los reinos vegetal y animal.—Nociones de embriología.

2) Evolución de la función reproductora. Leyes que la rigen. —La reproducción como aspecto del proceso de conservación. —Fenómeno natural que es necesario estudiar y no ocultar.

3) Instinto sexual. Su irradiación en la mentalidad y los sentimientos en las diferentes edades. Hipocresía sexual y pornografía.

4) Onanismo y otras perversiones sexuales.—Síntomas y daños.—Consejos médicos. Influencia perniciosa del prostíbulo y

del cabaret.—Inhibición y derivación de los deseos genésicos.

5) El respeto a las mujeres. Las funciones distintas pero no inferiores. No es un instrumento de placer sino la esposa y madre. El egoísmo sexual y el derecho sexual.—Nobleza de la unión sexual basada en un cariño integral.—El sensualismo puro y sus daños.

6) El matrimonio.—Su finalidad social y biológica; los hijos. —La vida compartida.—Inmoralidad de los casamientos por interés. La selección humana y el progreso.

Eugenia.—1) Causas que influyen favorable o desfavorablemente en la salud física y moral de los pueblos.

2) Degeneración.—Causas individuales y de orden médico-social, guerra, alcoholismo, sífilis, pestes, miseria económica, falsa educación.

Manifestaciones de la degeneración: Alienación, retardo mental, delincuencia, locura moral, estigmas físicos.—Tipos que se deben eliminar.

3) Selección racional.—Eugenia o puericultura antes de la procreación. Ideal de la Eugenia: para el mejor hombre la mujer mejor y para sus hijos el mundo.—Tipos que se deben multiplicar.

4) Grave responsabilidad moral de los genitores para con sus hijos.—Necesidad de una procreación consciente.

El máximo principio de la medicina: prevenir en vez de curar.—La Eugenia de laboratorio y la verdadera salud de la raza.

GREGORIO BERMANN

BIBLIOGRAFÍA

Fernando Santiván.—*Robles Blume y Cía.*—Novela. — Setiembre 1923.

Es un libro muy interesante que mantiene subyugada la atención del lector, desde la primera a la última página. Es la continuación de otra novela anterior, del mismo autor, pero, no es ésto motivo para que perjudique su lectura, no hace falta el conocer esos auto-antecedentes de los personages, porque éstos se destacan con razgos vigorosos, que los delinean de una manera clarísima.

La elegancia y delicadeza del estilo, especialmente en la narración del idilio entre Bernabé y Adriana —principales personages de la novela—son exquisitas y nada deja que desear la exteorización de los sentimientos de los enamorados, durante el desarrollo de la intriga; todo ello alternado con narraciones pintorescas de tipos sacados de la realidad misma, que matizan armoniosamente la narración.

El desenlace ideado por el autor, desentona completamente de la armonía general del libro: a mi modo de ver, el señor Santiván, se ha deleitado trazando con «amore» el carácter de Bernabé y queriéndole dar un relieve sobresaliente, nos lo muestra tan ingénuo, idealista y sin debilidades, que queda fuera de la realidad humana, y por lo tanto, no nos satisface. Además con esa idea preconcebida del autor, de hacer resaltar la nobleza de sentimientos y la dignidad ingénita de aquel muchacho del pueblo, hijo de sus obras, creó en Adriana un tipo de mujer enteramente imaginario! ¡No existen esas niñas de la aristocracia chilena que tengan «un pasado» que ocultar! Y, para saber esta verdad, no hace falta el haberlas observado de cerca, nó, basta con sentir el contraste de aquella indignidad, escondida por Adriana, aún a sus padres, con la filigrana de delicadezas con que el autor bordó el carácter de ella: no es posible el hermanar los ideales purísimos del alma de aquella joven con aquella mancha grosera con que salpica a esa hechura de su imaginación!

Tambien está fuera de la realidad la figura del Padre Alamiro que desempeña tan negro papel en el desenlace: se vé una intención que, debería dejarse a un lado en obras cultas como la que tratamos.

Por último, creo que, si el señor Santiván no hubiera tenido en vista el exaltar a toda costa a la clase obrera dándole para ello camino a aquel desenlace tan cruel y anti-estético, esta preciosa novelita habría terminado más naturalmente como aquella otra delicadísima de Henri Conscience, «La Tumba de Hierro» en la cual, dos seres que se aman locamente y se ven separados por las mal entendidas barreras sociales, unen sus almas con un lazo tan fuerte que ni la misma muerte tiene el poder de desatarlo.

MORA.

Jorge Gustavo Silva.—*Folleto.*—En un folleto de veinte páginas, de fácil y agradable lectura, estudia Jorge Gustavo Silva diversos aspectos del periodismo. Se refiere en primer lugar, a la técnica del diario; luego después, entra

a considerar la importancia de aviso comercial en la vida y desarrollo del diario; y concluye por señalar, en grandes líneas, las diversas categorías de periodistas.

Quince años de continuada labor periodística han dado al autor oportunidad de hacer las observaciones que ahora publica, bajo el patrocinio del Ateneo de Santiago. Así, pues, las conclusiones a que llega, aparecen abonadas por su dilatada experiencia profesional y por su espíritu observador, que ya reconoció Omer Emeth, al analizar su novela «El Doctor Leroy», diciendo que Jorge Gustavo Silva podría ser novelista cuando quisiera. Tales cualidades permiten al señor Silva no sólo tratar el tema en la forma que ha querido hacerlo, sino que le dan autoridad suficiente para considerar algunos otros puntos interesantes de la acción periodística.

De todos modos, y a propósito de esta obra, quiero exponer, aunque sea en forma general y fragmentaria, algunas cuestiones que podrían ser tratadas con acierto por periodistas de la preparación y cultura de Jorge Gustavo Silva.

No sé si me equivoque en mucho al decir que, hoy día, es innecesario detenerse a poner de manifiesto la importancia social del periódico Talvez parece más útil estudiar o analizar la forma cómo actúa esa fuerza sobre la masa y qué acción refleja va de esta masa hacia el diario. Cabría también averiguar cuál de estas dos corrientes es más poderosa; es decir, si el periódico se impone al público y en qué grado, o si el público le impone al diario sus gustos y preferencias. Sin pretender otra cosa que señalar estos puntos, voy a referirme, por vía de ejemplo, a algunos aspectos de los muchos que abarca la cuestión.

No es difícil llegar a convencerse de que el público lector de diarios se hace cada día más frívolo en sus lecturas. Ahora bien, ¿cuál es la causa de este fenómeno? ¿Reside ella en el público o en el diario? Si está en ambos factores, ¿en qué proporción corresponde a cada uno de ellos la responsabilidad del hecho? Al sostener que el público lector se hace cada vez más frívolo, quiero referirme de un modo especial al hecho de cada día se aparta más y más su atención de los asuntos de verdadera importancia para dar esa misma importancia a cuestiones insignificantes. El número de los que se interesan por los artículos serios sobre asuntos de política general nacional, o extranjera, sobre ciencias, artes, etc., etc., es cada vez más exiguo. Los grandes diarios reducen gustosos el espacio destinado a estos asuntos y amplian constantemente el que corresponde a la narración de sucesos banales, que serán olvidados media hora después de leídos, sin dejar ningún provecho al lector.

Es frecuente que, cuando se habla de este desinterés del público por los asuntos serios, se diga que las actuales condiciones de la vida moderna no dejan márgen para ocuparse de estos asuntos graves. Nada menos sincero que esta escusa: ese mismo lector que se queja de falta de tiempo para la lectura útil, gasta cuatro o cinco veces más tiempo en leer hechos de policía o en imponerse que una señorita, que deseaba lucir un traje nuevo, ha invitado a varias personas a tomar un té en su casa, La verdad es, sin embargo, que detrás de esa falta de tiempo, que se confiesa, hay una falta de interés que no se confiesa, porque se presiente que lleva envuelta una incompleta formación espiritual. El periodista cede a esta exigencia frívola del público; y el público se siente satisfecho por algún tiempo. Luego, lanzado por la pendiente del menor esfuerzo, llega a sentir la necesidad de algo aún más frívolo y fácil. De este modo, pidiendo siempre por una parte y cediendo constantemente por la otra, el periódico llega a perder su poder de cultura y se transforma en alimentador de la rutina y de la pereza intelectual de las masas. En justificación a esto, se podría decir que el periodista tiene que servir

al público. Pero ¿acaso, no se le hace también un servicio con darle algo más que una información inútil con apariencias de transcendental? ¿Se podría pensar, por ejemplo, que sólo sirve al morfinómano aquel que le suministra la droga que solicita y no aquel que le resiste un poco para irle apartando lentamente de la necesidad dañosa?

Entre nosotros es, hoy día, un axioma periodístico el que un diario de la tarde debe ser lo más festivo y lijero posible. El ideal sería talvez que en ellos sólo aparecieran chistes, anécdotas y juegos de palabras. Y todo este esfuerzo en favor de la inutilidad absoluta, se justifica diciendo que después de los afanes del día, se sienten deseos de descansar y distraer el espíritu y no de imponerle un nuevo trabajo. La escusa no alcanza a ser verosímil, porque en primer lugar, la mayor parte de estos lectores son gente que no hacen trabajar su espíritu en todo el día. Por otra parte, un modo de descansar de un trabajo es haciendo otro distinto; por último no hay razón alguna para que sólo sea trabajo la lectura de una cosa útil y no lo sea la de una inútil. Todavía podría añadirse que si es cierto que esa lectura es distracción que necesita y le satisface, quiere decir que posee el lector un espíritu tan insignificante, que no vale la pena de ocuparse en distraerlo. Tengo a la vista en estos momentos la edición de la tarde de un diario de Madrid. Su material de lectura es tan importante como el de la edición de la mañana. Ahora bien, ¿por qué razón los españoles pueden pensar en la mañana y en la tarde, mientras nosotros no tenemos fuerzas sino para pensar de ocho y media a nueve, a la hora del desayuno?

El fenómeno no se debe, pues, ni a falta de tiempo para leer, ni a recargo de trabajo. Su verdadera causa es la pereza intelectual, que, como la pereza física, empuja al individuo en el sentido del menor esfuerzo. La falta de cultura ha llegado también a hacer creer a las gentes que es mucho mayor trabajo el leer dos columnas firmadas por Unamunu, Baroja, Araquistain, Alomar, Eugenio D'ors, etc., etc., que cinco columnas de hechos de policía o de comentarios sobre la provisión de la última vacante administrativa.

No parece que el periodista pudiera escusar enteramente su responsabilidad en el hecho a que me vengo refiriendo. En efecto, aunque se diga que la tendencia del diario moderno es la del predominio de la información noticiosa, no por eso el periodista debe renunciar a escoger las noticias de verdadero valer ni tampoco á colocar a cada una de ellas en su categoría correspondiente. Por otra parte, sería lamentable que el periódico se convirtiera en un simple archivo de noticias y el periodista hubiera de limitarse a seguir pasivamente los gustos del público, renunciando a la influencia social que le corresponde, y que ejercita corrigiendo o encauzando a las diversas corrientes de opinión. De seguir las cosas por el camino que llevan actualmente, puede ocurrir que llegue un momento en que no se encuentre una manera de agradar el descendente gusto del público. Vendría a ser algo semejante a lo que, por diversas causas, ha ocurrido en el teatro. La comedia pasó a ser supeditada en el favor público por el espectáculo de zarzuela o de opereta. En sus comienzos tuvieron éstas algun argumento o desarrollo lógico; pero poco a poco el argumento fué haciéndose más trivial y frívolo hasta que desapareció, supeditado por cosas accesorias, como ser la elegancia de los trajes, la belleza de los decorados o de las actrices. Apareció entonces la «revista teatral», en la que se puede poner de todo, menos arte inteligente. No pasará tiempo sin que el público empiece a encontrar que las «revistas» son muy serias y hacen pensar demasiado. Cuando llegue esa hora, va a ser necesario mucho talento para buscar una cosa más estúpida con qué satisfacerle.

Es evidente que el trabajo para remediar esta situación no puede hacerse de una sola vez Es preciso ir habituando al público a dar a las cosas su verdadero valer y excitarle a que piense, proporcionándole elementos para ello. Habría que ir reemplazando lentamente los artículos banales por otros útiles; habría que limitar las noticias a sus justas proporciones. Hoy día ocurre, por ejemplo, que la más insignificante vulgaridad—que cabría en veinte líneas—aparece con títulos a cuatro o cinco columnas. Lo más práctico sería no gastar tanto espacio en anunciar hechos de tan escasa significación; y no hacer perder tiempo al público obligándole a leer dos veces la misma noticia: una en los títulos y otra en el cuerpo de la información. Además, como la importancia de los sucesos se juzga por el tamaño de las letras con que se avisa, se llega a perder por completo la noción acerca de lo que es o no realmente importante. Igual cosa ocurre con el lenguaje que se emplea para referirse a algunos sucesos o para juzgarlos. Se ha logrado quitarles de tal modo su valor a las palabras, que el lector nunca podrá saber, por ejemplo, si un espectáculo teatral es bueno o malo, ateniéndose a la crónica oficial del diario.

Más aún, en algunas materias no sólo no es posible formarse juicio alguno de una cosa determinada, sino, lo que es peor, se llega a tener uno equivocado. Tal ocurre, entre otras cosas, en lo que se relaciona con los deportes. Se da a estos asuntos una importancia tan desmedida, que el público ha tomado como un fin lo que es simplemente un medio. Es decir, ya no se practica el deporte como un medio para fortalecer al individuo y aumentar su resisteneia ante el desgaste que le impone la vida, sino que se gasta la vida en el deporte. Dentro de un diario tiene más importancia la descripción de un puntapié de un futbolista, que la noticia relativa a un gran descubrimiento que revoluciona todo el saber humano.

Ahora bien, ¿puede la prensa modificar este estado de cosas? ¿Puede hacer que a cada suceso se le dé su justa importancia y se le coloque en la categoría que le corresponde? Parece evidente que si la prensa ha logrado hacer de una vulgar pelea a bofetadas un hecho mundial que causa tanta espectación como la que pudo causar la firma del Tratado de Versalles, pueda también reducir estos hechos a más modestas proporciones y orientar al público acerca de la verdadera categoría de los valores humanos

LUIS D. CRUZ CAMPO.

Paul Bourget, Gérard D'Houville, Henri Duvernois y Pierre Benoit.—*La Novela de los Cuatro.*—Octubre de 1923.

Cuenta el prólogo de esta interesante novela, la manera como nació en estos cuatro autores ilustres, la idea de escribir una obra en colaboración. Fué en un día de lluvia, en el cual el spleen les sugeria diversas formas en que pasar el tiempo. Uno de los cuatro, propuso a los demás el proyecto de escribir un libro, basado en un emocionante suceso acaecido hacía algunos años, que él les relataría. Sigue un hermoso diálogo, en el cual discuten el éxito del plan, concluyendo, por fin, en aceptarlo. Darán a su novela la forma epistolar y, cada uno de los cuatro, encarnará a los principales personajes, con lo cual, la obra ganará en diversidad, pues, el autor de un libro, nunca deja de poner en él, algo de su propia alma.

«La Novela de los Cuatro» desarrolla el tema, siempre debatido, de que, ningun ser humano puede tomarse el derecho de justicia por su mano, sin exponerse, desde el mismo instante en que comete este acto criminal, a destruir para siempre, su porvenir y el de todos los suyos, aunque, la justicia humana lo absuelva de su delito.

Antonio Farge, joven y célebre

pintor, muy enamorado de su esposa, padre de una niñita de cuatro años, a quién ama con locura, sabe que aquella lo engaña con un compañero de su infancia. Tiene las pruebas del hecho; en un ímpetu de ira resuelve matar a ambos culpables. Antes de cometer este doble asesinato, su conciencia le dá el primer toque de alarma, presentándole el recuerdo de su inocente hijita a quién vá a privar para siempre de su madre! Aleja, entonces, a la pequeñuela de su casa y la confía al cuidado de una hermana suya. Forma también el proyecto de privarse del cariño de su hija, viviendo, léjos de ella, para alejar así el temor de que ésta conozca su desgracia antes del momento oportuno.

Transcurren diez y seis años. Antonio Farge, absuelto, ha conseguido su intento. Su hija Miguelina vive léjos de él y nada sabe todavía. La joven es desgraciada: carece a la vez de padre y de madre. Tiene una naturaleza expansiva y encantadora, una fina inteligencia, una sensibilidad exquisita pero, nada valen para ella estos dones de la vida, porque se encuentran envenenados por la angustia misteriosa en que se debate. Presciente un secreto en su existencia y su ardiente corazón, privado de sus naturales protectores, está pronto a entregarse a la primera ilusión de amor!

Luciano Huvelat—tercer personaje de la novela—es primo de Miguelina, por parte de su padre. Ama a la joven desde niño, pero, Miguelina acaba de conocer a Bernardo Souchet, otro primo, por el lado materno, y es a él a quién ha volado su alma, atraida por ocultas afinidades, que son como llamados misteriosos de la madre ausente...

Sobreviene la catástrofe, Miguelina lee unos periódicos, olvidados en un desván y «sabe» el misterio de su vida. Su dolor es inmenso, todo se hunde en torno de ella; creencias, ilusiones, amor, esperanzas de dicha, nada existe yá! Sin conocer todos los pormenores del drama sangriento, acaecido en su infancia, escribe a su padre una carta cruelísima, en que le dice no volverá a verlo jamás!

Antonio Farge ha vivido sufriendo y el dolor lo ha hecho reflexionar. Su esposa muerta, no es para él yá, la odiosa culpable, a quien matara en un arrebato de celos. Es una naturaleza débil y tierna, y él no estuvo exento de culpa en su caída; a pesar de sentir por ella un inmenso cariño, no supo nunca demostrárselo, al contrario, él se encerraba en su arie como si fuera el anhelo único de su espíritu! Pudo haber visto el peligro en aquel deseo innato de agradar de la joven esposa que debía atraer necesariamente a su lado al seductor, listo para aprovecharse de la aparente frialdad del marido. La inexperta mariposa quemó sus alas ofuscada en los espejismos del amor! Es bajo este aspecto como presenta Farge los hechos a su hija y se acusa ante ella por haberla privado de los cuidados maternos.

Miguelina comprende... acepta la inmensa desolacion de su alma ante la repentina visión de una nueva vida, tan distinta de la que imaginara en los ensueños de su alma de niña. Por sus propios tormentos comprende los que habrá sufrido su padre en aquellos largos años de alejamiento y de martirio y su corazón vuelve a él.

Para los admiradores de Paul Bourget es fácil reconocer su pluma en el personaje del pintor: se vé la sutilísima sicología de los movimientos del alma que parece ser patrimonio exclusivo del incomparable maestro. Por este motivo, la figura de Antonio Farge, reconcentra el interés del lector y destaca su figura en la novela.

También cautiva Miguelina. Aquella joven de naturaleza tan femenina y vehemente, está trazada con un arte y una gracia exquisitos. Pertenece ella, como también sus dos primos, a una generación más moderna que el gran pintor. La manera tan comprensiva y tan humana de interpretar los hechos

de la vida, abre sus almas, desde el primer momento, a la indulgencia y al perdón, resultado a que llega el desgraciado padre tras largos años de luchas dolorosísimas.

Z.

Salvatore di Giacomo.—*Tres dramas. Assunta Spina, Las flores de Mayo y La Cárcel de Nápoles.*—Traducción del italiano por C. Rivas Cherif.—«Colección contemporánea».—Calpe.

Salvatore di Giacomo, de ser posible que un solo nombre asuma las características todas de una época, faltándonos a quienes la contemplamos la imprescindible perspectiva del tiempo, representa a la moderna literatura italiana acaso mejor que ningún otro compatriota suyo.

Poeta lírico, cuentista y autor dramático, *todo en una pieza*, es decir, que sería intento costosísimo e inútil el de desmenuzar en cada poesia, drama o cuentos suyos la fuerza interior que alienta en ellos, pertenece Di Giacomo en cierto modo a la escuela *verista* o *realista*, de que es ejemplo el arte literario de Verga; mas de igual manera que se hace de todo punto imposible el separar en las obras digiacomianas la inspiración lírica de la acción dramática, y aún de la visión pictórica, no puede tampoco reducírselas a una forma de arte definida escuetamente.

De aquí que, no obstante datar su labor de tantos años—publicó su primer volumen de cuentos en 1883,—la juventud literaria italiana considere el valor *histórico* de su obra no con un criterio de curiosidad *artístico-erudita* o exhumación pintoresca, más en cuanto tiene de vivo, de tradicional, de posibilidad creadora, de «clasicismo» en fin.

Durante mucho tiempo no se vió en él sino el escritor local simplemente, en lo cual influyó no poco el haber Di Giacomo empleado siempre el dialecto napolitano en sus poesías y en la prosa de sus dramas, cosa que para muchos mio-pes reducía el interés de una tal literatura a límites provincianos. Después, y debido en mucha parte a la crítica de Benedetto Croce, adquirió la nombradía nacional y extranjera de que goza entre las gentes de letras, aumentada con el favor del público profano, que recibió en triunfo por toda Italia su drama *Assunta Spina*.

La traducción excelente del señor Rivas Cherif nos permite gozar en castellano de la prosa perfecta de este escritor.

Emilio Gaspar Rodríguez.—*Puntos sutiles del «Quijote».*—Acervo histórico-sociológico de algunos pasajes.—Habana.—Imprenta *El Fígaro*,—O'Reilly número 36.—1922.—8.º, 148 p.

Siempre nuevo y fecundo en sugestiones, el libro de Cervantes interesa mucho más que una novela del día a los que han sabido comprenderlo hasta desentrañar sus más ocultas intenciones. Es seguro que el autor quiso hacer una serie de cuadros y retratos de la España que él conocía. Los fanáticos de su obra han tratado de inquirir el verdadero nombre de los personajes, y con toda certeza muchas explicaciones no han pasado de conjeturas sin base. Pero hay escolios que tienen seriedad y significan algo en la vastísima producción de los cervantófilos, como estos del escritor cubano señor Emilio Gaspar Rodriguez. El viajero ha cruzado una y otra vez los campos pródigos en frutos y en malezas de la gran obra, y ha ido recogiendo lo más espiritual y delicioso, para dar también un homenaje al Maestro del pasado. Y su contribución demuestra de manera evidente una devoción irresistible por Cervantes y precisión y seguridad plenas en el manejo del idioma. Es oportuno y adecuado, aunque no sea lo frecuente, honrar a Cervantes en español claro y castizo sin dejar de ser moderno. El instrumento de que se ha servido nuestro compatriota tiene la pureza, la sobriedad

y la sonoridad del español bien escrito.

El señor Gaspar Rodríguez ha investigado con una paciencia plausible y admirable los siglos en que España tuvo bajo su dominio casi medio mundo. Acaso no hay un solo rincón hipano de aquellos tiempos en que él no haya introducido la luz de su mirada escudriñadora. Lo prueban sus anteriores libros: *El retablo de Maese Pedro* y *Los conquistadores*, y éste, publicado hace pocos meses, de breves y seguros ensayos acerca de los más representativos personajes del *Quijote*. Los que han encontrado en las páginas insignes una caricatura grotesca e hilarante, sólo han visto un aspecto de la obra; como los que han advertido serias filosofías y graves problemas. Y es que el *Quijote* es una reproducción exacta de la vida: trágica, alegre, dichosa, abominable, y distinta siempre. Leída la novela en épocas diferentes, las mismas escenas producen impresión diversa. Como la vida. El señor Gaspar Rodríguez hace pasar ante el lector a las más conocidas personas de la representación multiforme: al hidalgo de la triste figura, a Sancho, a los Duques, al doctor Pedro Recio de Agüero de Tirteafuera, al Caballero de la Blanca Luna, a los reyes y los nobles de su tiempo, a todos los que embozados o a las claras viven un capítulo o un párrafo del *Quijote*. Y da un sentido propio a cosas, hechos y opiniones, y aunque es sin duda alguna contrario a otras exégesis, se mantiene y resiste las comparaciones.

En *El retablo de Maese Pedro* y en *Los conquistadores* probó el señor Gaspar Rodríguez sus cualidades de ensayista de la escuela de Rodó y Díaz Rodríguez. Los *Puntos sutiles del «Quijote»* vienen a decir que el ensayista sigue haciendo su labor, la más desinteresada, por improductiva, en nuestros pueblos. Y es en la obra de estos escritores en la que con mayor justeza estarán reflejadas la evolución y la inquietud intelectual de estas naciones latinas, a pesar de los asuntos europeos y del continuo mirar hacia otros continentes y otras civilizaciones.

ÍNDICE

Pág.

Emilio Vaïsse.—El genio creador de Balzac 5
Hans Seckt.—Ernesto Haeckel..... 22
L. A. Podestá Costa.—El derecho de insurrección..... 59
Daniel Riquelme.—Recuerdos del General Lynch..... 58
Cecilio Baez.—La guerra y la tiranía de López 86
Elvira Santa Cruz.—Hacia el optimismo..... 105
Armando Donoso.—Renan..... 117
C. Préndez Saldías.—Mía..... 133
Monteiro Lobato.—La colcha de retazos..... 134
Marcial Martínez.—Inglaterra y la organización de los servicios de Registro Civil..... 143
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Las leyes tributarias en la Argentina. —La Biblia de Borso de Este.—G. F. C., La sífilis.—José Ortega y Gasset, Pedagogía y anacronismo.—Hugo D. Barbagelata, Bilbao y Lamennais.—Narciso Binayan, Henry Harrise: El príncipe de los americanistas.—René Viviani, Millerand, orador.—Bernardo Shaw, ¿Hay alguna esperanza en educación?..... 155
BIBLIOGRAFIA.—Horatio H. Newman, La biología de los gemelos (Mamíferos).—Williams B. Scott, La teoría de la evolución y las pruebas en que se funda.—Louis de Robert, Les mauvais amant.—Charles Geniaux, Le choc des races.—Albert Carré, Les engagés volontaires Alsacienes-Lorroines pendant la guerre.—Gédeon Huet, Les contes populaires.—Angélica Palma, Coloniaje Romántico.—Isaac Goldberg, La literatura hispanoamericana. — Alejandro Andrade Coello, Héroe Epónimo y otros Poemas.—Rufino Blanco Fombona, La Máscara Heroica 187
C. Silva Vildósola.—Paulino Alfonso 193
Paulino Alfonso.—Mitre y Vicuña Mackenna..... 203
Paulino Alfonso.—¡Oh, Capitán, ¡Mi Capitán!..... 208
Armando Donoso.—Renan..... 210
Juana Ibarbourou.—Como la Primavera..... 232
Fanor Velasco.—La revolución de 1891 233
Paulina Luisi.—Problemas de la educación sexual..... 239
Miguel Luis Amunátegui Reyes.—Paulino Alfonso..... 270

Pág.

W. Jaime Molins.—La langosta 273
Luis Barros Borgoño.—Don José Toribio Medina 281
J. T. Medina.—Algo sobre los orígenes de la imprenta en Buenos Aires 304
Henri Lavedan.—Pierre Loti 308
Juan Ignacio Gálvez.—Orígenes de la Poesía en Colombia.—Poesía Popular e Improvisadores.—(Conferencia) 312
Bijou.—Ternura 355
NOTAS Y DOCUMENTOS 356
BIBLIOGRAFIA 373
J. Guillermo Guerra.—El Doctor Zeballos y el imperialismo argentino 385
Eduardo Barrios.—Baldomero Lillo 416
Fernando García Oldini.—Vidas Mínimas 425
Sady Zañartu.—La heroína de la patria vieja doña Xaviera Carrera 435
Carlos Harms Espejo.—El ferrocarril Oruro-Iquique 456
Carlos Morla Vicuña.—Carta de don Carlos Morla Vicuña a don Aníbal Pinto 459
Rafael Alberto Arrieta (Traducción).—El último soneto de John Keats 467
NOTAS Y DOCUMENTOS.—A. Rodríguez del Busto, Nuevo Canal Interoceánico.—E. Gómez de Baquero, Guerra Junqueiro como poeta nacional.—Al margen de un nuevo libro.—Isidoro Vásquez V., El desconocimiento de la literatura hispano-americana en Francia.—Gregorio Bermann, Programa de educación sexual 468
BIBLIOGRAFIA.—Fernando Santivan, Robles, Blume y Cía.—Jorge Gustavo Silva, Folleto.—Paul Bourget, Gérard D'Houville, Henri Duvernois y Pierre Benoit, La Novela de los Cuatro.—Salvatore di Giacomo, Tres Dramas. Assunta Spina, Las flores de Mayo y La Carcel de Nápoles.—Emilio Gaspar Rodríguez, Puntos sútiles del «Quijote» 488